

EL VUELO DEL TIGRE

Original



Pos. 107

Daniel Moyano

EL VUELO DEL TIGRE

Novela

Domicilio:
Ronda de Segovia, 2
Madrid 5 - España
Telef. 266 99 95

Belinda, trepada en la veleta, miraba distraída los techos de Hualacato, ese pueblo perdido entre la cordillera, el mar y las desgracias. Se distraía mirando cómo la luna cambiaba de color en los pedazos de botellas rotas que los Aballay habían puesto sobre las nuevas hiladas de ladrillos agregados a las tapias para evitar sorpresas. Era uno de los pocos momentos de la noche sin un solo ruido de vida, ni insectos ni pájaros ni reptiles parecen existir; todo coincidiendo con la memoria de la gata, que guardaba esos momentos desde antiguo y la impulsaban todas las noches a trepar a la veleta para esperarlos. Momentos de seguridad, de ceremonias naturales no interrumpidas, ahora que cambiaban tanto las cosas en Hualacato; cosas nuevas que ella no tenía en su memoria de la noche.

El viejo Aballay sí las tenía y las contaba a su manera, fabulando sin alterar los fundamentos, mezclando a los animales con los hombres, en parte para poder llegar a la verdad, en parte para atenuar ciertas imágenes que dañarían la memoria, transfiriéndolas a cosas menos sensible que la carne.

Cuando ellos llegan montados en sus tigres Hualacato se inclina, modifica su paisaje. Se apoderan del tiempo y las cosechas, las calles son cerradas o desviadas, los caminos no llevan a los lugares de siempre. Hualacato se arruga. Las fachadas chorreantes llorando desde sus grietas enfermas, especie de nuevo orden arquitectónico que turistas de diversas lenguas corren a fotografiar ávidamente. Los albañiles sacan sus plo-

madas y comprueban que las casas son un maizal al viento. Están torcidas, dicen los albañiles; y les quitan las plumadas. Sin plumada, usan el ojo clínico. Están torcidas, no hay vuelta que darle, dicen. Entonces se los llevan. Están torcidas sea como sea, alcanzan a decir mientras desaparecen entre grandes puertas, mientras los edificios quieren caerse, inclinándose bajo vientos impensados. Entonces las vicuñas dejan de reproducirse, porque todo tiene su respuesta, contaba el viejo Aballay, que venía peleando desde hacía cuarenta años, a su manera, claro, desde una silla de ruedas, con puras invenciones.

Todo prohibido en Hualacato, pero la gente afina sus instrumentos en otro tono para no perder la alegría. Y a medida que se va prohibiendo cualquier tono ellos suben o bajan sus cuerdas, ya se sabe que la música es infinita. Con esto consiguen vivir en un mundo por lo menos paralelo ^{con} la realidad, y para no perder el rumbo se refugian en sus antiguas supersticiones.

Desmontando sus tigres van apropiándose de todo. A los hualacateños en sus casas solamente les quedan dos lugares, uno para el hambre y otro para el frío. Hasta el agua es envasada y sellada, incluso la de lluvia, captada por inmensos aparatos. No llueve más en Hualacato, madrecita.

No es la primera vez que vienen. En cuarenta años el viejo los ha visto llegar en caballos, en camiones, siempre de noche, desde todos los puntos cardinales llegan ellos siempre, cambian todo de sitio llamando sur al norte, lo miran todo sospechando, pueden derretir una flor o una persona cuando miran, lo miran todo con los ojos que debe tener la tristeza

del mundo cuando se siente muy enfermo. Llegan de noche mezclando su percusión, sus ruidos, a los ruidos de la vida.

Los hualacateños tienen buen oído. Hay ruidos detrás, dicen; como respiraciones a destiempo, como percusiones. De noche no podemos dormir, como si hubiera tigres husmeando por las puertas. Calumnias, gritan las radios y tevés, aquí no hay tigres, excepto el ejemplar enfermo del Zoológico.

Un buen día los hualacateños se ponen de acuerdo como en una orquesta y hacen un compás de espera, interrumpen la vida para escuchar los ruidos que hay detrás. En las calles y en las fábricas cada habitante tapa su sonido. Han plegado los atriles. En el silencio colectivo salen claros los ruidos. Lo que parecía una respiración muy fuerte es una percusión arrítmica; duelen los oídos.

¡A tocar! ¡A tocar! gritan los percusionistas en las calles castigando a los silenciosos. Se trepan a los camiones y hacen sonar las bocinas, ponen en marcha los motores, hacen ladrar los perros; y con todo, los ruidos se escuchan todavía. Entonces llegan unas patrullas parlantes que recorren la ciudad dando gritos, día y noche sincrónicas las patrullas según las necesidades aparecen ululando, doblan en las esquinas como si se las llevara el viento, corriendo a disimular los ruidos en los barrios, corriendo y ladrando como grandes perros negros para que no se escuche el ruido.

Si no quieren tocar los obligaremos, dicen los percusionistas, y de noche los camiones van por las calles de Hualacato, paran en las esquinas, bajan hombres y golpean las puertas en busca de gente silenciosa, a costa de cualquier cosa van a salvar sus ruidos.

Los hualacateños que todavía pueden visitarse llaman a las puertas tamborileando apenas con las yemas de los dedos al mismo tiempo que hacen oír sus voces. Somos nosotros, Juani y los chicos, no se asusten. Porque golpear con los nudillos podía parecerse al golpe seco de los percusionistas, que pueden confundir el día con la noche pero nunca se equivocan de puerta, las saben de memoria.

Ya se sabe que es inútil trancar puertas o agregar un par de hiladas de ladrillos a las tapias, ellos pueden entrar por cualquier parte. Se agotaron los candados en las ferreterías, y sin embargo más de la mitad de las casas de Hualacato están tomadas, un modesto estandarte en el techo señala la presencia de un percusionista.

Los más débiles ni siquiera se animan a cerrar sus puertas. Dejan las luces encendidas. Si ha de ser así que entren, somos viejos, enfermos, para qué estar en el mundo entonces. Los ingenuos las truncan, ponen mesas y sillas, troncos de árboles, un letrerito recordando que el domicilio es inviolable. El domicilio es una cáscara muy débil, dice el viejo Aballay acariciando a contrapelo el lomo de Belinda. Hay que buscar otras defensas, dice sintiendo una puntada en la pierna que le falta, provocada por el miedo.

Belinda también tenía miedo, como todo el mundo en Hualacato. En distintas casas, muchas veces al mismo tiempo, se prendían las luces como grandes lastimaduras, había gritos y tumultos, sombras saltando detrás de las ventanas, estruendos, como si hombres y cosas se quebraran, camisas blancas sacadas de sus lechos y mucho olor a tierra abierta no para sembrar. Feo olor de la tierra abierta sin necesidad, nadie siembra

así y menos de noche según la memoria de la gata. Feo Hualacato de noche con lastimaduras que se encienden y se apagan. Feo el chillido de los animales en el monte, los grillos alterados en sus ritmos, pájaros que pían a destiempo, arañas dormidas que tiemblan al ver que saltan sus sismógrafos, escarabajos que se protegen en sus cáscaras, ellos también tienen miedo; los animales andan lejos del hombre en sus cuevas o en sus nidos pero pertenecen al cuerpo de los hombres, son sus alrededores aún desconocidos.

Ahora no había lastimaduras a lo lejos, todo estaba en silencio profundo coincidiendo con su memoria. Los Aballay dormían bajo el techo de zinc y ella misma iba a dormirse trepada a la veleta ahora que la noche recuperaba su ritmo, pero un pájaro, un grillo, cualquier cosa que vive y es memoria se movió o gimió por algo que no estaba en su recuerdo de la noche, y la gata primero oyó y después vio el camión en la calle, los hombres que salían del camión y se repartían las puertas, las tapias, las ventanas, las golpeaban con sus batutas y se encendían las lastimaduras.

Cuando Belinda vio que el hombre y sus pasos se dirigían a la casa sin prisa y casi con aburrimiento, gritó llenando el aire de una superstición virgen. El grito pasó por la médula del hombre removiéndole miedos olvidados. Apuntó la batuta hacia el lugar del grito y sólo vio la veleta. Belinda ya estaba en la cocina, escondida entre las begonias, aguantándose sola todo el miedo de los Aballay. Desde tapias vecinas y árboles invisibles gritaron otros gatos. Los Aballay saltaron

de sus camas. Ya están aquí, gritó una mujer, y a medio vestir corrían bajo la luz imposible de esas horas, se concentraban en la cocina, el último en llegar fue el viejo en su silla rodante cuando ya se oían los pasos del hombre que se acercaba para llamar o voltear la puerta; se miraban, se despedían como si fuese a viajar alguno de ellos, con abrazos agradecían las dichas compartidas, se pedían perdón por estúpidas ofensas, en adioses iba un barco alejándose, los chicos no entendían una despedida a esas horas y querían volver cuanto antes a la cama.

El hombre golpeó dos veces en la puerta. Cuando estuvo adentro, aunque era de noche, dijo rápidamente buenos días, soy el Percusionista.

Bueno, bueno, bueno. Aquí están los músicos que se negaron a tocar, ¿nok? No asustarse, que estas son cosas de rutina. Así, apoyados contra la pared buscando una arañita. Mirando fijo la pared llega un momento en que aparece la arañita. Cuidado con hablar o con moverse. Ustedes también muy quietecitos contra la pared. Portarse bien o no habrá postre, ¿ehk? Más separados por favor y sin hablar ni mirar a los costados, siempre buscando la arañita.

Hablaba como tragándolos mientras los cacheaba. Removía hilachas y bolsillos en los cuerpos quietos como trapos colgando en las paredes. Con un pie daba vueltas las piedras, los insectos nocturnos exponían al sol un cascarón descolorido, él los miraba con interés científico y los bichos iban tragando su saliva. Los que se niegan a tocar, caramba. Realmente una lástima. ¿Están todos? ¿Esto es todo? ¿Estarán verdaderamen-

te todos? ¿Alguno debajo de la cama? ¿O en la pieza del fondo? ¿Sobre el techo? ¿Alguien metido en los armarios? ¿En los árboles? ¿En los telares? ¿En una cueva? ¿O detrás de las puertas? ¿O en el tanque del agua? ¿O en los baúles? ¿Alguno en el terreno baldío del ^{al} lado? ¿En hormigueros? ¿En acequias? ¿O en la pila de leña? ¿O debajo de las sillas, de las mesas? ¿Hay entretechos, pozos ciegos, cámaras subterráneas? No quiero respuestas, no estoy haciendo preguntas. Simplemente pienso en voz alta. Lo sé todo. El niño de la cuna puede quedarse en ella. Los demás, siempre buscando la arañita. Un abuelo, un matrimonio, cinco hijos sin contar el de la cuna. La explosión demográfica, está claro. ¿Esto es todo? ¿Están todos pero absolutamente todos? Me parece que no, falta la gata que estaba en la veleta.

Y bien, dijo sin soltar la batuta. Ahora pueden darse vuelta y dejar la arañita para otro momento. Quiero que me miren bien y me conozcan. No vengo a hacerles daño. He venido a salvarlos, no a perderlos. He salvado a muchas familias como ésta y en peores circunstancias. Ustedes tienen la obligación de aceptarme de buen grado. De lo contrario me veré obligado a poner en marcha el operativo número dos, que es ligeramente violento les advierto. Ustedes tenían la obligación de solicitar voluntariamente un salvador, según se ha dicho por radio y televisión hasta el cansancio. No lo han hecho. Inocente resistencia. En cambio se negaron a tocar, ¿nok?

El hecho de no haber solicitado un salvador los pone a ustedes en una situación muy delicada. Pero por otra parte permite suponer que no lo necesitan, como tanta gente en Hualacato. Pero tendrán que demostrar con hechos que es así, que no

hay en ustedes ningún propósito de rebelión y que aceptan todas las disposiciones. Aquí hay un hecho consumado. Se terminó la ridícula resistencia, vamos a dialogar. Pero van a tocar. De eso que no les quepa la menor duda.

Esta noche dormiré en cualquier parte. Mañana, cuando comencemos un nuevo orden de vida, habilitarán para mí una habitación con las comodidades mínimas, ya que el tiempo que vamos a pasar juntos es más o menos largo. Mi indumentaria y los papeles y aparatos que me acompañan garantizan la seguridad de todos en esta casa. Incluida la mía, en vista de los alarmantes casos de salvadores asesinados por delincuentes sin entrañas. Mi permanencia en esta casa dependerá solamente de ustedes. Vengo a organizar las cosas, a enseñarles a vivir en la realidad y sacarles los pajaritos de la cabeza, que ya les han causado muchos sufrimientos si lo piensan bien. No soy un iluminado. Soy un hombre práctico que ha aceptado lo real. Soy salvador porque elegí serlo. Cualquiera de ustedes puede ser salvador si así lo quiere. Pero van a tocar desde mañana, sobre esto no puede haber ninguna duda.

Ahora se retirarán todos a dormir y pensar ordenadamente las preguntas que podrán hacer mañana, descartando las obvias y las tontas por supuesto. Por ahora callados. Tome cada uno su cepillo de dientes aunque ya se hayan lavado. Otra vez hablaremos de su uso correcto. Porque estoy seguro de que el viejo, por ejemplo, no sabe usarlo científicamente.

Los Aballay acabaron de vestirse para ir a acostarse. Por orden de estatura esperaban su turno ante el cuarto de baño, los ojos fijos en el aire buscando una arañita.

-¿Podemos saber su nombre por lo menos? -dijo el viejo.

-Mi nombre es un poco largo. Pueden llamarme Nabu simplemente.

El Percusionista selló las puertas de las piezas advirtiendo sobre el peligro de romper los sellos sin permiso, ~~puso~~ puso trampas eléctricas, se tendió en el catre y apagó la luz. Todo se desarrollaba de acuerdo a lo previsto, salvo el bebé de la cuna, que no había nacido cuando se inició el expediente para la toma de esa casa, y la gata, omitida por algún estúpido escribiente. Conectó en sus orejas un aparato sólo audible para él que lo despertaría en un par de horas y empezó a relajarse. Estaba entrando en sueños profundos cuando el estallido lo retorció en el catre arrugándolo por dentro y por fuera hasta convertirlo en una caricatura, en un poco de papel, los pelos cualquier cosa sobre los ojos, una cara pintada en un globo que se desinfla, convirtiéndolo en cualquier cosa imperdonable. Jamás hubiera creído que tantos gatos pudieran gritar al mismo tiempo. Despeinado, sin trincheras, armándose como un rompecabezas iba Nabu corriendo para el patio. Los gatos gritaban como si supiesen que eso destrozaba sus nervios. Tiró la granada con ganas de llorar de rabia. Y tan perfecto que iba todo. En la llamarada pudo ver las tapias y los árboles infestados de orejas y bigotes. Se destripaban en el aire, inarticulados, como grandes gotas de lluvia caían sobre el zinc del techo, giraban sobre la pendiente, chocaban en la canaleta de la lluvia y caían al suelo, del techo de la casa llovían gatos en desgracia.

Cuando Nabu tranquilizado volvió a su catre, Belinda, des-

de un cono de sombra sobre alguna repisa de las tantas que había en las paredes, mimetizada entre begonias, asomó primero un pelo, después una oreja que se quedó un largo rato escuchando la respiración agitada del Percusionista. Cuando ésta entró en el ritmo del sueño, asomó toda la cabeza. Eri-
zada, miraba a Nabu con grandes ojos amarillos.

II

De los primeros días de salvación quedan imágenes aisladas, bultos que se mueven, cicatrices que se agregan a la naturaleza. Con piernas bamboleantes sentado en una mesa Nabu agita una campanilla para despertar a la familia, recién afeitado y con olor a lavanda tocando siempre en el mismo sitio la misma campanilla, los objetos que le cuelgan del cuello son otras campanillas cuando se mueve Nabu haciendo formar fila por orden de estatura, toalla y cepillo de dientes en la mano, tienen cuatro minutos para lavarse y después todos aquí otra vez decía Nabu dice Nabu dirá Nabu para siempre, aún apretando los párpados ese bulto estará siempre delante de los ojos. Levantar más los brazos, mover bien el cuello y la cabeza girando, nunca habían hecho gimnasia, ¿nok? Y la lectura de sermones moralidad buenas costumbres, caramba, los que se negaron a tocar pero antes tocaron otras cosas, tengo fechas y nombres de lugares que tocaron no hace mucho tiempo, cosas que están frescas todavía, y muchas más si miramos para atrás. Usted ha tocado trenes, casas de negocios, monumentos públicos, símbolos sagrados antes de perder la pierna. Lo dicen claramente los papeles, y su hijo lo acompañaba; también lo tengo escrito. Inventando trenes y monumentos que entonces no existían, con un tono de voz que los creaba y obligaba a creer, una voz sin estridencias, él para gritar usaba la cara y sobre todo los ojos, que alcanzaban alturas donde no llegaría ninguna voz. Y ahora cada uno a su habitación, dice con la

misma voz de nombrar trenes incendiados, vayan pensando qué cosas han tocado. Y las ventanas tapadas con cartones negros y no saber qué hay afuera, madurarán los higos en la huerta quién lo sabe; cicatrices. Y el cartero que llega y Nabu cuando dice toda carta que llegue la leeré yo primero por supuesto, ridículo pensar que vamos a permitirles una libre comunicación con el exterior en estas circunstancias. ¿Puedo salir de compras? preguntando la Coca tontamente; Nabu sonriente tolera la burrada y llegan los proveedores externos con sus cajas que son saldos de fábrica, lípidos y almidones, hoy tampoco hay azúcar la escasez es tremenda. Pero por lo menos el abuelo podría salir a tomar sol en la huerta o en el patio. Es muy peligroso, dice Nabu, son zonas en conflicto, hay piedras y pozos, podría caerse y romperse la otra pierna. Y el timbre de la puerta y los que llegan trayendo más reglamentos y aparatos, Nabu que firma y ellos que se van, cada cosa que llega significa más tiempo, como el papelito ~~que llega~~ de la fábrica donde trabaja el Cholo, comunican de la fábrica que le han concedido la licencia especial que yo solicité para usted por el tiempo que sea necesario, imágenes, imágenes, y pueden retirarse a sus habitaciones sin hablar, y la noche interminable, afuera hay ruidos y gallinas que aletean, se oyen truenos sin lluvia, después todo silencio con patrullas que pisan algodones y amanece otra vez, amanecen campanillas y lavanda, uno dos la gimnasia y el uso correcto del cepillo, un día más y todavía no me han contado nada de importancia (son todas cicatrices), y usted señora quítese ese vestido, no es ropa pa-

ra usted, es que me hace calor, se lo quita inmediatamente, y la Coca va a desvestirse mientras Julito succiona su chupete y Sila contesta preguntas en una de las piezas y Kico espera su turno mirando el techo y el viejo talla una cánula para la pipa. Y Nabu que pasa apurado buscando más papeles y le dice qué es eso quitándole el cortaplumas, un cortaplumas me parece, es un arma cortante dice Nabu, por qué no la declararon cuando se hizo el inventario, son cosas que uno olvida dice el viejo sin cortaplumas y sin cánula, aprendizaje de Nabu, cicatrices. Y los relojes detenidos y prohibidos, qué hora es por favor, dice tontamente Cholo, usted está incomunicado, le dice Nabu lleno de relojes y carteras. Ya es de noche me parece, dice el Cholo en voz muy baja; no puede ser, dice la Coca, ha pasado muy poco tiempo, te parece que es de noche porque debe estar nublado, y allá lejos Nabu abre la puerta de calle, firma papeles recibe más paquetes, atiende al cartero y dos o tres días después entregará las cartas, no tiene tiempo de leerlas. Nos escribe la tía Francisquita, no dice casi nada, apenas que hay que tener fe y muchos besos a los chicos y saludos de Carlos. Coca en la cocina pelando papas y en la otra pieza está Nabu interrogando a su marido. Yo no toqué esas cosas, dice Cholo. Vamos a ponernos de acuerdo con el tiempo, porque estamos hablando de tiempos distintos. No las tocaste cuándo. Ya sé que antes de tocarlas no las habías tocado. Así es muy fácil decir yo no toqué. Yo pregunto después, después que las tocaste te pregunto, y en ese caso es una falsedad decir yo no toqué. Porque tocaste y aquí están las fechas. Usted bien sabe que yo no toqué, esas son todas invenciones, yo no toqué, yo no tocaba. Así que no tocabas

pero ibas a tocar. ¿Habías de tocar o ya habías tocado? ¿Hubiste de tocar o habiendo tocado ya tocabas? Porque entonces hubiste de tocar o habrías de tocar habiendo lo que hubo. ¿No es verdad? Yo, señor, no comprendo. Porque hubiste de tocar, porque todos hubieron, tengo fechas y lugares precisos. ¿Hubo de haber habido o había de haber habiendo habido? Entonces no hubiste pero hubieras habido, ¿nok? ¿Hubiste lo que hubo o habías de haber lo que ya había? No hube lo que había, yo no he. Ah, pero entonces había, hubo. ¿Por qué negaste entonces que había lo que hubo? Queda claro que hubiste de tocar, o sea que tocaste. Yo no toqué, no había. Mentiras, falsedades, dijiste recién que no hubiste lo que había, o sea que hubo. Yo no sé lo que hubo, pero yo no hube. No hubiste porque habías habido. Poco a poco van aclarándose las cosas. ¿Hubiste habido, sí o no? No, no hube habido. ¿Habrías habido o habías habido? Quiero respuestas claras. No, yo no habría habido. Caramba, no habrías habido si qué. No habrías habido si no hubiera habido lo que hubo, es decir, lo que haya habido. No señor, yo no hube lo que haya habido, yo no sé nada del hubiese habido. Vamos, hubiste de haber habido lo que hubo si hubo de haber habido lo que había. ¿Hubieres habido lo que hubiere habido? ¿Haste hubido? ¿Huste? ¿Histe? ¿Habiste hubido? ¿Habreste hubido hayendo? No, yo no hi, yo no hu. Entonces también hubes lo que haya hayido, y esto pone las cosas peor, porque entonces quiere decir que hubriste, hubraste, hayaste, histe. Conque histe, ¿nok?, son bultos, cicatrices. Y Kico mira el techo esperando su turno, y a las nueve el silbato y todos a la cama y el sueño que no llega y relámpagos en las ventanas de lluvias que

que no llegan, son las bengalas de Nabu buscando gatos en las tapias, cicatrices, todo fijándose en la memoria, en la piel, son cinco continentes con sus mares cicatrices. Por fin una alegría cuando Nabu cuelga un calendario y ya sabemos en qué día vivimos. Hoy es domingo, dice Nabu para que podamos empezar a contar otra vez el tiempo; qué maravilla dice el viejo y el salvador sonríe satisfecho, nos ha regalado el tiempo cicatrices. Pero el tiempo de ellos no es el de los almanaques, tiene sus propios números, se mide en otros términos dice el Cholo. Sus números son las horas de encierro en la habitación y tener que pedir permiso para todo, Nabu paseándose a la hora de la comida y leyendo sus sermones, el tema de hoy es la violencia cosa paradójica. Y a la tarde las preguntas, hoy le toca al Kico veamos lo que hubo, de todos modos todos hubimos, ya lo ha resuelto Nabu, mientras tratamos de inventarnos alegrías, cortarse las uñas es una alegría, el novio que podría tener Sila otra alegría, el hijo del compadre, qué duda cabe, medio tonto el muchacho pero todo se irá arreglando en su propio sentido. Ibamos al monte a juntar fruta silvestre, a cortar leña. Ibamos a la casa de Juanjo a tomar café, a la de tía Céfira a pasar el año nuevo, a la del Yeyo a ver sus choclos. Ibamos. Y ahora Nabu nos regala un almanaque como el almacenero de la esquina a fin de año. Nunca habían hecho gimnasia, ¿ehk? Y ahora cada uno a su habitación sin decir nada, Nabu silbato y campanillas en la madrugada, Nabu permiso para bañarse, Nabu leyendo cartas que nos entregará otro día, lípidos y almidones y todo sin azúcar, y no ver el sol en tanto tiempo, ni siquiera los chicos, qué lindo estar ahora en el

patio, a lo mejor caigan las hojas de la parra, a lo mejor recién están brotando, lindo estara ahora en el patio pareciera que hace un día espléndido, sin embargo estaba lloviznando pero sólo el Percusionista lo sabía cicatrices, son todas cicatrices.

III

El Percusionista les concedía un recreo interno de dos horas. Pueden hablar pueden asearse córtense las uñas; pueden dibujar pueden tejer pueden hacer papirolas; los niños pueden jugar al Martín Pescador a la Escondida o a la Ronda Ronda, y los grandes a la Lotería. Pero no quiero ruidos ni estridencias, tengo que trabajar y ya saben cómo son mis nervios.

Y se encerró en el cuarto acristalado ubicado en el medio de la L que formaba la casa , desde donde podía hacer sus cosas sin dejar de vigilar las dos partes de la L. Clic los ojos del Percusionista cuando alguien iba a tomar agua, clic cuando iba o volvía del baño, clic si alguien se desplazaba por error por alguna de las zonas vedadas de la casa clic, los Aballay fotografiados siempre por los ojos clic de Nabu en medio de la L, siempre la cara el cuerpo de Nabu, uno iba para el baño y decía no, no voy a mirarlo, iba bajando la vista pero no se podía, siempre había un momento en que uno la levantaba y lo miraba, tenía que mirarlo, justo cuando él levantaba los ojos del papel o de los planos y clic hacía su mirada, yendo o volviendo siempre estaba Nabu con su clic, de pie o sentado y en cualquier posición le alcanzaban los ojos para el clic.

¿Cómo era el Percusionista? No era una cara a describir o a recordar. Imposible decir de él ojos como, nariz de, así el cabello, el mentón, cejas o manos. Era pero no era. Esta-

ba allí, donde de algún modo había estado siempre. Estaba ahora, pero abarcaba el antes y el después. Más que una cara era la cicatriz de algo. De los dientes del perro que nos mordió cuando éramos chicos no queda nada, la cicatriz no parece una mordedura, es una mancha, podría haber sido una quemadura o también un raspón. Es una marca. De Nabu se podría decir que uno recuerda sus ausencias, aunque siempre estaba. Y la arañita, qué duda cabe, aunque nunca la encontramos.

¿Y si le escribiésemos una carta? dijo atontándose la Coca y vio que le caía encima un racimo de miradas indulgentes. Qué ocurrencia. Bueno, no es para tanto; aunque no sea para él, qué sé yo, una carta para que él se la entregue a alguien. O una carta a él mismo, por qué no. Será una tontería pero a él por lo menos lo conocemos, ¿no? Yo he escrito muchas cartas para gente que no sabe escribir, pidiendo cosas que le faltan, y a veces se las dan. Por el correo llegaron un día las muletas de don Floro; una carta, y ya estaban aquí.

¿Y si miráramos fotos? ¿Dónde están las cajas? Antes, cuando llovía o hacía mucho frío, y no se podía salir afuera, nos pasábamos las horas mirando fotografías y comiendo tortas fritas, ¿se acuerdan? Las fotos del casamiento de la tía Francisquita, por ejemplo, son preciosas. Cuando venían visitas largas y ya estábamos aburridos también mirábamos las fotos. ¿Y este es usted? Se ve que siempre ha sido un hombre fuerte, decían las visitas aburridas. Y era el Cholo pero no le decíamos nada a las visitas, total miraban por mirar. También están las de los carnavales; de esas hay un montón. Tenemos los Tres Mosqueteros, que no me acuerdo quiénes eran, muchos dia-

blos con capas llenas de espejitos, el Cholo de Alfí Babá, de ésa me acuerdo bien, y los apaches, donde estaban el Kico y la Sila aunque no se los reconoce. Y las de los chicos cuando eran más chicos: primera comunión con traje marinero, primer diente y el primer guardapolvo. Y las del día que fuimos a la capital, las luces, el tren, la estación y todo eso, cuando la Sila se enojó y no quiso salir en ninguna fotografía porque no querían comprarle todo lo que ella quería. Es cierto, podríamos buscar las cajas y mirar las fotos. Por lo menos no es tan aburrido como jugar a la Lotería. Sí, pero ni llueve ni tenemos fotos ni tortas fritas. ¿Cómo que no tenemos fotos? Las tiene él, ¿no lo sabían? Las fotos y las cartas. Fue lo primero que guardó con llave en su escritorio.

Bueno, es lo mismo, las sabemos casi de memoria. Si cada uno recuerda algo podemos reconstruirlas. Qué les parece el cumpleaños de Sila por ejemplo. De ésas cualquiera se acuerda. Quince años, quién diría. La edad del pavo, claro, presumiéndole a todos. Hay una bajo la parra, ella partiendo la torta con cara de idiota. Y llena de granitos. Y a su lado el Bocha, que no se le despegaba, con los dientes así de grandes como queriendo darle un beso. A ver si se dejan de decir estupideces y me ayudan a escribir la carta. Hay otra del abuelo el día que llegó Belinda, preciosa con su moño, y los dos tan campantes, cada cual con su bigote. Y está también la del Tite, pobrecito. Ustedes no lo conocieron. Estaba entre la Sila y el Kico. Cuatro años. La diarrea estival, los insectos, las moscas.

A ver quién se acuerda del casamiento de la tía Francisqui-

ta. Ustedes no porque eran muy chicos, aunque están en las fotos, pero el Kico y la Sila eran bastante grandecitos y sí se acuerdan. Qué se van a acordar si se pasaron el día tirando petardos y haciéndole burla a los vecinos que se quejaban por el ruido. Yo creo que más que un casamiento se festejaba que la tía Francisquita hubiera podido casarse. Tenía más de cuarenta. Bueno, no exageren, tenía sus arrugas pero no es para tanto. Se teñía con agua de nogal. Le gustaba vestirse de blanco, ¿se acuerdan? Aparecía en la punta del camino. Corran que allá viene a visitarnos la tía Francisquita, en medio del camino de tierra venía con su vestido blanco y su valija llena de juguetes. ¿Se acuerdan de los trompos musicales? Todavía queda uno, con la cuerda rota. ¿Cómo habrá hecho para casarse con el tío Carlos, que era tan joven? Yo no sé qué les pasa, hablan de la tía Francisquita como si fuera vieja y fea. No era vieja. Y la noche del casamiento parecía una princesa, con su tul y su ramo de azahares. Sí, pero las invitadas se paseaban por los pasillos secreteándose, diciendo que era ridículo a esa edad casarse de blanco. Se casó de media cola y le quedaba bien. Lo que pasa es que las otras eran unas envidiosas. Tenían la misma edad que tía Francisquita pero eran gordas y peludas. Si se fijan bien, ellas no aparecen en ninguna foto. Claro, no se dejaron retratar.

¿Quiénes estaban en la fiesta? Y, estaba el Yeyo, que llevó el pastel de choclo, y sus hijos por supuesto, que siempre andaban subidos a los árboles. Estaba el Juanjo, diciendo palabras difíciles como siempre y retando a los mellizos, que nunca le entendían nada. No, eso fue en otra fotografía. En el ca-

samiento de la tía Francisquita los mellizos no jugaron a la pelota. Es cierto, en la foto aparecen peinaditos. ¿Y Lucho y la tía Céfira no estaban? Cómo no van a estar si eran los dueños de la casa. La tía Francisquita vivía en las pensiones y entonces Céfira y el Lucho le prestaron la casa para que pudiera hacer la fiesta. En el primer patio solamente cabían más de cien personas, y todavía quedaba el fondo para que pudieran correr los chicos. Hay una foto de esa fiesta donde está Marcelina recitando cosas criollas. Era linda la tía Marcelina. ¿Cómo que era? Si vive aquí, a la vuelta de la esquina. Es cierto, cómo pasa el tiempo. Es como si no estuviera la tía Marcelina.

¿Y la casa? ¿Quién se acuerda bien de la casa? Era el lugar más apropiado para el casamiento de la Francisquita. Ella paraba ahí cuando venía a Hualacato. Había un limonero en el patio, y un nogal me parece. Bueno, pero yo digo cómo era por fuera. Hay una foto muy clara del frente de la casa. Es que uno nunca mira el frente. Uno entraba y listo. A ver, ¿era de ladrillos o estaba revocado? Yo no lo sé, pero estaba pintado. Del color no me acuerdo. Había un timbre, claro, como en todas las casas. ¿Y el techo era a dos aguas? Me parece que no, pero está en la foto. Sin embargo debe ser a dos aguas porque cuando llovía veíamos por la ventana que al lado de la pared la lluvia era una cortina, las gotas amontonándose, y cuando se secaba quedaban en la tierra muchos agujeritos alineados. Por dentro es más fácil. El parral altísimo y las mesas debajo el día del casamiento. ¿Uvas blancas o negras? Me parece que había de las dos. La tía Francisquita llegó unos días antes con la tela para el ajuar, la capelina blanca y un

canastito para las flores, iba llegando con la valija llena de cosas para su casamiento. Los hilos y la tela, los botones, los adornos, todo comprado en la capital. Un ojo de la cara, por supuesto. No podía coser, no le ayudaba la vista, no existían anteojos para ella. Así que Céfira le cosió toda la ropa, unas enaguas que eran como trajes de baile, bordados por todas partes, y encajes, todo de blanco immaculado para la primera noche de tía Francisquita. Encerradas las dos en la pieza del telar, se pasaron una semana vacilando antes de cortar la tela, discutiendo si iba a ser de media cola o traje largo. Para largo y con cola la tela no alcanzaba. La tía Francisquita se inclinaba por un traje con cola pero a media pierna; la tía Céfira le decía que eso francamente no porque era muy chueca. Las combinaciones ideales no se conseguían, todo estaba dictado por el maldito ancho de la tela. Llegó un momento en que la tía Francisquita pensó que no se casaría, lloraba y sudaba al mismo tiempo, todo se le venía abajo por culpa del ancho de la tela, se imaginaba envejeciendo en las pensiones, sobre la mesa de luz la foto de un amarillento Carlos que al final se casó con otra.

Dejen tranquila a Francisquita y escuchen por favor a ver si voy bien: Estimado señor, muy respetuosamente me dirijo a usted para explicarle como madre cómo somos nosotros realmente, ya que tal como van las cosas parece difícil que usted pueda oírnos algún día, no por falta de interés, de eso estoy segura, sino por la inmensa tarea que usted tiene. Yo quería decirle que mi suegro no perdió la pierna tocando esas cosas que usted dice sino...

Cuando se pusieron de acuerdo salieron a relucir las tizas

marcando el canesú, los voladitos, ahora les entraba el apuro cuando faltaban cuatro días solamente. La Coca fue a visitarlas varias veces. Siempre estaban sudando en esa pieza tan caliente. Cosían en enaguas, no aguantaban la ropa, no se hacían los rulos, no se pintaban por no soltar las tijeras, hablando todo el tiempo de la ropa interior, y de la casa que había comprado Carlos para ella; nadie la había visto ni sabía donde quedaba, era una sorpresa; y todo mezclado con sábanas, juegos de copas, cucharitas y pocillos de café. ¿Y el traje? El verdadero traje, lo que dio más trabajo, en realidad no está en la foto. Porque primero lo hicieron de papel. La tía Céfira no se animaba a meter tijeras directamente en una tela tan cara, y era la primera vez que hacía un traje de novia. Sacaron el modelo de una tapa de revista que tenían colgada en la pared, cagada por las moscas, una chica preciosa y joven, claro, cinturita de avispa, La tía Francisquita giraba y giraba envuelta en su vestido de papel mientras la Céfira sacaba alfileres y agujas de la boca, las clavaba en los dobleces, le hacía rayas con la tiza marcando el lugar de puntillas y de alforzas, le hacía bailar las tijeras por el ruedo. Al vestido verdadero lo terminaron de coser el mismo día del casamiento. Ya estaban los testigos esperando, se paseaban mirando los relojes, y ellas déle coser últimos detalles. Carlos tranquilo en una silla como si no tuviera nada que ver en el asunto, y alguien que salía apurado a buscar un fotógrafo. Cuando terminaron de planchar el traje y ya habían llegado algunos invitados, la tía Francisquita, que no estaba nerviosa ni era gorda como dicen, lo colgó en una percha y se quedó mirándolo. Céfira le dijo que no perdiera tiem-

po en boberías y se fuera a bañar para vestirla. Pero Francisquita, tan tranquila, abrió la valija y sacó una cajita donde guardaba unos adornos también comprados en la capital, y se los mostró a la Céfira, a ver en qué partes del vestido convenía ponerlos. Eso ya no se usa, dijo Céfira, que sí estaba nerviosa, y dejó desparramados por ahí un montón de canutillos y de lentejuelas.

Cuando estuvo vestida dejaron pasar a Carlos, que fumaba un puro, el mismo que se ve en la foto casi cayéndose al borde de la mesa. Quedó maravillado del tocado y del velo, pero no dijo nada del canesú bordado ni de las alforzas, que es lo más lindo de la foto. Tocando esas cosas que usted dice sino trabajando en la agricultura, él quería dejar su puesto de cafetero en el Ministerio. Le prestaron un campo virgen y se accidentó talando el monte, tuvieron que cortarle una pierna, de eso tenemos testigos. Del Cholo, señor, le puedo asegurar que lo conozco a fondo, nos criamos juntos, al oficio de tejedores lo aprendimos juntos, y le puedo asegurar que él tampoco ha tocado esas cosas que usted dice. Y si las hubiera tocado alguna vez yo lo sabría porque no me oculta nada. Usted puede preguntar en la fábrica quién es mi marido. En muchos años no se ha enfermado ni faltado nunca. En cuanto al Kico y a la Sila, son hijos ejemplares, puedo poner las manos en el fuego, ellos nunca... Yo creo que no veía el canesú ni nada. Para él la tía Francisquita era un solo bulto blanco. ¿O es que nunca lo vieron leer el diario con una lupa? La noche de la fiesta la tía Francisquita, que veía más que él

a pesar de todo, le alcanzaba todo disimuladamente, le ponía el cenicero cerca, si no cada vez que quería agarrar el pan o el vaso de vino hubiera enterrado las manos en la torta. ¿Alguien se acuerda de la casa, que ella adornó como si fuera una pensión, porque así es de tonta? Bueno, yo fui pocas veces, ellos siempre fueron un poco desabridos. Está en el Alto. Muchos geranios adelante, ventanas grandes de puro vidrio, y adentro todo muy bien ordenadito, un mueble para colgar el sombrero, sacudirse los pies antes de entrar, todo muy serio como ellos, los pocillos de café sobre carpetitas y la servilleta para limpiarse la boca como en las pensiones.

A mí las fotos que más me gustan son de las nevadas. ¿Viste ésa del abuelo que tiene nieve hasta en la pipa? Fuimos a sacarlas en el cerro, era rarísimo ver los cactus tapados por la nieve. Sí, pero esa de la pipa no es en el cerro. Como iba yo a subir al cerro con la silla. Cuando ustedes salieron yo me fui al patio a fumarme una pipa a gusto. Era una gozada estar bajo la nieve. Hacía muchos años que no nevaba en Hualacato. Para ustedes era la primera vez, para mí la segunda. Mucha gente quedó en la ruina, se le morían los animalitos. La Sila, que era chica y de paso muy sonsa, creía que llovía azúcar. Es una foto que me sacó la tía Francisquita precisamente. Llegó a casa toda apurada a contar que nevaba como si nadie lo supiera. Me sacó varias pero quedó una sola, las demás estaban muy movidas. La de ella en la nieve la saqué yo. Tan blanca como el día de su casamiento. Como si la estuviera viendo.

Las que son feas son las fotos del Tite. Claro, en ese tiem-

porcasi todas las fotos salían movidas, no había las cámaras de ahora. O muy oscuras, depende. Yo, cada vez que mirábamos fotos, cuando aparecía una del Tite la escondía en el fondo de la caja. La daba vuelta, le hacía una cruz atrás para no verla. Lo peor, cuando les mostrábamos las fotos a las visitas, tener que contestar cuando preguntaban quién es éste, No sirve, está movida, no debieron copiar el negativo. Pero es un lindo chico, decían por decir, y justo cuando uno iba a dar vuelta la foto para seguir con otra sin tener que dar explicaciones y detalles, tu madre que salía diciendo es el Tite, el que estaba entre el Kico y la Sila, cuatro años, las moscas, que es como decir y los demás están vivos por puro milagro. Muchas veces escondí esas fotos, no me animaba a romperlas. Y siempre aparecían en las cajas, mezcladas con las otras, en medio de las fotos del carnaval aparecía el Tite inflando un globo, en medio de nieves que nunca vio aparecía el Tite con su globo. Ella no se resignaba a perder esas fotos. Se las escondía en los lugares más difíciles, pero ella siempre las encontraba y las fotos volvían a la caja. De esas, me alegro que las tenga Nabu. Es preferible que se pierdan. Por eso no me gustó al principio cuando dijeron que miráramos fotos. Hubiera preferido jugar a la Lotería o hacer papirolas. Mucho más divertido. Perder el tiempo del recreo mirando cosas viejas. Hay que tener estómago para eso. O estar muy aburrido. Lo que pasa es que aquí ahora todos los días parecen fríos o de lluvia, y entonces se cree que no habiendo qué hacer es oportuno mirar fotos. Y están también las de las velas, las peores de todas aunque no estén movidas. Están todas

juntas, atadas con un hilo. ~~de goma~~ Nada mejor que las velas para la foto en blanco y negro. Aunque el fotógrafo sea malo, siempre salen nítidas. Nunca las vi enteramente, siempre las di vuelta. Las he ido viendo a lo largo del tiempo por pedazos. Una rápida ojeada y a darla vuelta. Tampoco vi las velas en la realidad. Yo me fui lejos ese día. Y si no vi lo real, menos podía soportar eso en la fotografía. No sé quién las sacó, salieron en los diarios, el Tite entre las velas ilustrando un artículo sobre diarreas estivales, mal endémico, decían. Usted no debe preocuparse, esta no es una muerte como otras, se trata de la muerte de un angelito me decían las viejas. Hay que beber, comer, invitar a los amigos, contar chistes, la muerte de un angelito es diferente, ya se sabe, no es muerte porque está en el cielo, va directo, no hay limbos, después de todo son supersticiones respetables. Llegaron los hijos de don Floro a cantarle villancicos como si estuviera en un pesebre, la casa llena de flores y de curas, las moscas seguían dando vueltas a su alrededor como cuando estaba vivo, todo eso lo supe por las fotos viéndolas de a poco cuando venían visitas o llovía. Pero antes yo estuve con el Tite vivo todavía, y vi todo lo que iba a pasar, en la cara de los enfermeros, entre dos puntos ^{del aire} movían sus cabezas trasnochadas, lo siento, es imposible, se trata de, y decían palabras complicadas. Me senté a su lado cuando estaba por amanecer, ya cantaban los pájaros, parecía más chico en esa cama tan grande de la casa de urgencias o sala de primeros auxilios ya no me acuerdo el nombre, los enfermeros lamentando no tener algodones abrían cajas vacías, es que el calor de este verano

ha sido demasiado fuerte, una lluvia a tiempo lo hubiera solucionado todo, y de a poco se fue quedando quieto el Tite. Después de eso se convirtió en alguien que está inflando globos en las fotos, en el que está entre el Kico y la Sila aunque no esté en ninguna parte, aparece en los días de lluvia o demasiado fríos cuando no se puede ir a ninguna parte, aparece de pronto en el casamiento de la tía Francisquita justo cuando van a partir la torta, nada que ver con la fiesta, ni con nada.

Bueno, creo que te pasaste con lo del Tite. ¿No te parece que si seguimos así arruinamos el recreo? Dentro de unos minutos volveremos a Nabu. Que es como decir lunes otra vez, como en la fábrica. Mejor volvamos a la tía Francisquita, o miremos otras. Todavía debe quedar una caja llena. No, dejémosla tranquila a la tía Francisquita. Prefiero aprovechar para ver de una vez por todas las del Tite, así después se rompen de una vez o se tiran. Siempre les tuve miedo a algo parecido a esas fotografías. Pero ahora, con todo esto, me animo. Es la oportunidad. Les borro las cruces que les hice y las miro por primera vez naturalmente. No las escondo más. Si uno se pone a mirar fotos, que aparezcan todas. El Tite es cierto como es cierto todo esto. Después de todo nos enseñó a morir. Después de todo él fue la primera muerte. La palabra no me gusta pero voy aprendiéndola. Es fea por donde la miren, no se salva una letra, y además tiene la U de Nabu, U de muerto, U de Percusionista. Muerte que podría ser suerte cambiando una letra solamente, depende de cómo se la mire, después de todo

Él tuvo la suerte de no conocer a Nabu. El Tite es cierto y muerto, también cuestión de letras. Nosotros aquí estamos ahora dependiendo de una letra. El Tite finalmente es cierto muerto, o muerto cierto que es lo mismo pero siempre muerto. Traigan todas las fotos. Quiero verlas a todas ahora que está Nabu, que al menos sirva para algo, ayudarme a encarar esas cosas que trataba de olvidar. Ya falta poco para el lunes U de Nabu campanilla lunes muerte Nabu hubiste hubieras hubo U de huesos, y en las fotografías se está muriendo el Tite, mal endémico, le falta el aire, pide ayuda, no sabe que se metió en el carnaval, no comprende que están todos disfrazados, que se mezclaron las fotos, se va porque no entiende, se va a tiempo guiado por las moscas mal endémico, le están sacando fotos velorio de angelitos, usted no debe entristecerse porque se van al cielo, para qué estar aquí si en cualquier momento llega Nabu con sus verbos.

Bueno, eso es cierto, no habría que mezclar las fotos. Dejar una sola caja para el Tite y circunstancias parecidas. A la tía Francisquita, si pudiera vivir en una foto, no le gustaría que la mezclaran con el Tite. Tampoco a él aparecer en carnavales fuera de atmósfera y de foco. El tuvo sus propios caminos y nada sabe de la tía Francisquita porque no pudo conocerla. Habría que poner todas las fotos del Tite en una sola caja separada de las otras, y el que las quiera mirar que las mire. A mí no me molestan, porque en cierto modo el Tite sigue con nosotros. No me di cuenta de eso hasta la llegada

de Nabu. Antes esas fotos eran cosas de muerto. También las daba vuelta rápidamente como quien esquiva un cementerio. Después de la llegada de Nabu me di cuenta de una cosa importante: el Tite se murió naturalmente. Ya sé que la muerte natural también es fea. Pero es distinto. Aunque sea por enfermedades endémicas, como dicen. No sé, a veces, cuando siento que no puedo más, que no voy a aguantar más, que no hay nada ni para atrás ni para adelante, que todo está tan oscuro, pienso en el Tite naturalmente, veo que en ese oscuro que parece nada hay algo sin embargo; está el Tite, como esas fotos muy negras mal tomadas donde a pesar de todo puede entreverse la figura, en cuanto al Kico y a la Sila, puedo poner las manos en el fuego. Ellos nunca tocarían nada, son tejedores como todos nosotros. Es mi deseo garantizarle, como madre y ciudadana de Hualacato... ¿Se han dado cuenta de que no tenemos fotos del Yeyo? Cómo no va a haber fotos del Yeyo si él siempre estaba, en cualquier fiesta; pero claro, iba a todas las fiestas pero era el que sacaba las fotografías. Si a casi todas estas fotos las hizo él. Aprendió a revelar con el Bocha. Se encerraban los dos en el cuarto oscuro con los líquidos y una botella de ginebra y no dejaban de revelar hasta la última gota. Y cuántas fotos veladas por equivocarse de botella. ¿Se acuerdan que del cuarto oscuro ellos siempre salían cantando?

Yo del Yeyo no me acuerdo nada. Si no hay fotos no puedo. Bueno, el Yeyo lo primero que hacía todas las mañanas era salir a la luz a mirar su maizal. Era lo que más le encantaba. Pero principalmente el Yeyo era la manera que tenía de decir "es-

tán muñequando" cuando le preguntábamos por los choclos. El no los comía. El Yeyo nunca comió choclos. A él le gustaba mirar el maizal todas las mañanas, conocía las plantas una por una, decía que eran todas diferentes. Y esto es también una parte importante de lo que era el Yeyo. Después los regalaba. Se plantaba de pronto en la puerta y decía aquí les traigo estos choclos, no tienen bichos. A él no le importaba que nosotros tuviéramos nuestro propio maizal. Y se iba en bicicleta. Para él los choclos eran algo que le sobra al maizal. Apenas unos bultos que se tapan con chala. Algo como deben creer los ciegos de las cosas que no pueden tocar. Era eso lo que regalaba. Es que es difícil saber cómo era si no se tiene una fotografía. Es que lo queremos mucho al Yeyo, aunque no sepamos cómo es. El Yeyo era algo que estaba siempre. El nunca faltaba. A cualquier parte que uno fuera tenía que preguntar ¿no vino el Yeyo? Y siempre la misma respuesta: sí, claro, anda por ahí. Y apenas uno daba vuelta la cabeza lo podía ver. Qué alegría. El Yeyo es como lo que eran para él sus choclos. O mejor, algo como lo que creíamos que es el Yeyo si estuviéramos ciegos. Del Yeyo, me parece que no lo vamos a ver nunca.

Las demás fotos son de parientes lejanos, esos primos que viven lejísimo y apenas conocemos. El Roque por ejemplo. A que nadie sabe quién es Roque. Miren que llamarse Roque ya es bastante. ¿Quién podría decir el tío Roque? Suena mal al oído. O mi primo el Roque. Es que yo creo que ese Roque no es ni primo ni nada. Son parentescos complicados. Nadie se acuerda de él salvo una que yo sé, pero ahí está la foto con la dedicatoria.

ria, a mis queridísimos parientes Aballay con todo afecto. Roque. Para colmo una foto de estudio, hay un sellito Estudios Luz y Sombra, con tapas y un papel de seda transparente para que la foto de Roque dure toda la vida, carajo, con un tamaño que no cabe en ninguna caja, no hay caja que pueda cerrarse cuando va a parar ahí la foto del tal Roque, siempre queda afuera un pedazo de Roque con su ropa alquilada, todo un duque el Roque. Parado al lado de un mueble con un brillo que encandila, con una mano toca el mueble para que se le vean los anillos, la otra mano no sabía adónde meterla y en el momento del clic se la llevó al pecho a lo Napoleón, cerca de la cadena del reloj que lleva en el bolsillo del chaleco. Y las rayas de los pantalones : tanta plomo, qué filo. Y qué capa, mi madre, qué cuello palomita usaba Roque. Qué sombrero de rey de los banqueros. Y no hablemos de la biblioteca como fondo inteligente. Erasmo, Arturo Schopenhauer en enormes letras. A pesar de la cara, debe ser muy inteligente el Roque. Todo alquilado. En esos estudios te lo alquilan todo, los muebles y la ropa. Yo lo quisiera ver saliendo del estudio, sin anillos ni capa. Pobre Roque. Anduvo un tiempo enamorado de la Sila. ¿no? Todas las semanas el cartero con una carta de Roque. Y por expreso. No eran cartas de amor. Andaba siempre alrededor de eso pero no se animaba. Un hombre grande. Decía que me conoció en una foto de conjunto que le mandó un pariente, quería que yo le mandara una donde estuviera sola, y todas sus cartas terminaban por favor, no se olvide de la foto. Yo le contestaba, claro, pero cuando mandó su foto no le escribí más, a pesar de lo que él llamaba buenas intenciones. Metió

la pata el Roque.

¿Se acuerdan de las postales? Las más lindas son las que mandó Lucho cuando fueron para el mar. Es impresionante, de-
cía. Y los rascacielos casi sobre las olas. Pero el que debe haber viajado mucho es el compadre del abuelo. Desde no sé cuántas ciudades diferentes mandaba las postales, al otro lado del mar, con unas estampillas tan bonitas. Hay que ver los países que conoce tu compadre. No, él nunca salió de Hualacato. Era cafetero como yo en el Ministerio. Ahí llegaban muchas postales todos los años, de países que nos querían vender cosas. Propaganda. Se guardaban un tiempo en las carpetas y al final iban a parar a la basura. Cuando me fui del Ministerio, el compadre empezó a coleccionarlas. Les borraba lo escrito y para divertirse las mandaba por correo a sus amigos, desde Oslo o de Tokio siempre había un cariñoso saludo del compadre. Lo bueno del compadre son sus palomas mensajeras. Si lo dejaran, él podría comunicar todo Hualacato. Tiene una paloma por cada persona que conoce.

Es mi deseo garantizarle que ninguno de ellos anduvo metido en cosas raras. De los demás no hablo, son demasiado chicos. Yo, señor, quisiera pedirle humildemente, hasta ahí llegué, qué les parece. Pero no pude seguirla. No sabía qué pedirle. Bueno, sí lo sé, pero no se puede pedir, es como si no hubiera nada que pedir. Es decir, hay que pedirle todo. ¿Se dan cuenta de que a él no se le podría pedir nada? Aparte del permiso para ir al baño o algo parecido, no existe nada que se le pueda pedir a él. Para empezar, habría que pedirle que se vaya. El solamente existe porque ha venido. ¿Cómo pedirle que se vaya? Es lo primero que habría que pedirle pero es lo úl-

timo que él daría suponiendo que diera alguna cosa. Porque además de existir solamente porque ha venido, también existe solamente porque quita. Las fotos y las cartas son una pequeña parte de lo que Nabu quita. Nos ha quitado todo. Ahora estamos hablando porque él nos ha dado permiso. También nos ha quitado las palabras. No hay nada que se le pueda pedir a Nabu, principalmente porque no podemos pedirle que se vaya. Si él está aquí para quitar, qué podríamos pedirle. Pero hablen más despacio, cuidado, se ha movido, está mirando para aquí, que se callen los chicos, pongan caras tristes. Lo que más lo tranquiliza es la tristeza, aunque él diga lo contrario. A mí cuando me oye cantar, enseguida gira esa cabeza que tiene y me dice señora, ¿le parece que su situación aquí es para cantar? Yo en su lugar no lo haría, hágame el favor de callarse. Y no es que yo cante. Cuando hago las cosas de la casa siempre estoy entonando algo con la boca cerrada, es una costumbre. Se lo dije. Entonces va a tener que cambiar de costumbre, eso fue lo que me dijo. ¿Qué estará leyendo? Las cartas, ¿no se dan cuenta? En la carpeta colorada tiene todas las cartas. ¿Y no habrá alguna carta del Cachimba, por casualidad? Pero qué pasa, por qué se asustan tanto. Entonces a todos nos ha preguntado del Cachimba. Pregunta por él en todos los interrogatorios. Yo le dije que cómo no voy a conocerlo si es de Hualacato. Cualquiera sabe quién es el Cachimba. Debe ser muy peligroso conocerlo. No, no tenemos fotos del Cachimba. Ni cartas, menos mal. A lo mejor una postal de Navidad. Yo creo que ni eso, también sería comprometedor. Debe ser muy peligroso para ellos, me doy cuenta por la manera que tiene de decir

Cachimba, la mirada que pone cuando dice Cachimba hay que saber aguantarla. Parece que quisiera decir otra cosa y que le sale Cachimba. Está diciendo bosta o cucaracha o delincuente cuando la dice, cada vez que lo nombra lo aplasta con el pie, le da asco. Cómo será que para mí la palabra Cachimba ahora es otra cosa. Antes sonaba lindo. Ahora en cambio me da miedo. Qué habrá hecho el Cachimba, pobrecito. Deben andar buscándolo con perros. Les habrán hecho oler una camisa del Cachimba a esos perros que toda la noche andan trotando por ahí. Y si se ha escapado deben haber mandado los perros al monte. Por favor hablen más despacio y no nombren al Cachimba. Mejor sigamos hablando de las fotos. Hablemos de algo alegre. Me gustan las del Zoológico, los monitos saltando, el oso pedigüeño. Cri cri, gritan los monitos. ¿Saben por qué se casó tan grande la tía Francisquita? Fue por culpa de los lutos. Grandes tinajas de agua hirviendo en el patio de la casa, y ella removiendo anilinas para teñir la ropa, aparece toda de negro al otro día. El primer luto no fue nada, cuatro años apenas. Y cuando iba por el medio luto, los últimos seis meses, se muere otro pariente más cercano, corresponden seis años, y otra vez a teñir la ropa que habían ido haciendo, otra vez el luto riguroso sin salir a la calle, otra vez las tinajas renegridas ardiendo en medio del patio y la tía Francisquita removiendo. Y claro, cuando salió del último luto ya era un poco vieja. ¿Pero tenemos fotos de Avelina? Yo no me acuerdo. La Avelina, cierto. Claro que tenemos. Entonces puede pasar algo. Si él llega a darse cuenta de que la tía Aveli-

na es la esposa del Cachimba, entonces pueden pasarnos cosas serias. Claro que la tenemos. Es una donde ella está al lado de una madre selva. Sí, yo también la vi, pero hace mucho. A lo mejor se ha perdido. No, está en la caja de lata. Hace muy poco que la vi. Entonces aquí puede pasar algo muy serio. Si llega a descubrirla lo menos que va a pensar es que en esta casa todos somos el Cachimba. Cuidado que ahí viene. Chicos, quedarse quietos. Como fotos.

IV

Una presencia como esas begonias de maceta que se ~~se~~^{cultivan} dentro, de hojas verdes con manchas coloradas en el centro. Mientras más oscuro es el lugar, más grandes son las manchas rojas. Conviene poner las macetas en una cierta penumbra para lograr un equilibrio en el color. A plena luz se vuelven enteramente verdes. En plena oscuridad pueden llegar al rojo total y mueren por asfixia.

Presencia como apagar la luz sabiendo que en la casa hay un animal desconocido. Algo invisible que respira y camina. Que aparecerá a su tiempo. En la oscuridad más plena, rojo del todo al borde de la asfixia está latiendo el bicho, difundiendo su color y su olor y sus bordes de asfixia. La presencia tiñendo las espaldas de los Aballay. Cada uno en su cama con las manchas rojas en la espalda, difundiéndose, tapando los pulmones, esforzándose para llegar a la nariz y a la boca, ya salpicadas de puntitos rojos, de falta de aire.

El Cholo se da cuenta por primera vez de que su cuerpo es algo que también pueden quitarle. Hay un deseo, una necesidad de agarrarse el tórax para que no se lo lleven. Las piernas parecen perdidas ya, allí, muy lejos de él. Los brazos son inútiles, como queriendo irse, pero los retiene porque los

necesitará para agarrarse el tórax cuando vengán a quitárselo. Respira por la boca y la nariz al mismo tiempo tratando de absorber un aire que está faltando. Desde su foto al lado de la madreselva, la tía Avelina se está tragando todo el aire. La tía Avelina, que será Uvelina en la boca de Nabu cuando la descubra. Conque hubiendo a la tía Uvelina, ¿ehk?

La Coca oye respirar al Cholo mirándole las manchas rojas de la espalda. Algo a perder parece el Cholo con esas manchas crecidas que ya lo están rodeando y van para el estómago, culebrilla, toca su propia espalda, culebrilla, mientras recuerda la foto de Avelina y la caja de lata, caja de Te Los Mandarines o algo parecido, caja china con dragones o quimonos, un elástico alrededor porque ya no funciona el cierre metálico, la caja anda flotando por la casa y perdiendo sus fotos, de pronto cierra los ojos para novver un rincón iluminado por donde pasa Nabu corriendo con la caja en la mano.

Nunca la vimos; no la conocemos; a esa foto la habrá traído el viento, dice la respiración de la Coca. Foto mal revelada o mal fijada, pasando rápidamente al negro, y la tía Avelina confundiéndose con la madreselva, apenas visible la figura. Sí, se parece a mi tía pero no es ella, fíjese, la cara está muy borrosa, muy negra, y así es imposible precisar de quién se trata. Se parece a ella, no lo niego. Ser pariente es parecerse, pero en este caso se trata de mi prima Cloti, muy parecida a la tía Avelina. En realidad no se puede afirmar de quién se trata si la foto es borrosa. En realidad está detrás de la madreselva. Sí, ella estuvo de novia con el Cachim-

ba pero después se casó con otro. No lo quería. No le gustaba el nombre. No compartía sus ideas. Nosotros nada tenemos que ver con el Cachimba. Claro que lo conocemos, como todo el mundo en Hualacato. Esto es muy importante, usted tendría que tener muy en cuenta este hecho. Es importantísimo saber que en Hualacato todos nos conocemos. Pero nosotros no tenemos la culpa de que ella sea la mujer del Cachimba. Eso es un asunto suyo. Nosotros podemos ser amigos o parientes de Avelina pero no del Cachimba. Me lo presentó una vez y nunca más lo vi. Encantada mucho gusto y nada más. Ella nos dio su foto porque somos parientes, no por ser la mujer de él. Foto sacada mucho antes de conocerlo a él. Además estamos peleados con ella desde hace años, justamente porque nos opusimos a su casamiento con ese hombre. Se lo decía, iba a decírselo a usted en una carta que intenté escribirle, y todavía deben andar por ahí los pedazos. No me salía bien, tengo mala letra, tengo manchas rojas en la espalda. Yo creo que el Cachimba ni existe siquiera, es un invento de Avelina, por favor, ¿no se podría abrir un ~~poco~~ la ventana para que entrara el aire?

Nabu sigue leyendo o mirando fotos. Hay que ver lo que puede pasar aquí cuando llegue a la foto de la tía. A lo mejor no pase nada. Son tantas las tías que tenemos que ni siquiera se va a dar cuenta. Además la carpeta que tenía en la mano era la de las cartas. Eso lo vi bien claro. O sea que al menos esta noche no llegará a las fotos. Con las cartas que me escribía Roque tiene para dos días por lo menos. Lo feo va a ser si también buscan a la tía Avelina. Porque entonces pegarán su foto en todas partes. En el correo, justo cuando alguien está pegando una estampilla, alza los ojos y ve el afi-

che de ella, de frente y de perfil y unos perros husmeándola, con ojos que tratan de ocultarse, tapándose la cara para que no la conozcan. La rea Avelina descubierta en una fiesta, mán-
denle los perros más expertos. Con una mordedura en la mejilla mal cicatrizada los afiches en los trenes y en los ómnibus, asesina traidora rea de muerte infanticida, acusada de poner guilletes en los toboganes, miren ustedes la cantidad de niños que se cortaron por su culpa, y ella escondida riéndose burlándose escondida detrás de una madreSelva, esa foto que está dentro de una caja de lata. Prendan el fuego que vamos a quemar a esta bruja; miren qué colorada tiene la espalda esta rata indigna de vivir entre los hombres. Y por supuesto que mandarán uno de esos afiches aquí. Lo desenrolla y lo mira. Pero si es la tía Avelina, dirá Nabu.

En la cabeza de Kico trotaban muchos perros. No sé, no me acuerdo bien, pero cuando le hicieron esa foto en la madreSelva el Cachimba andaba por ahí. Cantaba o tocaba la guitarra. No salió en esa foto por milagro. Pero pudo salir en otra. ¿Y si también tenemos una foto del Cachimba? Montones de perros negros lo andan buscando por cualquier rincón de Huacacato. Aprietan las mandíbulas pensando que mascan al Cachimba. Entrarán aquí, revolverán la ropa buscando una camisa para olerla, tirando de las mangas y del cuello cada uno quiere un pedazo de camisa con olor a Cachimba. Uno de los perros descubre la caja de lata, acaba de descubrir al Cachimba, lo retuerce junto con las otras fotos, las fotos de los chicos, entran al casamiento de la tía Francisquita cuando están por partir la torta, vuelcan el vino de las copas, una dentellada en el canesú del vestido blanco de la tía, se lo

arrancan, la desnudan, tiene la espalda roja, gorda, fea, una anciana la tía Francisquita porque en medio de la fiesta está el Cachimba, el vestido blanco destrozado debajo de las mesas y las sillas, tironeado por los perros, se han apagado las luces, la tía corre desnuda por los patios, es torpe, no sabe escapar, se cae, cuando ven la mancha de la espalda los perros corren detrás de ella porque tiene olor a Cachimba.

Saltando de cabeza en cabeza los perros llegan a la del Cholo. Se han metido debajo de su cama en busca de Avelina, después ella los llevará a la cueva del Cachimba, del Cachumba dirá Nabu aplastándolo, miserable cucaracha. Aplastarán la caja de lata enloquecidos, un colmillo mojado atravesará las fotos. Comuniones, casamientos, despedidas de soltero, todos los pequeños sucesos de sus vidas en un solo colmillo, las fotos del Tite masticadas, lo matarán de nuevo. Los perros entregando a Nabu la foto de Avelina. Y dirá Nabu mire lo que ha hecho usted de su familia: un montón de delincuentes. Tenían escondida en su casa a la más reá de las reas. Todos son responsables por su culpa. Potros salvajes en las piernas y en los brazos, como a Tupac Amaru. Vamos, traigan los caballos y las ⁵⁰⁰⁰⁰ ~~cuerdas~~, no pierdan un minuto. Nabu mirando la foto corriendo hasta sus radios y teléfonos. Sí, encontré algo muy gordo. El Cholo y su mujer escondían a la reá debajo de la cama. Todos son responsables por supuesto, aquí no hay nadie que se salve. Ahora todo será cuestión de hacerlos hablar. Sí, mándeme los perros. Por toda la casa caminando invisible la Avelina escondiendo la camisa del Cachimba buscando un lugar alto para que no puedan llegar los perros. Como si ya estuviera muerta anda flotando por la casa. Es un bicho

invisible respirando. Uvelina de alas negras aleteando arrinconada es un pájaro de tumbas, ya no tiene salida, Nabu la ha descubierto, ha prendido todas las luces, cierra puertas y ventanas, no hay un solo agujero para que escape la Avelina nocturna acorralada con trapos en el pico, la ropa del Cachimba escondida en la casa de los Aballay, ya pueden mandar eso, mire lo que ha hecho usted de su familia, ha perdido a su padre a sus hijos a su mujer que lo quería, todo por su culpa, hola, hola, contesten, cambio, aquí tenemos a los principales colaboradores del Cachimba, y al pez más gordo, claro, el Cholo, alias el Cholo, en la espalda tiene una tremenda mancha roja, son señas particulares muy fáciles de identificar, todos están complicados en el crimen pero él es el responsable principal, asesino de su propia familia, nunca se ha visto un crimen semejante. Sí, pero no tenemos fotos del Cachimba, ustedes deberían considerar eso. Solamente una foto de su mujer cortando madreselvas, era su despedida de soltera, ustedes deberían considerar eso. Nos reunimos en casa con amigos y parientes. Supongo que el Cachimba haría lo mismo en la suya con sus propios parientes, porque así son las despedidas de soltero, no existe la pareja en esas fiestas, lo celebra cada uno por su lado, si no vaya la gracia. Además Avelina es sólo prima nuestra. Le decimos tía por costumbre. Una prima más bien lejana, por lo que el Cachimba no es nada para nosotros. Primo político en todo caso, que es un parentesco que no existe. Es como el primo Roque. Nadie lo conoce pero existe una foto suya en esta casa. Como es fácil darse cuenta, nosotros somos inocentes. Incluso podría haber una

foto del Cachimba sin que eso alterara nuestra inocencia. A lo mejor llegó al final de la fiesta sin que nadie se diera cuenta, le harían burla porque en esos casos a la novia hay que dejarla sola, último día de soltera. Y se habrá quedado apartado por ahí, tocando la guitarra, cantando algo, habrá tomado un vaso de vino y se habrá ido, a lo mejor le sacaron una foto también a él, quién puede saber eso, pero él venía solamente al final de la fiesta para acompañar a la novia hasta la casa, ya estaba muy oscuro. Nosotros somos buenos, puede preguntar. Creemos en la virgen. Usted podrá encontrar en otras cajas un montón de estampas de la virgen. Nos hemos bautizado, somos hijos de Dios igual que ustedes. No matamos ni robamos, tejemos solamente. Tejemos para vivir y eso que alguna vez tuvimos tierras, nos las quitaron y nunca reclamamos. Usted debe creerme, somos buenos, tenemos muchos recuerdos buenos y malos, hemos sufrido, se nos murió el Tite por ejemplo. ¿Cree usted que vamos a estar haciendo cosas raras estando muerto el Tite? Sí, es cierto que aquella vez nosotros también callamos. Yo paré mi máquina en la fábrica y en casa se paró el telar de palo, que apenas hace ruido. Pero a eso lo hizo casi todo Hualacato. Ustedes acababan de llegar, hacían mucho ruido, nos dolían los oídos. Entonces nos callamos para saber quiénes tocaban tan fuerte los tambores. Y se oyeron, usted mismo lo sabe. Ustedes no querían que los oyésemos, pasar disimulados. Entonces por qué tocan el tambor. Pero eso fue todo. Volvimos al trabajo, a ser tan pobres como siempre, trabajar por la casa y la comida, a lo

demás se lo llevan lejos ellos, para otros gastos tenemos que tejer en nuestra casa fuera de hora y aún así los chicos van descalzos, falta la leche el pan la carne los primeros auxilios, hay diarreas estivales se deshidratan los chicos se desinflan como globos, Hualacato tiene un limbo lleno de angelitos que no ven ni la luz ni la leche, esto es verdad, lo oímos cuando paramos los ruidos ese día, se oía claro en los tambores. Yo ese día no hice ningún ruido porque quería saber por qué se había muerto el Tite. Uno tiene derecho, soy era su padre. ¿Es que también nos van a negar esto? Pero a todo eso ni siquiera podemos decirlo. Está prohibido. Cuando alguien lo dice ustedes lo señalan con el dedo. Cachimba, gritan. Cuidado, son Cachimbas. Y entran a perseguirlo con sus perros, los perros van detrás de los Cachimbas mientras ustedes custodian la miseria. Mire, de mí es muy poco lo que me importa después de lo del Tite y todo esto. Arrójeme los perros si quiere. Aquí cualquiera puede ser Cachimba, sobre todo si en una caja de lata guarda la foto de Avelina. Si usted me garantiza la libertad de mi familia estoy dispuesto a decirle mire, yo soy el Cachimba, no busquen más. Y ya está. Y se acabó. Me llevan, y a otra cosa. ¿Para qué correr el riesgo de sacarle la foto de la carpeta? Me llevan a la casa de urgencias y me ponen en la cama grande. Los enfermeros moviendo sus cabezas de un lado para el otro. Mal endémico, dicen, lo siento, es imposible, no hay algodones, mire las cajas, todas vacías, imposible sacar esas manchas de la espalda, una lluvia a tiempo lo hubiera solucionado todo, pero ya ve, este verano ha sido demasia-

do caluroso dicen los enfermeros viendo que no tienen algodón. Si ya tienen al Cachimba, para qué quieren entonces una foto de Avelina. Ridículo. Entonces que se duerman tranquilos, que la Coca respire normalmente, ya no hay ningún peligro. Que la Sila y el Kico no se aflijan, ninguno de ellos puede ser el Cachimba, con uno solo ya tendrán suficiente. Y Nabu se quedará tranquilo. Gracias a él, dirán, y le darán medallas, un viaje a Europa todo pago, por el medio del mar andará Nabu contando cómo descubrió al Cachimba. Fue gracias a esto, dirá abriendo una carpeta con delicadeza, y mostrará la foto de Avelina al lado de la madreselva. No, no la muestre, es demasiado para nosotros, debe ser horrible, dirán otros viajeros. Un verdadero monstruo, dirá Nabu cerrando la carpeta, un monstruo con una mancha roja bañándole la espalda, un verdadero coágulo en la espalda de Avelina. Y además ponía guilletes en los toboganes. Por favor no nos cuente esas barbaridades, es demasiado horrible, dirán los viajeros espantados. Y la brisa del mar en la cara de Nabu, infla su camisa contra las olas, él se toma un refresco mirando el horizonte desde la cubierta.

El viejo oye los pasos de Belinda. Son trotes cortos y nerviosos, de una repisa a otra, en grandes saltos por encima de los muebles. Hay pausas largas en las que seguramente mira o busca algo, la cola viboreante. Después un trote sobre un mueble y el ruido de las patas en el suelo. Por ahí el roce de una uña en el respaldo de una silla o el cajón de las botellas, por las cajas de sombreros pasa la gata disparándole a las presencias. Feo el olor que hay esta noche en la ca-

sa, pensará Belinda, feo el sudor de más que hay en los cuerpos, feo el olor de las begonias, feo cómo cuelga un cucharón en la cocina, una olla en la pared, feo también el cuarto iluminado del Percusionista, la pared de vidrio, está moviendo papeles, llama por teléfono lustra la batuta mientras lee cartas viejas o ve fotografías. El viejo puede reconstruirlo todo por los pasos nerviosos de la gata, ve que hasta ella se da cuenta de la presencia de Avelina flotando por la casa. Si pudiéramos hablar, ponernos de acuerdo para saber qué vamos a decir cuando nos pregunte uno por uno por la foto. Ponernos de acuerdo, poder decir algo, la trajeron los chicos, la encontraron en la calle, les gustaron las madre selvas y eso es todo. O decir que sí, que la conocemos pero que nunca vimos al Cachimba. Pero qué le va a importar a él cualquier cosa que digamos. A él no se le puede decir nada, como tampoco se le puede pedir nada. El está para preguntar, no para oír a nadie. No hay ninguna palabra que valga para él estando aquí la foto de Avelina. Las fotos no necesitan palabras, ahí están diciéndolo todo. Mire, resulta que Avelina es pariente nuestra por casualidad. ¿Pariente? ¿Nada menos que pariente? Y ya con eso basta, todos al sur, a los pozos, a los ríos. O si no dirá mire, a mí no me importa que ustedes sean o no sean parientes de esa mujer. Lo único que cuenta para mí es que ustedes tienen su foto. Y ustedes ya sabían del peligro que corrían teniendo en la casa semejante documento. Para qué hablar entonces. Aquí ya no hay nada que decir. Ustedes mismos se lo han buscado. Cómplices del Cachimba nada menos. A ustedes ya no

los salva nadie, ni siquiera yo. Y venía para eso. Ahora todo se ha terminado. Mañana mismo serán trasladados a unidades convenientes. De esta casa no va a quedar ni la gata, de eso pueden estar seguros. Y allá van todos en un camión por un camino de tierra, él en su silla bamboleándose en el medio, y a lo lejos va quedando Hualacato, allí nacimos y no lo volveremos a ver nunca, y el camión traqueteando en los pedregales. Miren, dirá la Sila desde un costado del camión. Y será la casa que se quema, que de ellos no queden ni los rastros, ardiendo todo se retuerce la veleta ya roja en el centro de las llamas.

Tengo que inventar algo, dice el viejo cuando siente el tamborileo de las patas de Belinda en la puerta y ve a la gata que se asoma por la banderola con el moño torcido por roces o por nervios. Salta al lado del viejo, ronronea, lo cornea, todo normalmente; pero el corazón le va ligero, alterado por algo que todavía no sabe, Avelina; pero cómo lo trasmite piensa el viejo y se pone a golpetear las paredes contiguas, la que da al cuarto del Cholo y de la Coca y la otra del Kico. Los idiomas nacen solos, por necesidades extremas. Cuando algo necesita ser nombrado, el primer sonido que surja ya le corresponde, ya está la palabra. Las cosas entran en lo real buscando la palabra. Los golpes que da el viejo en la pared salen al encuentro del hecho, no pueden significar otra cosa que el retrato de Avelina, ya lo decían las patas de Belinda tuntuneando en los muebles. Qué bien lo entiende el Cholo con la Coca por un lado, el Kico por el otro, menos la Sila con los chicos separada por uno de los

cuartos del Percusionista. Los otros contestan con los mismos golpes, la primera cosa ha sido nombrada, ya tenemos la primera palabra del idioma, madrequita. Ahora resulta fácil decir algo de la cosa nombrada; un golpecito más, una ligera alteración del ritmo y ya está, porque sólo se puede decir una cosa del retrato de Avelina, lo único posible: sacarlo de la caja. Y la palabra ~~salta~~, virgen, con todos sus sinónimos: única manera de borrar las manchas rojas, de que el aire alcance para todos, hay que correr las macetas de begonias a la luz para que vuelvan a ponerse verdes; todo con un par de golpes en la pared. Ahora todo será cuestión de agregar ritmos, la cuchara contra la mesa, los pies en el suelo, o algo más silencioso como los ojos y los dedos. Hablar delante de él sin que se entere. Hablar de la tía Avelina en sus narices. Y con cada palabra que inventen tendrán una nueva cosa, encontrando la palabra justa hasta podrán sacar a Nabu de la casa cualquier día. En sueños y alegrías todo eso rebulle dentro del viejo acariciando el lomo de Belinda, la cabeza se le llena de palabras que no conoce todavía.

El Percusionista se había quedado adormecido leyendo las cartas de Roque, letra chiquita, tan reiterativas, leyendo sin comprender nada, pasando los ojos automáticamente por las letras sin enterarse de nada. Aburridas, pero había que leerlas, en cualquier momento aparecía un indicio, alusiones o descuidos, una palabra para abrir la pista. Había llegado al fondo de la madriguera, el más mínimo pelo era importante para atrapar al bicho. En cualquier momento las estupideces del tal Roque se dan vuelta y cambian de sentido, el "sólo me guían

las buenas intenciones" y el "sus palabras me permiten abrigar ciertas esperanzas" se convierten en signos de un sentido oculto. Tomó la linterna desganado para la inspección nocturna antes de acostarse, abrió la puerta de vidrio y olió la tufarada, la presencia. ¿Sudores descompuestos? ¿Tierra húmeda que se calienta? Son olores innombrables los que salen por las banderolas de las puertas. En el fondo de la cueva suele haber excrementos secos, olor de barro seco en las pezuñas, alientos concentrados, el antiguo olor de las prisiones. Tampoco es eso. ¿Olores de la gata, parturienta? ¿Semen de gato? ¿Gata en celo? Más que un olor parece un ruido, pero inaudible, un sopliido agregado al silencio. Como si los Aballay en su conjunto estuviesen gritando para adentro, oliendo para adentro. Quitó los sellos de la puerta del viejo y lo alumbró. El viejo andaba en honduras, inventando un idioma del que solamente tenían dos palabras, urgentemente tenía que inventar una palabra para decir Cachimba, que andaba flotando por la casa, sólo había que ponerle un sonido para que se fuera, la sombra de Avelina había desaparecido apenas encontraron la palabra. ¿Pescado viejo, raiz recién desenterrada? ¿Sudores descompuestos? La linterna miró la cara sometida del viejo, un pie de Nabu hizo girar el cuerpo del viejo en la luz de la linterna, las manchas rojas de la espalda le hicieron pensar en los detalles que distinguen a las especies, la cola de los zorros, el pico de las aves, no, no venía de ahí la tufarada.

Cuando el Cholo vio la cara del Percusionista detrás de la linterna quiso decirle algo pero la voz no le salió, el sopliido no llegó a las cuerdas vocales, concentraba todas sus fuer-

en las manos agarrándose el tórax, no se lo iban a quitar tan fácil.

- Su miedo molesta - llegaron claras las palabras de Nabu traspasando la luz de la linterna -. Trate de disimularlo un poco para que haya silencio y podamos dormir todos. Esta casa apesta de su miedo. Tómese esta pastilla y duerma de una vez.

El Cholo soltó solamente una mano de su tórax y tomó la pastilla.

- Y usted también tiene miedo - dijo a la Coca con voz de médico.

- Sí, un poco - dijo la Coca alcanzando una voz que iba delante de ella.

-Tómese esta pastilla. Ya les dije que vengo a salvarlos, no a destruirlos. Ese miedo surge de los malos pensamientos. De lo que saben pero se lo tragan.

Recorrió la casa alumbrando techos y rincones. Cuando comprobó que nada visible producía esa mezcla de olor y de ruido abrió de par en par una ventana para que saliera el miedo.

El encierro hacía funcionar la casa como una gran tinaja de teñir la ropa, llena de anilinas para un luto blanco. Removiendo removiendo, los Aballay se desteñían en realidad, mirándose como si fuesen otros, fotos que aunque se dejen media hora en el líquido revelador siempre serán claras, los contornos apenas definidos. Como cuando la tía Avelina volvió de su luna de miel en el mar. Qué bronceada, qué piel, pero qué lindo; sí, miren los hombros. Y bajaba ^{los} ~~el~~ breteles y eran melones al sol los hombros bronceados de Avelina. Igual que eso pero al revés; qué pálido, qué blanco. En las arrugas del viejo había rayas blancas, manchas de tiza en la Coca y en el Cholo, se hibridaban bajo líquidos químicos que les cambiaban el color, con la apariencia de esas cosas que durante toda la vida se guardan en los sótanos. La piel de los Aballay girando en anilinas se parecía cada vez más a la palidez de Nabu. Casi no parecían de Hualacato, iban de lo mestizo a lo postizo. Y más blanco que todos el Julito, chupeteando en su cuna parecía un pescado congelado, todo el día el pescadito prendido a su chupete. Las fotos que retocaba el Bocha. ¿Pero cómo el abuelo está tan blanco? Trucos de laboratorio, se reía el Bocha; se apantalla así la luz al copiar la foto dirigiéndola a la cara, y ya está, ob-

tenemos una preciosa cara blanca en clara disidencia con el original.

¿Cómo era, cómo será la lluvia? Una verdadera maravilla. Algo que casi no tiene nombre porque ella crea su propio ruido, es su propia palabra. A la lluvia hay que verla, lo demás lo hace ella sola. En invierno la lluvia era tortas fritas y fotografías. En verano, una verdadera fiesta y la llamábamos aguacero. Un año sin llover y de pronto el aguacero. El agua que caía en los cerros venía como en creciente a Hualacato, de orilla a orilla en las calles esa lluvia con olor a hierbas de los cerros, y todo el mundo a la calle con el aguacero, a mojarse los pies a dejar que a uno le lloviera encima; cada calle un río, de norte a sur un río al lado de otro, bramaban esos ríos llevándose los microbios, las endemias; engordaban las cabras, había leche, brotaban los pastos, se ahogaban las vinchucas, todo estaba limpio cuando salía el sol.

Para los chicos todas esas cosas eran cuentos del abuelo. De las lluvias ellos sólo conocían los truenos. Los oían desde su pieza cambiando de color, mirando las paredes, las miraban como queriendo volver a alguna parte sin saber adónde. Las manos desteñidas, los pies asotanados, miraban las paredes, los agujeritos, una mancha en el revoque, la huella de una brocha, la cal acuartelada, lugares por donde en cualquier momento podía pasar corriendo y muy asustada la arañita, blancos y sin cumpleaños esperando la arañita, el que la vea primero tiene un premio, un gran terrón de azúcar.

La linterna rutinaria es buena para saber la hora. Primero hay ruido de sellos que se rompen ~~de la lluvia girando en la ca~~

, y enseguida la linterna que cuenta anunciando la llegada del día. A ver, uno dos tres, están todos y se apaga, y Nabu que se aleja para abrir otras puertas que ya viene el día, ya se sabe que después de eso empieza a amanecer.

Y amanece otro día con campanillas y silbatos, pajaritos de adentro asotanados revoloteando entre carteles que representan paredes que no existen pero se respetan, son las zonas prohibidas. Desayuno en silencio mientras Nabu lee lo que harán ese día. Hoy toca tejido y papiroflexia y hay un sermón muy interesante. El viejo puede dibujar si quiere, sus papirolas son muy feas. A fin de año habrá una exposición de papirolas y esta unidad debe ganar el primer premio. Les falta hacer sapos, diucas, golondrinas, hipopótamos, barcos a vela y elefantes. Intenten el caballo de mar que es muy difícil. El pez chino es muy bien mirado en los concursos. Tienen también la llama, la ballena y el cisne. Después de eso podrán intentar el ciervo y el pingüino, bastante complicados. Para más adelante quedan la garza y el cangrejo. Y después de la cena a contar cuentos. Hoy le toca al viejo. Voy a estar muy atento a sus relatos. Esta noche me hablará de su compadre y sus postales misteriosas. Así que vaya pensando las respuestas, que no se le olvide nada, tiene todo el día para acordarse de cosas del compadre. Y ahora cada cual a su sitio, por ahí no, no se olviden que ahí hay una pared.

Quién hubiera dicho que la tía Avelina tuviera tanta importancia. Ella había sido siempre una foto salteada o pasada rápidamente; sí, la tía Avelina, algo que se va olvidando poco

a poco como Roque. Pero claro, Roque, cómo no me voy a acordar de él. Mentiras; uno se olvidaba de Roque. Si no fuera por su foto, la palabra Roque ya no estaría en la memoria. Con la tía Avelina algo parecido: una foto y un par de postales desde el mar. Y sin embargo ahora qué patente todo, su cara blanca, las flores bordadas en el ruedo de su vestido, su forma de reirse, su manera de colgarse del brazo del Cachimba, tan cierta de repente, su hoy tenemos que quedarnos todos quietos y callados, no tejer, no reir, no hablar porque han venido ellos, si nos quedamos callados podremos oír lo que ellos están haciendo en Hualacato, y sobre todo podrán oírlo otros; su algún día cambiarán las cosas pero para eso no hay que quedarse de brazos cruzados; su no consumir lo que ellos venden, aunque parezcan cosas ricas son todas porquerías; su qué fiesta vamos a hacer el día que se vayan; su guardemos la alegría para entonces; su tomen estos libros aprovechen ya que por lo menos saben leer, más de la mitad de Hualacato no podría hacerlo, lo único que pueden leer son la máquina en el taller y el arado en el campo. Qué hermoso lo que decía entonces, antes de ser mordida por los perros, con los hombros como melones maduros al volver del mar. Qué diferencia con la de ahora. Como la diferencia que hay entre la foto de las madreselvas y la que a estas horas cuelga en correos y estaciones, en cualquier pueblo por más pequeño que sea carteles con la foto de Avelina infanticida peligrosa; los perros saben su cara de memoria, de frente y de perfil queda la foto de Avelina cuando salen los trenes, película de terror próxima semana gran estreno.

Tejen hablando a su manera, como quien sigue el compás de la música con los pies. Afuera no ha amanecido todavía y ya están tejiendo y practicando su idioma, repasando las dos palabras conocidas, retrato de Avelina y sacarlo de la caja. El primero que se mueva ahora inventará la palabra cuándo, y ya está, son palabritas que se forman solas, con la respuesta pisándole los talones, que nace en un pestañeo de cualquiera, ya se sabe que significa cuando griten los gatos y él salga para afuera. El viejo saca a relucir la palabra quién con dos cejas que bajan, y el Kico inventa la palabra yo con un gesto brevísimo. El viejo anota todo en el cuaderno, cada palabra un dibujito. Hermoso alfabeto con signos que son golpes, pestañeos, figuras de los dedos, toses, carrasperas. Y también hay cantitos, no hay que olvidarse de las notas. Con un cantito la Coca inventa la palabra no, que además significa es muy peligroso, yo me opongo, no estoy dispuesta a, con equivalentes plásticos en ojos que se abren más de lo debido, en una palidez de cara que nada tiene que ver con el encierro, en un quedarse las manos quietas entre agujas. Pero todos los idiomas tienen palabras feas, la culpa no es de la lengua, es de las cosas. A nadie se le hubiese ocurrido inventar la palabra muerte si no existiese la cosa así llamada. Ahora dos manos tejiendo pero sin agujas significa muerte, todos la han comprendido, especialmente el Kico, que inmediatamente crea el antónimo cruzando dos dedos que ha mostrado a todos, y nadie discute su significado tan cantado, vida, que el viejo dibuja en su cuaderno con un gesto que significa linda palabra, y así la palabra palabra ya tiene su palabra, asociada a lin-

da para colmo, que a la vez parece significar inventar un idioma puede resultar muy divertido. El signo vida trae su sinónimo en letras luminosas, riesgo, y entonces el Cholo inventa pero cómo. Hay muchas proposiciones vacilantes que nadie entiende, que el viejo sintetiza en un dibujo que significa duda. Hasta que en un balanceo surge la palabra puerta y con ella sus sinónimos más evidentes: sellos, precintos, difícil, imposible, y el viejo, recordando la abertura por donde entra y sale Belinda, hace un gesto (y lo anota sin consultar) que quiere decir banderola. Y todos pueden ver al Kico que se trepa por la puerta apoyando un pie en el picaporte, sale por la banderola y va a buscar la foto de la tía Avelina. La Coca inaugura otra palabra que significa lágrimas, adiós, que tengas suerte, buen viaje, y el Cholo otra que dice cuidado hijo, es muy difícil, pero así es la vida, puras cursilerías. La Coca acepta y con un golpe y un chasquido pronuncia por primera vez en ese idioma las palabras ya que no queda otro camino, adiós, pañuelitos en el aire, te esperamos, hay que cuidarse mucho, amor mío te queremos tanto. Y el indiferente del Kico que parece decir bueno, basta de sentimentalismos, ya verán mañana cuando no exista más la foto de la tía Avelina y se nos vaya el miedo. Al viejo no le alcanzan las manos para dibujar tantas palabras, se olvida de la artritis, de la artrosis y otras palabras por el estilo, parece un violinista ejecutando muy bien un pasaje muy difícil. Al fin levanta un montón de hojas inventando la palabra diccionario, que también significa descanso o paren de hablar un poco. El diccionario parece no hacer falta, ahora el idioma ya se juega solo; al menos eso dicen todos, aunque el viejo

que el viejo tras una pausa insista con sus dibujitos, cosas de viejo al fin y al cabo, hay que perdonarle sus vejezes, son posturas últimas a veces respetables.

Es muy feo comer sin hablar. Los ruidos de las cucharas en los dientes, las succiones, son cosas muy desagradables. Como los gatitos recién nacidos cuando toman leche todos en un plato, tan torpes. Los chicos todavía no han aprendido a agarrar la cuchara según las nuevas normas, la chocan contra el borde del plato, vuelcan la sopa, desparraman el puré por cualquier parte. Feo oír masticar o tragar a todos a la vez, oír la propia masticación, las mandíbulas moviéndose estúpidas y tristes. Y el golpe de la cuchara en el fondo del plato, cuando se está acabando la sopa, es algo insufrible, sin contar el ruido de la boca. Qué puerco es uno cuando come. El viejo, por su falta de dientes, hace un ruido espantoso con las encías y la lengua. Para qué, si al final le da dos o tres vueltas a la comida y se la traga entera. Antes de Nabu las palabras disimulaban esos excesos vivientes. Ahora en cambio cada uno es un torpe animalito. La sopa no se chupa, hay que meter la cuchara y tragar, aunque esté caliente. Chuparla de la cuchara es muy grosero, el ruido suena mal a los oídos, miren si todos chuparan la sopa el tormento que sería una comida. Ruido sumado a la respiración dificultosa, para tomar la sopa decentemente es necesario que la nariz esté muy limpia. Verdaderos cerdos, estará pensando Nabu, está visto que los ruidos de la comida lo ponen muy nervioso. Para matizar y de paso evitar ruidos molestos resuelven que la cuchara es lápiz, y

con ritmos de cucharas sigue creciendo el diccionario, mientras Nabu se pasea mirando sus relojes. La comida se convierte en un aburrido ritmo de cucharas solas, los tenedores y cuchillos están prohibidísimos. Pero ese tipo de alimentación no requiere otro instrumento, y el idioma tampoco. Comen y se destiñen, y mientras se destiñen se agusanan, son gusanitos de seda comiendo hojas de mora en una caja de zapatos. Gusanitos que tienen su lenguaje. Los Aballay no pierden oportunidades idiomáticas, son antenas de hormiga, movimientos de abeja, cucharas que se alzan dibujando ideogramas en el aire, ya pueden decirlo casi todo. Sólo hay dos miedos para esa noche: Kico saltando la banderola y el interrogatorio que hoy le toca al viejo. Pero el viejo tranquiliza diciendo que el compadre no es Cachimba, se trata de un simple cafetero cincuentón amigo de mandar postales por pura diversión nomás, el compadre siempre hace las cosas jugueteando. La comida ha servido también para despedir al Kico, despedida de soltero nada más. Saltar la banderola es como casarse, que tengas mucha suerte en tu nueva vida, mientras el Cholo siente que envejece, ya va a ser abuelo si se casa el Kico. Lo que pasa es que no le gusta la novia, jamás hubiera pensado que el Kico se casara con la tía Avelina, y mucho menos con su foto.

Los sermones de Nabu son finalmente como ruido de comidas sin palabras, masticaciones solitarias y el molesto ruido de la cuchara en el fondo del plato. Un plomo en el estómago; es difícil digerir las grasas escuchando lo de siempre, aburridos sermones sobre la aburrida vida, aburrida explosión demográfica de América Latina y otros temas parecidos.

- Hoy voy a hablarles de la importancia de las papirolas en

el mundo moderno -se entrechocan las cucharas de Nabu-, novedad absoluta en Hualacato. Esta actividad, que es una ciencia, ha sido introducida en Hualacato como una terapéutica contra la impaciencia, que es de donde brotan los pajaritos que tienen en la cabeza, culpables de todas sus desgracias. Y no quiero ver caras torcidas ni miradas indiferentes. Los ojos bien abiertos y la mente clara. Sobre todo ustedes, que son chicos. Los demás parecen casos sin remedio. Son ustedes los que deben asimilar para el futuro. Atiendan que después tendrán que repetir todo lo que yo diga. No se olviden que tengo una caja llena de alacranes, arañas, basiliscos ~~serpientes~~ y culebras.

Un rápido movimiento de cuchara que hizo Sila inauguró el primer insulto de la naciente lengua. Uno de esos insultos que compensan de cualquier ofensa, que llenan la boca hasta no poder más, que se demoran en las muelas y en la lengua, que acarician el paladar mientras van saliendo y te dejan más tranquilo que un remanso. Para esos insultos felices la cavidad de la boca no te alcanza. Entonces la cabeza es una caja de resonancia y la boca actúa como un tubo de aire comprimido. Y el insulto te sale de la boca apoyado en algo consistente, un verdadero tiro, y aún después de salido te deja un regusto relajante, una paz que te deja otra vez en armonía con el mundo. El regusto de Sila recorrió como si fuera un sonido la boca de todos en la sobremesa, que movieron sus cabezas satisfechas. Hasta para Nabu pareció inteligible el insulto de Sila, le dirigió sin dejar de hablar un rápido blanqueo de sus ojos. Se comprendía esa satisfacción: era la primera

vez que podían insultarlo. El viejo anotó el insulto mentalmente para dibujarlo luego, era todo un hallazgo, verdadero monumento de la lengua.

-Aparentemente -leyó Nabu- los signos convencionales que les he dado para hacer papirolas significan "doblar para atrás", "doblar y volver al punto", o "doblar definitivamente". No se trata de aprender la técnica como loros. Todo esto, ya les dije, tiene un significado muy claro y muy preciso: la paciencia. La papiroflexia no es un invento de ahora como podrían suponer. Se remonta al año cien de nuestra era. Momentos muy difíciles entonces, la papiroflexia surge en China como una necesidad extrema. Uno de los artífices de esta ciencia es nada menos que Boadjair Dharma, creador del karate. De la China las papirolas pasan al Japón, donde se practican hasta hoy. Ya les mostraré las admirables creaciones del gran Akira Hoshizawa. Desgraciadamente, las papirolas tardan siglos en llegar al área de nuestra lengua, ya que es en el tardío siglo doce cuando los moros introducen el papel en España, y con él la papiroflexia. Tiempo después personas tan importantes como Unamuno, Pérez de Ayala y Jacinto Benavente se dedican a las papirolas, y es finalmente el doctor Vicente Solorzano Sagredo quien escribe en España en 1938 su famoso tratado de papiroflexia en diez o doce tomos, cuyo prólogo sostiene que las papirolas quizás sean el nuevo derrotero para la formación de las nuevas conciencias que construirán las civilizaciones mejoradas.

Los chicos habían empezado a pestañear seguido cuando Nabu soltó de golpe el último párrafo masticando los nombres extra-

ñísimos de genios papirólicos, una lengua galopante entre sus dientes repiqueteaba nombres como una cuchara que insiste sobre un plato vacío.

-¿Saben ustedes quiénes son Kasahara, Neal Elías, Robert Harbin, Edward Kallop, Shizuko Moshizuki, John Andreas? -martilló-. Son todos papirólogos. De ahí que cada papirola que terminen, ustedes deben considerarla como un pajarito más que se les va de la cabeza. A ver si de una vez por todas un buen día quedan limpios de tanta porquería y están en condiciones de mirar la vida tal como es y dejarse de idioteces que sólo conducen a la ruina. Que la lección les sea de provecho, y a sus puestos sin hacer comentarios de ninguna naturaleza.

Otra cosa sería con tijeras, por supuesto prohibidísimas. Uno dobla el papel, lo aplasta bien, pasa la uña sobre el doblez para que después se corte parejito, pero no puede concentrarse: el viejo lleva una hora adentro. Con tijeras se corta y listo. Doblando con la uña el corte sale bien a veces; otras, quedan los bordes llenos de puntitas, de colitas inútiles, y así no sale bien la papirola. Lo peor de todo es cuando después de tanto pasar la uña uno va a cortar y el papel se raja. Tampoco es solución doblar y pasar la lengua en el doblez para que humedecido se corte parejito, porque siempre quedan puntas y uno termina con la lengua ardiendo. Bueno, en eso consiste la paciencia. ¿Cómo le estará yendo al viejo en el examen? Las preguntas son difíciles y uno siempre se va a pulso. Alcáncenme al viejo, dijo Nabu, y él se fue solo y muy tranquilo. Pierdan cuidado, dijo, que conozco bien el tema, al compadre me lo sé casi de memoria. Alcáncenme al viejo, como quien

dice un par de medias. Lo debe estar paseando por los verbos, qué manera de terminar el día. Quédense tranquilos, dijo el viejo con palabras flamantes cuando se iba, que tratándose de postales a mi juego me llamaron. Claro, él siempre optimista, pero lo estaban internando en un hospital, operación de urgencia, sala cuatro cama noventa y cinco, aquí está el camión, la escupidera, éste es el tablero para marcar la fiebre. Y todavía hay que ver qué pasa con los análisis y radiografías. Los médicos a veces lo dicen todo con la vista o moviendo la cabeza, y además en estos hospitales nunca hay algodón, los barcos que lo traen siempre se hunden. Lo feo es esperar afuera cuando el enfermo está en la sala de operaciones. Siempre hay enfermeras que entran o salen apuradas y uno no sabe por qué, hasta que por ahí aparece el médico con cara de decirle a uno algo muy desagradable, pero no, sale para una rápida consulta con algún colega, a atender a esos molestos visitantes médicos, se trata de otra cosa, y así parece que todo marcha bien. Pero uno duda y con miedo se acerca a preguntarle. ¿Y, doctor?, se dice en esos casos esperando lo peor, pero el médico pone una cara tranquilísima y cuando le preguntamos concretamente por el enfermo se concentra un momento como pensando en algo superado, olvidado. Ah, dice por fin, usted se refiere al enfermo. Ya lo operamos, todo bien, está en su habitación descansando fuera de peligro. Y uno comiéndose los cigarrillos y los dedos pensando tonterías. Lo mejor en estos casos es hacer papirolas.

El problema es que el viejo nunca anduvo bien de los verbos. El se crió en el campo, con gente nada blanca, hablando la lengua original de Hualacato. A él háblenle de caballos o de pájaros, o de entrapar leones o cóndores que es lo suyo. Pero de verbos nada. Tampoco sabe nada de postales. El es un trasplantado, siempre tratando de adaptarse. Pero le tira el monte, el aire libre, el mundo de sus padres, esas historias. Brujerías. El dice "brujerías" burlándose pero es lo que le gusta. Y hace lo que puede de este lado, donde están los verbos. Y para estar de este lado hay que saber conjugarlos, sobre todo en una operación, donde conjugar es como respirar, vital para el enfermo. Unos buenos pulmones siempre ayudan a salir del trance. Demasiado hizo aprendiendo a leer a los cincuenta años, para enredarse en la Historia, nunca pudo pasar del feudalismo, perdido en las complicaciones de las monarquías europeas. Para él eran cosas de un mundo irreal, inventado para rellenar los libros de historia. Para él lo real era algo que por ahora estaba fuera de su alcance. La pierna que le faltaba, por ejemplo. Algo como eso. De noche se quejaba del dolor de pierna. ¿Pasa algo? Sí, me duele mucho. Tome, fricciónese con esto, es bueno. Y él se reía. No, la que me duele es la otra.

El viejo salió de la pieza del Percusionista por sus propios medios, empujando con una mano la rueda de la silla para desplazarla. Iba derecho hacia su cuarto, sin violar carteles, dignamente, difícil saber si blanco o pálido, pero en ninguno de los casos a causa del encierro. Esa cara inexpresiva de la

gente cuando sale de un examen. Difícil saber por la cara cómo le había ido. Llévelo a su pieza, está un poco cansado, llegó la voz de Nabu. Cuando Sila se hizo cargo de la silla, la mano del viejo abandonó la rueda y se quedó pendulando. Casi erguido iba en su silla pero también camilla por un pasillo imaginario entre carteles colgantes, largo pasillo de hospitales. Como cubierto con una sábana blanca pero vivo se iba para la cama a descansar del largo día. Todo bien, dijo con una palabra nueva. O sea que Nabu todavía no sabía nada de Avelina, de lo contrario las cosas hubieran sido muy distintas. Sin duda Nabu todavía no había estudiado las fotos, enredado en las postales y las cartas de Roque. En aires de frascos de anestesia y de tubos de oxígeno se iba para su pieza. Había podido conjugar todos los verbos pero estaba agotado. Era como una puesta de sol, por fin se acababa el largo día. Terminado por fin todo lo escrito y leído por Nabu esa mañana que parecía muy lejana entre papirolas, sermones e interrogatorios.

Cada uno a su cama. A esperar que los gatos gritasen y saliese Nabu con sus luces de bengala y sus granadas. Ojalá ~~los~~ los gatos griten esta noche más fuerte que nunca. Muchos gatos en las tapias y en los techos, los árboles llenos de gatos para Nabu. Diez minutos; tan sólo diez minutos preciosos de gatos y de gritos para que Nabu salga al patio y el Kico pueda saltar la banderola sin peligro. Toda la tapia llena de gatos que asomen sus orejas.

Pero no hay gatos ni orejas, hay una luna escandalosa re-

flejada en los vidrios de las tapias, la veleta vacía, Belinda no se sabe dónde, y Kico esperando el grito de los gatos. Ahora van a gritar, me parece que ahora, hay un poco de viento, en cuanto pase el viento gritarán los gatos. Y el viento pasa y vuelve a soplar al rato, arrastra papeles en las calles, lleva polvo, silba en la veleta, en la punta de los vidrios rotos de las tapias, amontona tierra en los umbrales, husmea el viento por las puertas cerradas hasta que llega el aleteo de la linterna de Nabu contando a ver, uno dos tres, y ya se sabe que después de la linterna enseguida amanece.

VI

Apareció corriendo como quien escapa de algo, la cara como si oyera gatos, y los hizo poner contra la pared como el primer día. Así, apoyados contra la pared buscando una arañita. Y cuidado con hablar o con moverse. Hablaba como tragándolos mientras los cacheaba, mientras ellos tragaban saliva. No venía de su cuarto, de mirar fotos como hubieran temido. Venía de las habitaciones, inspección rutinaria. Revolver los colchones y la ropa, dar vuelta otra vez todo en los roperos, las cajas en el suelo, los botones desparramados debajo de la cama, ropa colgando en las repisas, las figuritas de los chicos debajo de los muebles. Contra la pared como el primer día. El tiempo transcurrido, desaparecido en un segundo; en un correr nervioso desde las habitaciones hasta la sala donde tejían, el Percusionista les quitaba el tiempo acumulado y los descolocaba otra vez. Lo difícil no era ya soportar la situación sino comprender la lógica de Nabu. A pesar de la prohibición de hablar, hubieran podido comunicarse fácilmente con los pies y las manos contra la pared, pero no atinaban a nada, descolocados de cualquier idioma.

El Percusionista no gritaba nunca. Hablaba a media voz dando un valor idéntico a todas las palabras, especie de zumbi-

do que le ahorraba gritos y silencios. Lo suyo no estaba en las palabras elegidas o en el énfasis puesto; su ferocidad era su estética, su estilo. Pero ahora gritaba. Y esto los descolocaba más, porque ahora ni siquiera sabían quién era Nabu, ya no se trataba de comprender su lógica solamente. Le pasaría algo grave a él. Algún llamado de atención de sus jefes prohibiéndole algo a él también. Una carta con desgracias inminentes también para él. Habría reservado los gritos para un caso muy grave o muy extremo que ahora había llegado. La araña imaginaria que tomaba cuerpo, la tía Avelina caminando en seis patas sobre la pared en la órbita visual de cada par de ojos. O el Cachimba. El grito deformaba sus palabras; sobre todo las vocales finales tan confusas, como en falsete. Oírle gritar era no creerle nada, con gritos no tenía poder de convicción. sólo decía disparates, como el borrachito que aquella vez se les metió en la casa ^{por equivocación.} Los gritos eran como un gran rodeo de palabras sueltas buscando una congruencia. una orquesta que afina, cada cual por su parte ensayando partes diferentes. Increíble, detrimento, abuso de confianza, cuchara, daban vueltas sin lograr decir nada. Cuchara parecía ser el elemento reiterativo, gritada como si dijese incendios, cosas irremediables. Elemento que al final los tranquilizaba, la palabra peor que podían oír en esos momentos era fotografía, y todos los indicios indicaban que todavía estaba lejos. A los diez minutos de palabras caídas y vocales escapadas pudieron empezar a armar el rompecabezas. El motivo de su ira era una cuchara ^{con} entrada en una de las habi-

taciones durante la requisita. Nada menos que una cuchara, con significación de incendio o cataclismo. Claro que sabían que estaba prohibido llevar a las habitaciones cualquier tipo de objeto que no fuese madera. Pero no era nada más que una cuchara. Qué difícil entender el sentido último que él quería darle a la palabra, más allá de la voz y del grito, una cuchara, tan pobre de forma, tan humilde, tan limitada entre los usos de las cosas, cuchara que sólo significaba tomar sopa o jarabe para la tos, al menos en la lógica de Hualacato. En la de Nabu, en cambio, la cuchara, girando en la razón, acababa convirtiendo al Percusionista en una víctima. Sabían que está prohibido llevar cosas a las piezas. Pero ustedes creen que yo soy de hierro. Llevo encerrado tanto tiempo como ustedes, con la diferencia de que yo estoy solo (ellos entendieron loco). El Nabu anterior parecía lejano. El verdadero era éste, revelado de pronto, No sólo había logrado transformar en otra cosa una cuchara: él mismo era otra cosa ahora.

- ¿Pasa algo malo? -dijo entre dientes uno de los chicos.

- No, nada, se nos ha vuelto loco el borrachito. Ya se le va a pasar.

¿O es que se han olvidado que esto es una guerra?, decía Nabu a sus espaldas. ¿Guerra? Los Aballay pensaban adónde estaría el otro bando. Cucharas, guerras, arañitas, todas cosas de Nabu en una borrachera. Lo difícil era comprender cómo hacía Nabu para transformar una cuchara en un incendio, una casa en una guerra, con unos simples pases mágicos de gritos. El mago que del fondo de la galera vacía saca tres palomas, y que no es truco porque las palomas vuelan por la sala.

De la cuchara no quedaba nada, ni siquiera la palabra. Per-

dido todo su antiguo sentido, desligada de sopas y jarabes, la cuchara estaba muerta. Y al morir la cuchara Nabu estaba más vivo, crecía rápidamente en una forma definitiva. Un Nabu mucho más fuerte y cierto a partir de ahora, acabado de llegar, real, el otro pasaba a ser un sueño. Nabu incorporando la locura a la naturaleza, acaso su parte más cierta. Devolviéndole a las cosas su sentido oculto. Las cosas, grandes lastimaduras. El destino. Había conseguido sacarles el primer pajarito de la cabeza. Y ahora iba a ser difícil ver las cosas de nuevo. Se habían pasado la vida celebrando cumpleaños, visitando parientes, fijando en fotografías cosas que creían importantes. Nada de eso. Estar vivo y vivir en Hualacato era otra cosa muy distinta. Una lastimadura. Y no de esas que se curan con pomaditas en tres o cuatro días. Qué estupidez las fiestas y las fotos. Tanto tiempo gastado en idioteces. Haber cosido el traje de novia de la tía Francisquita. Haber contestado las cartas de ese tonto de Roque. Dejar nacer los chicos sin saber que un día por esa puerta aparece el Percusionista y sus verdades últimas. Llegar a viejo para saber que también se mueren las cucharas.

Pueden darse vuelta, dijo Nabu recuperando su media voz de zumbido. Se recomponía la ropa y el peinado como si volviese de una cabalgata o cacería. Imposible saber por qué les había hablado sin dejar que lo mirasen. No había razones. Acaso por temer que descubriesen la fuente de su poder de transformar cucharas en incendios. Su media voz era ahora peor que sus gritos, rompiendo las palabras para siempre. Hablaba y miraba las cosas transformándolas, todo lo que nombraba cambiaba de significado. Y si estamos en guerra, dijo como un

eco de los gritos, no vamos a tirarles margaritas. Guerra, decía, y el otro bando apareció de golpe, creado por su palabra, porque no puede haber guerra si no existen dos bandos. Los Aballay de pronto convertidos en ejército enemigo por un pase mágico del Percusionista, y estas lastimaduras no se curan con pomadas. Decía guerra como cuchara, enarbolando la cuchara descubierta en una de las piezas. Pero ya no era cuchara. Despojada de todo, la cuchara se movía en sus manos como un trapo viejo, estaba viviendo sus últimos momentos de cuchara, se iba, pasaba como un ruido en la noche, se despedía para siempre, caía lejos, en el mar, era un sol que se pone.

Retirarse a sus cuartos, le dijo Nabu al otro bando. Giraron la cabeza todos al mismo tiempo como los soldaditos. Por un pasillo largo se iban sin cuchara, en la vanguardia el viejo haciendo rodar su silla que crujía, los demás en escala descendente, la última Belinda en un furgón de cola. Iban por el pasillo nuevo que ahora era otra cosa, hacia sus cuartos que eran otros, por un pasillo muy cierto aunque no tuviera paredes sustentatorias, por ese pasillo se iba el otro bando derrotado, contando sus bajas, las palabras que el Percusionista les había matado ese día, increíble cantidad de palabras muertas en tan pocos minutos.

Caminaban sin saber donde pisaban, buscando algo sin saber concretamente qué buscaban. Algo vital se les había olvidado pero recordaban su nombre. Volvían con las manos vacías, sabiendo que algo llevaban cuando fueron a mirar la pared. Sí, lo perdimos en el camino. ¿Y ahora qué hacemos? ¿Qué era? Y,

no sé, lo traía en las manos, de eso estoy seguro. Tiene que estar en alguna parte, lo traía, lo tenía. Y no tenían la palabra, no podían saber que lo que habían perdido era la realidad.

Y callados, les dijo el Percusionista como si ellos tuvieran palabras, sin saber que las estaban enterrando. Y callado marchaba el otro bando entre guerras y pasillos, pasándose al idioma que estaban inventando para salvar las palabras y la vida. Tragando saliva, para borrar lo oído.

Esa noche no hubo cena (castigo previsto por los reglamentos, Nabu casi nunca inventaba nada), del sermón sobre la cuchara pasaron directamente a la noche encerrados en sus cuartos. Nabu les cortó la luz más temprano que de costumbre, era lógico que ahora que no eran los Aballay sino el otro bando algunas cosas tuvieran que cambiar. Podían oír el murmullo del Percusionista hablando por radio, las respuestas metálicas venidas vaya a saber de dónde, el teléfono que parecía pertenecerle desde siempre, instrumento de sus secretos, el teléfono por donde tantas veces había llegado en otros tiempos la voz de la tía Francisquita.

Llegaba en cambio la voz de Sila y de los chicos, cantando allá en su cuarto. Sila, en estos casos, siempre los hacía cantar, con voz de mucho sueño cantaban desganados. Viejas canciones del lugar que ayudaban a recordar que estaban en Hualacato todavía. La canción llegaba como desde lejos, saltando los sonidos de banderola en banderola por los caminos de Belinda. La canción se cortó de golpe cuando se oyó el timbre que significaba silencio, calladitos y quietos y acos-

tados hasta el otro día sin violar las reglas, a partir de ese momento entraba en vigencia el reglamento nocturno, un libro de tapas azules que solamente contenía prohibiciones y castigos. Libro muy temido, leído en partes durante los sermones, llenos de jueces desconocidos, tribunales invisibles y zoológicos innombrables. Un libro que no se le caía de las manos, forrado con plástico transparente para que el uso no dañara su delicada encuadernación. El timbre, y cric, el grillo que deja de cantar cuando oye pasos, se callaron los chicos.

Desde la cocina llegan ruidos de tenedores cantarinos. La cuchara es muy torpe, demasiado material y demasiado peso, tiene un ruido opaco cuando roza el plato, y peor si cae al suelo, es un plaf sin reverberaciones. El tenedor en cambio con su sonido agudo tiene aires de fiesta, tintineante en los roces y de alegre sonido cuando cae al suelo clin el tenedor saltarín y alegre. Llega también el ruido de un cuchillo, de cuchillo callado, siempre cortando carnes, difícil escuchar su roce contra el plato. Sólo se deja oír cuando lo vuelven a poner sobre la mesa al terminar la comida, un gruñido de mango pesado que ahoga el sonido que pudiera hacer la hoja con sus vibraciones. Y más grotesco todavía si se cae al suelo, plaf parecido al de las cucharas sin otras consecuencias rítmicas. ¿Qué estará comiendo el borrachito que se equivocó de casa y se metió en la de ellos? Seguro algo rápido, preparado al instante. Arroz con huevos fritos. No, porque para qué iba a usar entonces el cuchillo. Hay cuchillo y tenedor, de eso no cabe duda. Arroz blanco y huevos fritos se comen sin cuchillo. Estará comiendo alguna cosa de esas cajas que le traen desde

afuera, algo a cortar con un cuchillo. Hay un plop que descorcha una botella, el líquido cayendo en un vaso conocido, su vaso personal es alto y amarillo como el moño de Belinda.

Los demás ruidos no interesan. Es una silla que cruje al ser retirada de la mesa, ruidos confusos y mezclados de vasos y de platos cambiados de sitio, frascos y cajones que se cierran y botellas que se guardan, hasta que llega el sonido pequeño y alegre de la cuchara chiquita removiéndolo el azúcar en el pocillo del café, hermoso ruido de cuchara infantil, las cucharas pequeñas no son desagradables, son agudas, cantan, parecen tenedores cantarines.

El ruido del llavero de Nabu no tiene sonido propio. Es una mala mezcla de cubiertos revueltos en la caja, llaves grandes de antes y llaves pequeñas de las cerraduras nuevas, mezcladas como cucharas y cuchillos; llaves de armarios y baúles y otras de forma inverosímil pertenecientes a sus cajas y aparatos, un kilo de hierro colgándole del cinturón va llevando un Nabu crecido por el medio de la sala.

Tome, dice sin usar la linterna, en la oscuridad extiende su mano con un sandwich de salame, y el viejo saca una mano tanteando despacito para no rozar los dedos del Percusionista, inmediatamente come. Los chicos estiran muchas manos a la vez buscando ese sandwich oscuro. Sila se niega, no tengo hambre dice, Nabu se lo arroja sobre la almohada. El Cholo y la Coca estirando manos largas, el Kico manos largas, todos masticando apurados, sin humillarse, el hambre es libre. Los chicos le preguntan a Sila si va a co-

mer o no. Ella les hace una seña recordándoles que no se puede hablar ni siquiera en voz baja. ¿O no han oído el timbre que sonó hace rato?, y se pone a masticar sin pensar en otra cosa. Todos mastican en la oscuridad, y otro día que se va acabando. Masticando regidos por el reglamento nocturno, algo que tiene mucho que ver con la foto de la tía Avelina que cada uno lleva adentro, masticando, y no se puede despegar, se rompería, pegado por dentro en la cabeza de cada uno el retrato de Avelina junto a la madre selva. Más grande y más fea la Avelina ahora que ellos están del otro lado, en el otro bando, en el centro de la guerra descubierta por el Percusionista.

El Kico se acordaba de una vez que le pegaron cuando era chico y se encerró en su cuarto para morir, para que de esa manera supieran quién era él y lloraran arrepentidos. Para conseguirlo se había tapado la nariz y la boca con las manos. Imposible respirar, vendrá la muerte. Aguantaba todo lo que podía y tomando otro poco de aire lo intentaba otra vez. Ahora sí, tengo que aguantar, me estoy mareando, ya llega, aguantar otro poco y ya está. Pero nada, los pulmones eran unos señores poderosos que le destapaban la boca desde adentro y lo obligaban a tomar grandes bocanadas de purísimo aire, hasta que se quedó dormido pensando en el tremendo poder de los pulmones.

Ahora pensaba que no era tanto ese poder. El había crecido y también era fuerte, estaba en condiciones de enfrentar a esos poderosos señores con procedimientos menos primitivos que taparse la boca y la nariz. Ahora podía decirle no a la vida, esa palabra cuyo signo él mismo había inventado, como quien

dice no a un sandwich aun teniendo hambre. No, y se acabó. Qué había por delante: Nabu y su lógica de llaves, su futuro de papirolas. Y a Nabu no se lo podía contar por años: se movía entre términos de vejez, de ahí partía su almanaque. Esa clase de lastimaduras que no se curan con pomadas. Y cada paso que daba Nabu, como el de la cuchara, eran nuevas lastimaduras que se abrían. Solamente eso allá adelante, no había tiempo por ese lado, o por lo menos estaban cortados los caminos. Y atrás estaba la barranca, claro.

Menos que cero sin atrás ni adelante. Menos que una fotografía que se borra de vieja. Menos que la foto del Tite inflando un globo que ya no existe, el disparate del Tite apareciendo en un carnaval, en las fiestas con su globo efímero, menos que todo eso sin atrás ni adelante entre el ruido de las llaves y los pasos nocturnos del Percusionista.

¿Y los demás? Te queremos tanto, le había dicho la Coca con palabras nuevas. Con los demás nada de despedidas. Cuando se viaja lejos lo mejor es salir callado muy temprano, dejar que los otros sigan durmiendo tan tranquilos, sin ruido para que nadie se despierte. Absurdo decirle a alguien que duerme, bueno, ya me voy. Cuando despierten uno ya se ha ido y listo. Al final se tratará de hacer la punta, de cortar el viento; las vicuñas no se reproducen en cautividad. Después de todo era poco lo que se perdía. Apenas tres o cuatro cosas y eso era todo, él, el Kico, pequeña vida hecha de pequeñas cosas, más de cosas que se esperan que de cosas hechas. Taparse la nariz y la boca como entonces, de otro modo. No

había mucha diferencia entre lo que hubiera matado entonces y lo que podía matar ahora. Antes, unos pocos cumpleaños con invitados y regalos que se repetían siempre; ahora unos cuantos cumpleaños más, también repetidos, un álbum lleno con la misma figurita repetida, a las difíciles nunca había podido conseguirlas. El no tenía nada que contar, era unas pocas cosas sin importancia. Era de los que se quedaban callados en las conversaciones, no había qué contar, nada significativo. Entonces mejor irse, que hablen los otros, ellos tendrán cosas que recuperar. Aunque tuviera las palabras, no había cosas para decir. Abandonar la reunión en un descuido, mientras se ríen por un chiste, que nadie vaya a preguntar por qué se va tan temprano porque tampoco había nada que explicar.

Antes de la llegada de Nabu ya había percibido ese costado sospechoso de lo que se puede entender con la palabra vida. Pero entonces no lo veía claramente, estaba tapado con un lienzo hecho con las cosas que todavía no son pero se esperan. Esperar que en los chocolatinos salieran las figuritas difíciles para llenar el album y reclamar la bicicleta dibujada en la tapa. Era verdad que uno abría el paquete del chocolatín y casi siempre salía la misma figurita, el jugador de fútbol haciendo bailar la pelota en medio de la cancha; pero en el momento menos pensado salía también un corredor de motos, una actriz de cine que usaba Palmolive, y uno corría a pegar las figuritas nuevas, en cualquier momento salía la difícil, un cantor de boleros, el inventor del teléfono o algo parecido. Pero Nabu destapó ese costado, de un solo tirón arrancó el lienzo demostrando que la carne estaba tapada con la piel pero debajo era una lastimadura. Las figuritas difíciles no

existían, había que llenar el album con las figuritas repetidas, las partidas de chocolatinas enviadas a Hualacato sólo tenían la figura del jugador en medio de la cancha, y además había otra razón muy poderosa: la bicicleta de la tapa no existía, lo acababa de demostrar el Percusionista. Ahora era Nabu el que ocupaba el lugar de las figuras difíciles y de la tapa del album, Nabu y el otro costado eran una misma cosa, la lastimadura. El otro costado había existido siempre para esperar la llegada del Percusionista, y ahora que había llegado eran, juntos, el atrás y el adelante; tengo que aguantar, me estoy mareando, ya llega, está cerquita, aguantar otro poco y ya está, la reunión es demasiado aburrida, no tengo nada que contar, me voy por la puerta de atrás sin que nadie se dé cuenta y salto la barranca, en punta voy cortando el aire. No voy a completar el album, y menos con figuritas repetidas, sobre todo sabiendo que lo de la bicicleta es una mentira, la inventaron para vender más chocolatinas. Después de todo en Hualacato están muriendo muchos Kicos. Y cada Kico es apenas tres o cuatro cosas sin ninguna importancia, nada que contar en una fiesta. Había inventado una nueva palabra para decir vida y ahora tenía que dejarla.

Parecían golpes, pasos o llaveros, algo que se rompe o inspección nocturna, pero oyendo mejor eran tamborileos, yemas que apenas rozaban la puerta del viejo saltando desde la banderola, rapidísimos trotes de Belinda casi sin rozar el suelo, sobre muebles y cajas de sombreros viejos, y ahora el clic de

la claraboya por donde sale afuera, un solo toque de las patas en las chapas de zinc y ya está en la veleta, el ruido de sus patas ha sido cuidadosamente mezclado a los sonidos normales de la noche.

Como un bebé de las leyendas abandonado en un canasto al borde de un camino empieza a gangosear el primer gato intole- rable de por sí, y enseguida se le acopla un segundo en evi- dentes quejidos de un enfermo incurable casi al mismo tiem- po que un grupo de gatitos sin mamá, las dos orillas del ca- mino están repletas de canastos con bebés abandonados, las botellas rotas de las tapias se llenan de orejas y lamentos justo cuando se acopla el coro de los que viven en los árbo- les y que son los más tristes huérfanos plañideros junto con los del techo que entran a tallar provocando una especie de Degollación de los Inocentes y la salida de Nabu hecho jirones corriendo por el centro de su locura con una bengala que alum- bra medio Hualacato, destapando gatos con sus luces, mirando gatos que se prenden y se apagan.

Justo cuando el Kico descubre que la figurita difícil es la tía Avelina y que consiguiéndola puede forzar la existen- cia de la bicicleta, intentar lo imposible para que todo re- cobre su sentido.

Escurriendo el cuerpo y sintiendo que algunas partes le so- braban, que una oreja doblada y aplastada contra el marco ~~den-~~ torpecia el paso de la cabeza por la abertura de la bande- rola, que un codo que no se podía doblar más de lo que daba

el hueso se interponía entre él y la figurita difícil, pudo saltar finalmente al otro lado y cayó sobre el pasillo que conducía a la sala y a la pieza de Nabu, más que sobre un piso real iba asentando los pies sobre las páginas temidas del reglamento nocturno, con alarmas y trampas, por ahí iba caminando él, el Kico, con sus tres o cuatro cosas amontonadas al azar, sin oír el ruido del miedo que salía por las otras banderolas ni el de su propio miedo, todo tapado por los gritos de los gatos destripados y las corridas de Nabu entre las tapias allá afuera. En las trampas que le tendía el reglamento nocturno iba dejando de a una por vez sus tres o cuatro cosas, los cumpleaños, los regalos que duraban un solo día, su única visita al mar ya casi borrado de la mente, las figuritas repetidas, la estúpida figura borrosa del jugador bailoteando la pelota en el centro de la cancha, la tapa del album con las caras felices de los niños admirando una bicicleta ilusoria. Disminuyéndose, como si se perdiera, pero sintiendo que por fin estaba consiguiendo ~~espacios para lo real~~ real, que de pronto una cuchara volvía a ser cuchara y la carne estaba cubierta por la piel. Cuando tuviera la figurita difícil, casi al alcance de su mano, el adelante y el atrás volverían a juntarse enlazados otra vez por él, el Kico. Cuando abrió la puerta del Percusionista sintió que estaba tocando el mundo, el mundo real escamoteado en las tapas de un album.

Con la última cosita que le quedaba abrió la carpeta donde estaban archivadas las fotos, perforadas, cada una con su

sello y su número. En el mismo centro de la foto de Roque, justo sobre los lujosos libros de la biblioteca alquilada, un enorme sello ovalado tapaba los nombres de los autores predilectos de Roque y manchaba un borde de su lujosa capa. En casi todas las fotos del casamiento de la tía Francisquita había signos de pregunta y flechas que apuntaban a diversas caras. Y la foto mejor, esa grande de 18 x 24 donde ella está sola con su vestido blanco, una enorme cruz de sospechosa a la altura del canesú bordado, lo mismo que las postales, marcadas también de sospechosas. También fotos ya olvidadas, no guardadas en las cajas, dispersas por otros lugares de la casa, cuidadosamente archivadas y numeradas, como las del Zoo por ejemplo, las tontas fotos sacadas junto a la jirafa o al oso pedigüeño, el viejo y el compadre frente a la jaula de los leones, sentados en un banco como dos perfectos forasteros, alrededor los chicos con bonetes y globos, posiblemente el remate de una fiesta de bautismo o algo parecido. Y las de los quince años de Sila, todas juntas, parece que las fotos de grupo eran muy importantes para Nabu, también con flechas y signos de pregunta, el Bocha al lado de Sila, con esos dientes, esa cara de delincuente que no se sabía por qué no tenía una cruz de sospechoso. Aunque en esa carpeta, con esas cruces y esos sellos, todos parecían delincuentes. Veinte años de vida y delincuencia en la carpeta azul. Las pasó como las hojas de un libro que se sueltan de golpe, viendo cómo tomaban vida y movimiento las imágenes, varios años pasando en un segundo de caras apenas entrevistadas, asombradas, sorprendidas por el Percusionista en el silencio de sus cajas.

Entre el vuelo de las hojas apareció y desapareció la madre-selva, justo cuando los gatos empezaban a callar y de las habitaciones venían toses y susurros diciéndole que debía abandonar el intento, por favor Kico vuélvete, ya se acaban los gatos y ahora él puede volver en cualquier momento, reglamentos nocturnos, por favor no te quedes, ya habrá otras oportunidades de rescatar la foto, el ruido del miedo no se aguanta ahora que se callan los gatos. En otra pasada de fotos el pulgar del Kico se clavó en las madre-selvas como ~~como~~ en una letra del diccionario, y la tía Avelina se quedó mirándolo desde su número. No parecía la misma, enigmática, sin reír ni estar seria, como si en la mano que ocultaba en la espalda tuviese un puñado de guilletes, como de frente y de perfil buscada en los andenes lo estaba mirando la cara transformada de la tía Avelina con su número 495 a la derecha. Siempre causa impresión romper una foto en pedacitos, son hechicerías atávicas que se ponen en funcionamiento. La genta mayor de Huacacato no se ha dejado retratar nunca. De ninguna manera, dicen. Eso nos puede quitar vida, pueden clavarnos alfileres en los ojos. Nada, nada. Guárdese la cámara. Y claro, cuesta romper la foto de la tía Avelina, doblarla como una papirola, la emulsión endurecida hace un ruido feísimo al quebrarse. La tía Avelina en pedacitos escondida entre el pie y la media del Kico que va saltando reglamentos por la sala, recuperando regalos y cumpleaños, el trompo musical puede sonar todavía aunque esté rota la cuerda, la tía Avelina amontonada dentro de la media salta la banderola justo cuando empiezan a

caer esas gotas pesadas en el techo de zinc, se demoran un momento en las canaletas de la lluvia, de ahí caen al suelo en ruidos secos, otra vez lloviendo gatos en desgracia en el techo de la casa, justo cuando Nabu se acuesta otra vez en su catre y apaga las luces y una Belinda eléctrica lo está mirando escondida entre begonias.

VII

Tengo aquí un cable con una serie de disposiciones provisionales beneficiosas para ustedes, según las cuales ésta no es, aparentemente, una familia peligrosa como se pensó al principio y como tal fue considerada. Catalogada ahora como sospechosa simplemente, se suponen algunos cambios sustanciales. Quiere decir en primer término que podrán seguir viviendo en Hualacato y en esta casa, como hasta ahora. Aparentemente el delito mayor de ustedes ha sido su participación en esa huelga de ruidos, cuya peligrosidad les he demostrado fehacientemente. Lo cual supone una actitud de resistencia que, ustedes lo saben muy bien, estamos dispuestos a erradicar cueste lo que cueste. Personalmente opino que la nueva rotulación de sospechosos en vez de peligrosos corresponde más a un rasgo de generosidad que a un análisis frío de la realidad estricta. Para mí ustedes siguen siendo un peligro en potencia. Puedo leerlo en sus caras, en las cosas que se tragan, en la indiferencia absoluta que demuestran para todo. Los objetivos a lograr son muchos y aquí estamos todavía muy lejos de conseguirlos. Recuerden además que ustedes debieron

solicitar voluntariamente mi presencia y no lo hicieron, y ése es el pecado capital. De lo contrario estarían viviendo normalmente como la mayoría de la gente en Hualacato. El día que se integren me habré ido. Pero digamos que a partir de ahora, de acuerdo con la nueva rotulación, las relaciones entre ustedes y yo serán menos rigurosas. El cable me autoriza a levantarles provisionalmente la incomunicación. Podrán hablar dentro de ciertos límites, sobre temas generales, sin alzar la voz, ya saben que mis nervios son muy débiles. Pasemos al contenido de este cable, que les advierto no comparto en sus líneas generales. Ustedes tenían dos recreos semanales dentro de la casa. A partir de ahora serán externos. Esto quiere decir que podrán salir al patio y a la huerta dentro de ciertas restricciones fácilmente comprensibles. A partir de la semana próxima usted se reintegrará a su trabajo, un camión de la fábrica vendrá a buscarlo aquí todas las mañanas y lo traerá por la noche. Sus dos hijos mayores también trabajarán ahí, la fábrica ha ampliado sus instalaciones y necesita más gente. Pueden hacer preguntas.

-¿Cuándo será el recreo externo?

-Mañana, a partir de las cinco.

-¿Qué tiempo estará haciendo afuera?

-Espléndido, señora. Escuche: son pájaros que cantan.

No, lo mejor va a ser vestir primero a los chicos, así nos dejan preparar todo tranquilas. Y que primero se bañe el abuelo, que no estén los chicos golpeándole la puerta del ba-

ño a cada rato. Nosotras mientras tanto podemos ir planchando la ropa. ¿Planchar? Primero hay que buscarla. Si está todo revuelto. Con cada inspección las cosas cambian de lugar. Los otros días no encontraba un zapato y estaba en la cocina, entre las papas. Sin contar las que guarda: mi cartera de cuero todavía está con llave en su escritorio desde el día que llegé. Me parece que para el abuelo lo mejor va a ser plancharle la camisa a rayas, y un pulóver por las dudas. Y no hay que olvidarse de los sombreros para todos. El sol puede ser fuerte y es muy peligroso tomarlo de golpe. Tu capelina blanca la he visto muy arrugada debajo de todo en el baúl. Podemos almidonarla y bien planchada te sentará bien otra vez. ¿Qué te parece si me pongo esta solera? Si el sol es muy fuerte, en todo caso llevo la sombrilla. Es la solera que te hizo sacar aquella vez; señora, quítese ese vestido. Es cierto, ya no me acordaba. Entonces me puedo poner el vestido verde. Pero ese es un traje para ir a una fiesta, ¿no te das cuenta que sólo vamos a salir al patio? Para mí es como una fiesta. Y me voy a poner polvo y colorete, sombra de ojos, y me voy a pintar los labios y las uñas. Y la pulsera, aunque sea para ir a regar las plantas. Para el Kico me gustarían los pantalones ~~los pantalones~~ azul marino que le quedaban tan bien y una camisa blanca manga corta. A mí me parece mejor que se ponga la chomba amarilla, ésa con el bolsillo de cocodrilito. Bueno, entonces hay que ir humedeciendo todo eso para plancharlo. Y buscar las sandalias del Cholo, a ver si con el sol se cura de esos hongos. Y no olvidarse de peinar a los chicos, no dejar esas cosas para último momento. Para ellos también

va a ser como ir a una fiesta. Y si pudiera llevaría una canasta con bollos y refrescos, como quien va a pasar un día al campo. El ha dicho que hace un tiempo espléndido. Y si pudiera llevaría un fotógrafo para que nos retrata^{ra} contentos. El Cholo dice que no debemos demostrar ni alegría ni agradecimiento porque no nos está dando nada que no nos pertenezca; pero no sé, después de tanto tiempo, salir al patio, ver las plantas, el sol, quién va a poder disimular esa alegría. Sila, por favor, ¿podrías peinarme? Hoy no me van a conocer cuando salga por aquella puerta.

Pueden salir, dijo Nabu desde afuera. El Cholo empujó una puerta ya olvidada y de pronto familiar, el clavito que estaba a la derecha todavía allí, la pintura cuarteada, y la mantuvo abierta para que saliera el viejo con sus ruedas. El viejo vio la luz y se tapó los ojos, doloridos. Avance, avance, que los otros también tienen que salir, dijo Nabu. Los chicos, en hilera, se apantallaron los ojos al mismo tiempo. Estaban todos en el centro del patio, amontonados, uno junto a otro como campesinos que llegan a una ciudad desconocida, cuidado con perderse; apantallándose los ojos para mirar entre rápidos pestañeos los árboles, las tapias, los utensilios domésticos como si fueran los grandes edificios de la capital. Qué ^{imbéciles,} , pensó el Percusionista al verlos en grupo con esa actitud de foto de Zoológico, tan peinados, como lamidos por los gatos, el ridículo vestido largo de la Coca y su peinado de salón, los chicos como para ir a un desfile, la irre-

mediable cara del Cholo que arruinaría cualquier prenda o color (con smoking o disfrazado de apache sería siempre el mismo), la absurda corbata de moño del viejo, su sombrero de invierno y la cara cortajeadada de afeitarse, esa cara de indio con olor a cuero crudo, esos rasgos que, salvo la Coca, se repetían desde el Cholo hasta el Julito. Los miraba ^{como} (por primera vez, como si de golpe descubriera que también eran personas.

-¡Miren la mariposa! -gritó la Coca.

- Como una papirola -dijo uno de los chicos apantallados. Julito, que ese día le tocaron las dos cosas, caminar y ver la luz del sol, se destapó los ojos para mirar pero los cerró enseguida arrugando la nariz. La mariposa desaparecía tras la tapia, era ^{casi} (un papel que se llevaba el viento.

-¿Tendré que decirle -dijo Kico a su padre- que quiero ir a la piecita del fondo a buscar la tijera de podar?

-Pienso que no. Si nos ha dado un recreo afuera supongo que es para que nos movamos, no vamos a quedarnos aquí toda la tarde parados como tontos.

Kico salió para el fondo y pasó muy cerca de Nabu, que ocupaba un lugar estratégico similar al centro de la L de la casa, sentado debajo de una sombrilla de su propiedad, echado en una ^{hamaca} ~~quincana~~ medio podrida por la intemperie. Hojeaba una revista y no hubo clic cuando pasó el Kico, ni cuando volvió con una hoja de sierra.

-Es todo lo que encontré. Las herramientas están con llave. Le ha puesto llave a todo.

A medida que se acostumbraban a la luz solar y bajaban las manos de los ojos, las cosas interrumpidas aparecían como es-

tatuas en los parques, la carretilla, el techito del gallinero, el limonero, la pared de ladrillo de la piecita, la tapia con sus tres hiladas nuevas que ya iban tomando el color de las otras, las botellas rotas, todas estatuas deformadas por el tiempo, que entre los pestañeos nerviosos provocados por un sol imprevisto recobraban de a poco su antigua forma conocida. Sin deshacer el grupo miraban los objetos señalándolos con un dedo y nombrándolos. La tapia. El portón de madera. El duraznero. Turistas que se bajan del tren y señalan las cosas como tontos, la catedral, el puente, el palacio de los espejos, las estatuas, y ahí se acaba todo, un viaje tan largo para ver tres o cuatro tonterías.

-Ya pueden empezar a cortar yuyos -dijo el Percusionista-. Y si encuentran gatos muertos los entierran.

Eso de que "todo está como era entonces" oído por ahí son mentiras. Las cosas recobran su familiaridad pero son otras. Se mantienen en su apariencia como una forma de piedad pero se han hundido, están en el pasado. Han ido mandando su apariencia hacia el futuro para tratar de mantener una continuidad que ya no tienen. Figuras de un museo de cera o algo parecido. El verdadero objeto ha quedado allá y es irrecuperable. La carretilla que quedó volcada aquella tarde de la noche que llegó el Percusionista ya no existe, aunque esté allí un poco más herrumbrada y en la misma posición. La carretilla verdadera se quedó atrás, interrumpida, y durante todo ese tiempo ha estado mandando su imagen a Hualacato para poder estar en alguna parte y ayudar a mantener una realidad aunque sea ilusoria. Entre la carretilla y él, intufa el

Cholo, había un tiempo transcurrido que le faltaba a la vida y a la carretilla, y tanto las carretillas como los hombres existen porque son continuos. El tiempo ha pasado, el mundo se ha movido pasando por un lugar del espacio que no volverá a ocupar jamás. El portón de madera parece ser el mismo. Puras ilusiones, por ese portón no ha vuelto a pasar nunca más el Yeyo, por ejemplo. Ahora esos objetos son como malos negativos, por más trucos de laboratorio que utilicemos nunca lograremos una buena imagen, siempre estará demasiado oscura o demasiado clara. Entre los yuyos blanqueaban esqueletos de gallinas y pollitos. La sed o el hambre, cualquier cosa. A las plumas se las ha llevado el viento. La piecita del fondo, el portón de madera, la carretilla y todo lo demás, son huesos de gallina. La única diferencia está en que las gallinas no pudieron simular continuidad y se cayeron muertas. Son apariencias ilusorias, como esas fotos de los finados que ponen en sus tumbas, y abajo ya no queda ni la madera del cajón.

-Cholo, ¿podrías por favor traer la carretilla? Lo mejor va a ser llevar primero al fondo todos estos huesos de gallinas, después cortamos los yuyos y así el Julito podrá caminar más tranquilo. Mientras tanto yo voy regando las plantas -dijo la Coca como si todo estuviera como entonces, mientras el Cholo sentía que la carretilla estaba muerta.

-No quiero tocar esa carretilla. No es la misma de antes -dijo casi con vergüenza viendo los ojos incrédulos de la Coca.

-No puedo comprenderte -dijo ella lamentándose y se quedó esperando una explicación más clara.

-Fue lo último que toqué cuando él llegó -dijo el Cholo tratando de explicar lo que no podía.

-Qué lástima, parece que va a refrescar, debí traer la mañanita -dijo la Coca desenterrando las patas de la carretilla, que enseguida se llenó de chicos.

El viejo, ajeno a los objetos, en un santiamén recorrió la superficie con su silla, apareciendo y desapareciendo tras los matorrales, posado de golpe en los espacios libres que iban dejando los demás al cortar la maleza, bisbiseando y mirando para arriba en busca de sus antiguos pájaros. En vez de impulsar la rueda de la silla con la mano, movía una manivela multiplicativa que le permitía deslizarse a una velocidad nada común en ese tipo de sillas, algo que llegó a llamar la atención de Nabu cuando lo vio esquivar piedras y pozos adaptándose a las dificultades del terreno, increíble lo que ese viejo podía hacer con una silla. Con una lata de semillas traída de la piecita o sacada de su propia silla se ponía ridículo agitándola y soplando una cañita, bisbiseando o diciendo esos monosílabos estúpidos que la gente usa para hablarles a los niños. Pero los pájaros no se le acercaban como antes, lo desconocían con ese sombrero de espantapájaros y el absurdo movimiento de su corbatita.

-Usted -dijo Nabu señalando a Sila-. Vaya y traiga esos libros que hay en la repisa.

En la casa había unos cincuenta libros que no habían leído nunca. Algunos comprados en los quioscos, otros prestados o regalados en cualquier aniversario. Pero de todos modos objetos relacionados con personas y recuerdos. El libro con la historia del navegante solitario era, más ^{que un libro,} (la cintita azul con que lo trajo de regalo la tía Marcelina, una cinta que toda-

vía andaba por ahí dando vueltas en los baúles.

-Aunque yo no los he leído -dijo el viejo-, y aunque esos libros sean malos, me parece que algo de bueno tendrán.

-Ni siquiera me he fijado en los títulos -dijo Nabu prendiendo el fósforo-. Lo que aquí está quemándose, para bien de ustedes, son ilusiones. Pajaritos.

Julito quedó maravillado al descubrir el mecanismo del fuego. Chillaba de gozo como si se metiera en el mar por primera vez.

-¿Y éste es también un libro malo? - dijo Sila señalando un ejemplar de "La fotografía al alcance de todos" que echaba mucho humo.

-Ya le dije que ni siquiera me fijé en los títulos. Yo no sé si son buenos o malos, ni me importa. Cuántos gatos muertos encontraron.

-Ninguno -dijo el Cholo-. Los gatos nunca mueren en la casa. Cuando están heridos o se sienten muy enfermos van a morir al monte.

-Vengan conmigo -dijo el Percusionista.

Era la primera vez que les daba la espalda. Se miraron asustados, comunicándose por señas, preguntándose, sombra de tía Avelina merodeante.

-Todavía no se han dado cuenta del cambio que significa pasar de la categoría de peligrosos a la de sospechosos. Sospechosos podemos ser todos mientras no demostremos lo contrario. Un peligroso no es redimible. Un sospechoso, sí. Todavía no he visto alegría en esas caras. Pareciera que no quisieran

vivir más en Hualacato. ¿Saben lo que van a hacer ahora? Alegrarse. Recuerden que el primer día les dije que quería ver caras alegres. Y hoy mismo quiero verlas. Ahora. Los recreos han sido pensados para eso. De lo contrario habrá que suprimirlos.

-Así, tan de pronto, parece un poco difícil. Podríamos cantar algo -dijo la Coca.

-No me refería a usted. Hablo especialmente de su marido y sus dos hijos mayores. Primero se visten como para ir a una fiesta. Y después las caras parecen de velorio. A ver usted-le dije al Cholo -, si es cierto que puede vivir en Hualacato, ¿no sabe zapatear?

-No, señor.

-Vamos, siendo hijo de un hombre como su padre debería saber. O cualquier otra cosa. Todas las personas saben hacer algo fuera de lo común. Esas que se hacen al final de fiestas y reuniones. Canciones, recitados, zapateos, cabriolas, imitación de animales, juegos de magia, qué sé yo. Cualquiera de esas cosas.

-No sé nada de eso, no puedo.

-Es una orden.

El Cholo zapateó como pudo, avergonzado de que lo viesen en una situación tan ridícula. Además de no saber, le faltaba la música. Zapateando sin música miraba la carretilla y el portón de madera, la muerte oculta bajo esas formas piadosas. recordaba al Tite muerto apareciendo en un carnaval y se le saltaban las lágrimas. Dos veces dio por terminado el

zapateo y las dos veces Nabu le ordenó que siguiera.

-Lo estás haciendo muy bien -dijo la Coca.

-Maravilloso -dijo el viejo.

-Dale, viejo, que ya va saliendo -llegaban las voces del Kico y de la Sila.

De un lado estaba la carretilla, el Tite, el portón carcomido. El podría irse con esas cosas que quedaron atrás y de vez en cuando mandar su imagen a Hualacato para mantener una ilusión. Para ese lado quería irse el Cholo. De este otro lado estaba la Coca empolvada y los chicos peinados saltando en la carretilla y alentándolo, el Kico y la Sila sin adolescencia mintiendo como ancianos pedagógicos, dale viejo que ya va saliendo; si lo suyo no era zapatear, era un esquivar la vida en forma de lastimadura, era un perder los pajaritos de la cabeza para ver únicamente la lastimadura. El Percusionista tenía razón. El hasta ahora se había equivocado porque tenía pajaritos, pero ahora los perdía a medida que zapateaba, difícil aprender a zapatear a esta edad pero no hay otra salida, los chicos estaban vivos y la Coca empolvada, no lo dejaban irse para el lado del portón carcomido, Nabu también le había puesto llave a la carretilla negándole esa salida, hasta las tumbas tenían un candado, ni adelante ni atrás y entonces qué, y el camión de la fábrica esperándolo en la madrugada para llevarlo a zapatear, el Kico y la Sila sin adolescencia encima del camión para ir a zapatear también, a zap^atear todo el mundo desde que llegaron los percusionistas, van a tocar, que de eso no les quepa la menor duda. Ibamos a la casa del Yeyo a buscar choclos pero llegaron los percusionis-

tas. Ellos nunca se atrasan, parecen ciclos de la naturaleza, capas geológicas, el celo de los animales; son el lo lamentamos mucho pero no hay remedio, una lluvia oportuna lo hubiera solucionado todo de los enfermeros de la casa de urgencias. I-bamos al casamiento de la tía Francisquita y al final de la fiesta cada uno hacía lo que mejor sabía para estar más contentos, la Coca imitaba a las actrices de moda y el Bocha el canto de los sapos y cada uno con su tema y su alegría, sin saber que vendría Nabu con sus lastimaduras, aunque no haya algodón él opera lo mismo, haremos lo que podamos abriendo la cabeza para extraer los pajaritos de la locura, se salvará el enfermo y podrán verlo zapatear de puro gusto, porque estar vivo no es fácil hay que saber mover los pies adaptarse adaptarse sonreírle a la vida, miren que la Coca ha soltado su pelo y ha pintado sus labios, ella se ha puesto un traje largo y ha venido a una fiesta, y uno ama su propia piel aunque sea una cortina un telón que tapa una lastimadura y uno se da cuenta de todo esto sin dejar de zapatear y no hay músicas que señalen el ritmo, zapatear hasta que alguno diga qué lástima se rompió el juguete y se acabó la historia, vivir es estar en medio de un salón haciendo saltos y cabriolas para demostrar a los invitados que uno sabe hacer algo después de todo, pero deseando al mismo tiempo salir por esa puerta que han cerrado con llave y no queda más remedio que seguir zapateando. Dale viejo, un poco más y encontrarás el ritmo, todavía no te sale bien pero irás aprendiendo, ese paso estuvo bien pero hay otros que no salen todavía, hay tiempo, la vida es lar-

ga, no hay que darse por vencido, la carretilla y el portón son cosas engañosas, no te dejes llevar por ellas, un pasito más adelante y podremos viajar todos, miren que adelante el coche está vacío, correrse por favor bien apretaditos adelante para que puedan entrar más si no llamamos a la policía, vamos, zapateen, dale Cholo que ya estás en el ritmo y todavía queda tiempo, fuerza fuerza gritan los chicos desde la carretilla, el Cholo se alegra pensando que ha encontrado el ritmo, los demás saben que no es así pero lo callan, dale dale le dicen, pero qué maravilla, se está salvando el Cholo y salvando a los demás es el jefe de la familia, el jefecito entra finalmente en la alegría en la verdad en la lastimadura en el corazón helado del Percusionista, cuando acaba el zapateo ya está adentro.

El Cholo andaba por unas galerías hondas, para atrás. Nada tenía que ver ya con la vida, pero estaba obligado a mantenerla, estaba ahí simplemente para prolongar la vida de los otros. Quizás fuese eso lo que el Percusionista llamaba el ritmo justo. Ya no tenía piel, era una descarnadura todo el cuerpo. Para atrás, mandando su imagen al futuro para que otros pudieran seguir creyendo que el mundo seguía siendo real. Sin embargo lo seguirían llamando Cholo, una palabra que ya no tenía sentido como pasó con la cuchara. Cuchara, ruchaca, characu, cholo, locho, olcho, cualquier cosa y seguir zapateando hasta el final, el suelo que dura más que uno. Y la carne sin piel, ni siquiera poder cubrirse con las manos porque tampoco tienen piel, así en el aire, para atrás, mientras todo marcha bien, todos entrando en el corazón de Nabu, Como de le-

jos oye cantar a la Sila y a la Coca; Kico las acompaña con su guitarra y el viejo con su caña. Es que nosotros siempre hemos sido muy tontos para estas cosas, ha dicho la Coca; no importa, canten ha dicho Nabu, y ahora están cantando sin saber cómo es por dentro el corazón del Percusionista, por eso lo mejor es irse para atrás. El Cholo se iba para atrás pero el suelo se movía en sentido contrario; creía ir para atrás y estaba siempre en el mismo sitio, ése era sin duda el ritmo justo, quieto en su sitio frente al Percusionista. Sin poder negarse a que lo siguieran llamando Cholo, a tocar la carretilla muerta, porque las palabras y los pensamientos ya no decían nada, para negar lo cierto habría que ser como los ilusionistas, ellos no necesitan palabras para transformar las cosas, un toque de la varita mágica y listo, tres conejos saliendo de un sombrero.

-Han cantado bien -dijo Nabu-. Ahora usted.

-Yo no sé, yo no sabría -dijo el viejo.

-¿Por qué no le cuenta esa historia de los ~~caballos?~~ ^{caballos?} -dijo la Coca aflojándole el moño de la corbata y sacándole el sombrero a ver si así dejaba de sudar.

-Vamos, empiece -dijo Nabu.

El viejo envolvió al Percusionista en una mirada mansa de rebaños y de mieses. Una mirada tranquila apenas alterada por el brillo casi invisible de una inteligencia dulce que juguetaba adentro. Lo miraba de tal manera que los demás contuvieron la respiración esperando que salieran tres conejos del sombrero que tenía en las manos; lo miraba en una pausa, en

un silencio donde todo quedaba suspendido, lo miraba la mirada tranquila de un animal mimetizado. Más que una mirada era un propósito, un deseo escondido en los ojos juguetones, un acto detenido en un brillo porque todavía estaba en el futuro. Los ojos del Percusionista, habituados a otro tipo de percepciones, no pudieron entender ni soportar lo dulce del rebaño y se desviaron hacia las llamas de la fogata.

-Empiece de una vez. Nos queda poco tiempo.

En unos campos de hace mucho tiempo, cuando los campos eran nuestros, había muchos leones.

Otra vez la historia de los leones, pensó simultáneamente y con fastidio la familia. Cuento archiconocido, y además todas las historias de caza se parecen.

Que como leones que eran, continuó el viejo, se comían a los animalitos que nosotros criábamos. El león come hasta hartarse pero siempre deja una parte de la presa. Vísceras innobles, algo que se puede dejar para momentos de mayor necesidad. Siguiendo la costumbre de todos los leones (el león es león por eso, no por otra cosa), entierra los restos si es que va a volver. Entonces disimula lo escondido con hojas y piedras. Y se va. A lo demás lo hará el viento. Entonces los baqueanos, también disimuladamente, descubren el lugar como al descuido, y sin acercarse mucho, como al descuido, hacen alrededor del disimulo como un cerco de palos que no es cerco, se puede confundir con cualquier cosa del monte. Al cerco le dejan como una puerta que no es enteramente puerta, algo que pueden formar las lluvias o los vientos, y en un lugar inequívoco arman la trampa, dos muelas de hierro y una cadena larga. Los baquea-

nos se van entonces despacito, borrando sus propias huellas se van caminando casi sin pisar la tierra, livianitos, volando como plumas, contra el viento para no dejar ahí ni sus olores. El bicho, siguiendo la costumbre de los leones y para poder seguir siendo un león, no salta el cerco. Lo ve disimulado y presiente el peligro. Y entonces entra por la puerta que no es enteramente puerta, y claro, ahí está la trampa, las muelas cerrándose en sus patas. Que es cuando da ese bramido que despierta a los perros, los perros a los hombres, y el león sale bramando por el monte arrastrando la cadena, abriendo calles en el monte con su furia. Pero la cadena se va mezclando a las espinas, a las ramas, a los troncos, arranca algunas plantas pero no puede arrastrar todo el monte, y ya no puede andar el león, el campo se le hace una telaraña y ya están llegando los hombres con sus perros leoneros y sus palos, que también son una costumbre que de alguna manera completa las costumbres de los leones.

El viejo suspendió de golpe sus palabras como si se hubiese olvidado del resto de la historia. El Cholo no podía soportar la lástima que le provocaba el viejo cambiando una vieja historia conocida, eligiendo las palabras y cargándolas de intenciones para darles el sentido de un encantamiento, inútiles como las agujas que se clavan en las fotos o las velas que se encienden en el monte en pleno día para ahuyentar espíritus malignos, un juego sin sentido. Y Nabu ni siquiera lo oía. Dormitaba.

Era un león viejo que ya nos había comido una yegua sali-

nera y ahora andaba buscándole la cría, el potrillito, que es su manjar predilecto. Nosotros lo escondíamos, lo cambiábamos de lugar según el viento, pero el león sabe oler desde muy lejos lo que más le gusta y de noche oíamos sus pasos, tan medidos, los roces de su cola, sus errores de león porque ellos también se equivocan. Hubo noches en que tuvimos que encerrar al potrillito con nosotros en la pieza, el hambre estaba obligando al león a correr los riesgos últimos. Entonces tuvimos que cederle a Cascabel, un mulo joven que teníamos, como quien lo alimenta para tranquilizarlo mientras se criaba el potrillito. Sin poder hacer nada lo vimos saltar sobre Cascabel. Le clavó una de sus uñas en ~~la~~ ~~la~~ la boca torciéndole la cabeza a un costado, de modo que Cascabel corría con el león encima de él sin saber adónde iba, la uña era una rienda que guiaba a Cascabel donde el león quería. Lo llevó así hasta estrellarlo contra un algarrobo y desmayarlo. Los leones nunca destripan un animal en resistencia. Tiene que estar vivo pero quieto. Entonces comió todo lo que pudo y enterró los restos. Al volver a buscarlos le pasó lo que ya dije.

Podrías parar, parece que se ha dormido, dijo el Cholo con señas, y en el mismo idioma el viejo le dijo que no lo interrumpiera.

Cuando oyó ladrar los perros escapó para el monte arrastrando la cadena. No por miedo a los perros, se comprende, sino porque sabía, como todos los leones, que detrás de los perros están los hombres con sus garrotes. Acorralado, sal-

tó a un tala arrancando ramas con la cadena. Los perros saltaban hasta donde les daba la estatura para morderlo, pero no lo alcanzaban. Al que llegó más alto, el mejor leonero que teníamos, lo vació de un solo manotazo. Era una pena ver cómo caía sin sus cosas, todo lo que el perro llevaba adentro había quedado colgando muy arriba, a la altura de su salto, como trapos mojados. El león nos miraba de tal manera, a los hombres y a los perros, que por momentos nos hacía creer que sería imposible bajarlo, que ese árbol no terminaba nunca para arriba, y él seguiría trepando hasta desaparecer. Como creyéndolo él también intentó un salto a una rama más alta, pero no la alcanzó y empezó a venirse abajo, atontándose como Cascabel, chocando con las ramas y quebrándolas se venía abajo, perdido en sus costumbres, hacia las bocas de garrotes y de perros iba cayendo el león como un montón de fuego. No pude ver cómo lo remataron, me fui a buscar un animal para trasladarlo al lugar donde cuereábamos. Los perros lloraban de inquietud, atentos a los movimientos que el bicho hacía mientras se moría, le daban otra dentellada cuando veían que se movía una pata, un músculo cualquiera, pero esos movimientos ya no eran de la vida. Yo no podía acercarme al lugar al animal de carga. En cuanto olió al león se quedó clavado en el suelo y no quiso seguir. Lo acaricié para tranquilizarlo y sentí cómo la carne le temblaba bajo el cuero. Tuve que taparle la cabeza con un trapo para que no viera ni oliese, y así pude llevarlo hasta el lugar donde estaba acostado el león, descansando de sus costumbres. Lo alzamos entre todos y lo pusimos sobre el animal, que caminaba ciego y obligado por el tiro de las riendas. Los pe-

rros iban atrás, custodiando con la lengua afuera, las colas levantadas, y de vez en cuando gimoteaban ante el miedo de que el león resucitase. Las patas del león rozaban el suelo por un lado, y las manos por el otro, dejando las rayas de sus uñas en la arena, que duraron hasta que las borró la lluvia.

-Está bien. Ya pueden retirarse -dijo Nabu.

El grupo se acuclilló alrededor del resto del fuego. Estaba oscureciendo y el aire se ponía frío de repente. El viejo sopló un libro a medio quemar y cuando salió la llamita prendió la pipa. Estaba dando las primeras chupadas cuando oyeron el silbato del Percusionista avisando que el recreo había terminado.

VIII

Qué turistas más raros, madrecita, cada cual con su bastón y su cámara fotográfica tragándose las cosas con los ojos, pensaba el Kico mirando una ciudad que parecía la misma de siempre, a no ser por algunas calles cerradas, camiones atravesados entre dos esquinas y en el centro de la cuadra todo lleno de muebles apilados, gente esperando en la vereda, algo así como traslados o desalojos. Pensaba ir al bar lácteo de la otra cuadra a comer algo, pero era justamente en esa calle donde estaban haciendo la mudanza, con tan poco cuidado, a veces tiraban sillas por las ventanas y caían sobre la pila de muebles destrozando espejos. Rarísimos turistas vestidos a la usanza de remotos países, y qué muchos, había casi más turistas que hualacateños. Para ir a otro bar lácteo (tenía ganas de tomar leche caliente con cereales) tenía que caminar mucho y no podría regresar a tiempo. Mejor quedarse por las cercanías y comer algún sandwich por ahí. Había visto esa mañana a uno de esos turistas en la fábrica paseándose por la sala de máquinas, una de esas visitas más bien molestas que no dejan trabajar tranquilo. Y qué manera de vestirse, pensaba el Kico, colores tan chillones, colgándoles por todas partes cámaras y largavistas, y esos guantes, y esas ca-

bez as desfiguradas por el corte de pelo, nuca rapada, flequillito en la frente y el resto atado en un penacho para arriba, abandonado a las brisas, y esa mirada de cazadores, pueblo muy primitivo no cabía duda, mirando mejor no son bastones, han venido a Hualacato a hacer turismo y de paso han traído sus cerbatanas de caza, qué visitas mi madre.

Difícil verlo todo en una hora, sin contar los diez minutos que le llevaría comer un sandwich, y sin contar el tiempo que tardaba en cruzar esos patios tan grandes de la fábrica. Total, que le quedaban treinta minutos libres para reencontrarse con la ciudad después de tanto tiempo. Sólo treinta minutos diarios, pero eligiendo una calle distinta cada día podría reconocer bastante, aunque por lo limitado del tiempo apenas pudiese desplazarse por los alrededores de la fábrica.

Apurando el paso por la vereda iba el Kico confundido de calle. En una esquina que apenas vio habían cortado el tráfico y tuvo que tomar para la izquierda, creyendo encontrar enseguida la callecita de los bares al paso, pero en realidad estaba volviendo para la fábrica. Podía decirse que era su primer día en Hualacato, en el mundo, en la vida, después de haber fracasado, hacía unos años, en el intento de dejar de respirar tapándose la boca y la nariz. Se habían acabado para siempre los cumpleaños y los trompos musicales; con sus pantalones y sus pequeñas cosas caminaba equivocado de rumbo por la vereda nueva que le permitía entrar en lo que llamaban vida, no era ni un niño ni un hombre, era apenas lo que la tía Marcelina denominaba "todo un hombrecito", apretando fuertemente en el bolsillo contra la pierna el documento de

identidad que el Percusionista le había recomendado no olvidar al salir para la fábrica, un papel sin el cual no se podía vivir ni en Hualacato ni en ninguna parte, un papel que demostraba que él no era algo extraño, que había renunciado a no respirar y estaba allí por propia decisión, había comprendido las explicaciones y por eso estaba vivo aunque la vida en la actualidad valiera poca cosa. Con un poco de miedo caminaba el Kico el día de su nacimiento, sin pájaros en la cabeza, hacia lo que sus tías llamaban el futuro, sintiendo que de las dos veredas existentes una era para el amor y la otra para el canibalismo. Una aglomeración de gente y aparatos, sin duda un choque o alguien que había olvidado sus papeles, o más seguro otra mudanza, lo obligó a tomar por otra calle que tenía una sola vereda; a la otra la habían levantado y la calle terminaba su ancho contra las bases sucias de los edificios. Iba por el centro de la calle esquivando la única vereda, seguro que la que había quedado era la del canibalismo, porque en definitiva todo en la ciudad tenía un aire caníbal, si no para qué estaban esos turistas tan raros con sus cerbatanas, esos penachos en el pelo, los tremendos largavistas.

La mañana había sido muy larga (comprobación de la verdad de un sermón de Nabu, según el cual la vida podía ser muy larga si se marcaba bien el paso), desde que el vehículo rumoreó esa madrugada en la puerta de calle y él y la Sila treparon con su padre al camión en la oscuridad mientras Nabu entregaba unos papeles al conductor, y los otros obreros del camión que iba repleto trataban de estrecharse más para que ellos también tuvieran sitio, en silencio, sin decirse bue-

nos días ni nada que se le pareciese, ahora comprendía lo que quería decir Nabu cuando decía "macilentas", unas caras silenciosas y como estropeadas, como salidas del fondo de los montes. Sila era la única mujer; los demás macilentos se dieron cuenta y se estrecharon más para que ella pudiera correrse hasta una de las barandas del camión y agarrarse de ella evitando el vaivén que tenían todos mientras el camión corría hacia la fábrica. Su padre iba en la otra punta de la carrocería. Pidiendo permiso sin conseguir respuesta, aunque todos se estrechaban aún más para que pasara, se arrimó al Cholo para conversar. Parecía contento. El aire limpio de la madrugada golpeteaba lindo en su cara asotanada. Para él volver al trabajo no era solamente la alegría de poder salir de la casa como si fuera libre, era también reencontrarse con el caminito que se había hecho en el mundo desde que empezó a respirar voluntariamente; una hormiguita que en veinte años de ir y volver hizo su caminito hasta la fábrica y terminó encariñándose con sus hierros y escaleras; él no puede salir de ese caminito porque no tiene otro, se perdería la hormiga, no tendría adónde ir ni adónde volver si perdiera el caminito, y para hacerse otro ya no le alcanza la vida, no viven tanto las hormigas, por eso zapatea todos los días por el camino hasta llegar a su hormiguero. A él no le gustó. La alegría de poder salir de la casa y mirar Hualacato otra vez se le fue en el camión doblando por calles oscuras, en los vaivenes de los macilentos, en el tamaño inabarcable de la fábrica, sus grandes salas de máquinas, sus letreros (como los que colgaba Nabu simulando paredes) escritos en una len-

gua que no era la de Hualacato, su padre empequeñecido que desaparecía en lo alto de las máquinas con unos trapos en las manos, ya no se lo veía desde abajo. Demasiado grande el hormiguero; la fábrica seguía para abajo en un montón de sótanos sin término llenos de hombres, máquinas y trapos, y para arriba incalculable en un montón de pisos y oficinas tibias y secretas. Quién sabe qué le habría tocado a Sila, si para arriba o para abajo como él, tratando de familiarizarse con tanto hierro de formas nunca presentidas. Para buscarle un equilibrio la imaginó ascensorista, tan bonita en su taburete moviendo las palancas, diciendo arriba, abajo, y moviendo palancas hasta llegar al cielo del hormiguero, abriendo un caminito para no perderse.

Había avanzado más de media cuadra por la calle de una sola vereda, en la otra esquina seguro que habría un bar para comer el sandwich y volver enseguida, quedaba poco tiempo. Pero desde allá venían no menos de seis turistas conversando distraídos, moviendo sus bastones, ocupando todo el ancho de la calle, uno de ellos mirando por su largavista. Se volvió rápidamente y con deseos de correr, justo cuando sonaba el primer pito de la fábrica o sea que faltaban diez minutos solamente y todavía había que cruzar ese enorme patio, que por lo menos le llevaría la mitad de ese tiempo. De todos modos en la fábrica había una cantina o máquina de **sandwiches** o algo parecido. Dando la espalda a los turistas, que se desplazaban más rápido de lo que pudiera creerse, encaró para el lado de la fábrica mirando su enorme torre visible desde cualquier punto de la ciudad. Apuradísimos iban sus pantalones ca-

lle abajo, madre mía, cómo ha pasado el tiempo.

Vacilando en la esquina, buscando la torre que ahora no aparecía por ninguna parte, perdido en la ciudad mutante, descubrió un bar lácteo que antes no estaba ahí. Pero cómo, si recién pasé por aquí. Dudaba entre tomarse el vaso de leche arriesgando llegar tarde, que el último pito de la fábrica lo sorprendiera en el primer trago, o irse directamente para llegar a tiempo, ya sabía que las máquinas no esperan.

-¿De dónde viene usted? ¿Tiene papeles? ¿Le pasa algo? ¿Se ha extraviado? ¿Se encuentra bien? ¿O necesita algo?

-No, nada, buscaba un lugar para comer algo.

-Los restaurantes quedan en aquella dirección -dijo el turista señalando con su bastón hacia el final de la calle.

-Es que en la otra esquina está cortado el tráfico.

-Entonces por ahí -señaló el bastón en otro sentido.

-En realidad -dijo Kico- sólo pensaba tomarme un vaso de leche.

-¿Dónde trabaja usted? -dijo el turista acercándose más, el penacho de pelo moviéndose ligeramente en el vientecito.

-En la fábrica, salí a comer y me perdí, había muchas calles cerradas y mudanzas.

-Entonces no le queda mucho tiempo, ya ha sonado el primer pito -dijo el turista devolviéndole los papeles, y continuó su paseo, una mano apoyada en la cámara fotográfica, la otra moviendo acompasadamente su bastón.

Mejor volver a la fábrica, seguro que lo dejarían ir a la cantina. Lo que pasa es que me perdí, les diría, y por no llegar tarde no comí. Muy lejos de mí provocarle inconvenientes a la fábrica. Pero no hay problemas, hombre. A ver quién

reemplaza un momento al muchachito para que vaya a la cantina, no ~~ha~~ comido. Al muchachito. Al hombrecito. Y dentro de un tiempo voy a tener la cara macilenta. Estaba exactamente en la mitad del primer día de su vida inteligente, según definiciones del Percusionista. Pero nunca les había hablado de los cambios, de tantas calles cerradas ni de las mudanzas. El mismo estaba mudándose, convirtiéndose en alguien que ya muy poco tenía que ver con el Kico. Había empezado una mudanza general en todas partes. No eran solamente los muebles los que se mudaban. Las personas se mudaban también a otras personas, a otros cuerpos. Los turistas no eran tales, solamente gente que se mudaba. Por lo menos la mitad de Hualacato era gente que se mudaba. Cualquiera día de estos el Percusionista les rapaba la cabeza a todos, el penacho allá arriba y una cerbatana para cada uno. Perderemos poco a poco la visión y tendremos que usar largavistas; perderemos la memoria y tendremos que andar sacando fotos todo el tiempo para poder recordar; yo mismo no me acuerdo, me he perdido nada menos que en Hualacato, en poco tiempo nadie podrá reconocer a nadie. He venido a salvarlos, y tendrán que tocar, que de eso no les quepa la menor duda. Y quiero alegría en esas caras macilentas. Lo que pasa es que saben muchas cosas pero se las tragan. Por eso tienen esas caras, si no estarían viviendo tranquilamente como tanta gente en Hualacato. Cuando todos tuviesen la nuca rapada y usasen cerbatanas y persiguiesen a los demás, el Percusionista se iría de la casa. Una gran despedida. Una fiesta. La tarea ha sido dura pero lo hemos conseguido. Y ahora, hermanos, a otra cosa, a vivir como corresponde ya sin pajaritos, adiós, un gran abrazo para todos.

Escriban. Nos veremos. Adiós, adiós, y perdonen si alguna vez me propasé, era por el bien de ustedes. Los chicos cuando crezcan sabrán agradecerme. Cholo, venga, un abrazo hombre, así me gusta. como hermanos, al final todos somos de Hualacato. ¿Se dan cuenta de lo que va de ayer a hoy? Y pensar que me tenían miedo. Miedo, entre hermanos. Y estos son mis regalos de despedida, una cerbatana para cada uno, para que siempre me recuerden.

Una cuadra antes de llegar a la fábrica sintió que de un zaguán había salido uno de esos turistas o perseguidores y que lo seguía. Mejor mermar el paso para que no creyese que quería escapar, uno nunca sabe. Sentía su proximidad como si pudiese mirar con la nuca o las orejas. Mutaciones.

-Kico -dijo el perseguidor con voz de Cachimba poniéndose a su lado.

Una cara mudada, el penacho, cara como de cicatrices, la nuca calva, cerbatana en mano, era muy poco lo que quedaba del Cachimba. Sólomente la voz, la manera inconfundible de decir Kico.

-Supongo que no tendrás miedo y me reconocerás -dijo apoyándole una mano en el brazo-. Soy el Cachimba.

-(Conque hubiendo al Cachimba, ¿ehk?)

-Tenemos que estar comunicados. Hay muchas cosas. Estamos defendiéndonos.

-Tengo miedo -dijo el Kico-. Nosotros teníamos en casa una foto de la tía Avelina.

-¿Te asustaste de mi ropa? Disfrazarse de perseguidor es la única manera de poder salir a la calle. Sabemos que ya tienen recreos externos. Pronto empezarán a recibir mensajes

del compadre.

-(Caramba, caramba, el Cachimba y la Uvelina)

-Veo que te come el miedo. Ya te dejo. Nos vemos otro día.

-¿Cómo está la tía Avelina?

-Está muerta, como tantos -dijo rápidamente el Cachimba y desapareció en un zaguán.

Cómo suena ese pito, se dijo bajando por las escaleras del hormiguero, tratando de hacer todo el ruido posible con los pies para que no se le oyera el miedo.

Lástima que era de noche otra vez, si no desde la avenida por donde volvía el camión podrían haber visto casi toda la parte sur de la ciudad. Iban los tres en la baranda, hipnotizados por las luces de Hualacato. ¡Miren!, dijo el Cholo, la casa de la tía Francisquita. ¿Qué haría adentro con sus pocillos de café, sus carpetitas y su Carlos? ¿Cómo sería su Percusionista? Claro que lo tenía, los vidrios de las ventanas estaba cubiertos con cartulina negra, otra vez de luto pobre tía. Y los geranios de su jardín secos entre los yuyos altos.

Nabu los esperaba en la vereda. Son tres, le dijo al conductor. Empujó la puerta de calle sin decirles nada. Sila acarició una madera de la puerta como si fuese un animal viviente. Miraron el frente de la casa, la veleta apenas visible con grandes ojos asombrándose. Nabu abrió la puerta de la casa y gritó ¡quieto! a un bulto negro que se agitaba adentro.

-Desde hoy este perro vivirá en esta casa con nosotros-dijo Nabu-. Está inquieto porque no puede encontrar a la gata. Así que llámenla para que se conozcan de una vez y se peleen si tienen que pelearse, ellos también tendrán que aprender a vi-

vir juntos. Ustedes deben respetarlo porque él también tiene autoridad. Y cuidado con él, que es un perro amaestrado. Ahora pónganse en el medio para que los huela y los conozca y así nos evitamos problemas ulteriores. A los demás ya los ha oliendo y no ha habido ningún problema.

Chasqueó los dedos el Percusionista con intensidad medida, y ya estaba el perro oliendo al Cholo como si lo cachease. Los zapatos, los bolsillos, los pantalones en todos sus pliegues, los botones, el culo, la cintura, por todas partes la nariz húmeda resoplando nerviosa, ubicando pelusas y aceites de la fábrica. Acabada su estatura, apoyó las patas en el pecho y enseguida en las espaldas del Cholo y lo olió por arriba; el Cholo alzó los brazos y el perro gimoteante recorrió el cabello y la nuca, el lunar y un par de cicatrices en el cuello, nada por aquí, y la nariz saltó a la Sila, ella girando y la nariz hecha un montón de manos dando las primeras caricias que recibía el cuerpo de la Sila, nada por acá, casi tranquilo el perro, y al Kico se le mancha la espalda, otra vez el sarampión, las manchas rojas cuando el perro empieza un nuevo recorrido y se intranquiliza otra vez, rápidamente desdeña las partes bajas y le apoya las patas clavando la nariz nerviosísima en el brazo que le ha tocado el marido de la finada Avelina, dudando busca nuevas zonas pero siempre vuelve al brazo, a las huellas del olor de los dedos del turista disfrazado, allí deja clavada su nariz desesperada y gruñe, muestra sus dientes antediluvianos esperando una orden para clavarlos en el olor odiado.

El Percusionista tranquilizó al perro con un chasquear menos

intenso y clavó primero en los ojos y luego en el brazo del Kico unos ojos milenarios, mientras el perro gemía en un rincón. Arrugada la cara y entrecerrando los ojos, el Percusionista recorría un muro negro buscando una conexión. Pensaba como tomando una gran bocanada de aire, y a medida que lo soltaba su pensamiento recorría esa pared buscándole un abajo o un arriba, algo que lo conectara con la memoria del perro, pero el aire se le acababa y no encontraba nada, ninguna abertura en la pared que dejara filtrar la luz.

-Es muy extraño -dijo Nabu al final de la bocanada, y se quedó mirando el aire como distraído-. ¿Te ha pasado algo en ese brazo?

-Anoche Belinda se metió en mi pieza y durmió toda la noche apoyada en mi brazo.

-Entonces traigan a la gata -dijo el Percusionista sin vencerse.

-¡Belinda! -llamó el viejo, y la gata, venida desde el aire, cayó en posición de maceta de begonia, según su costumbre, y se quedó inmóvil, erizando solamente la cola, con la que ocultó una parte de su cara dejando ver ojos cambiantes que iban desde una esfera negra hasta un rombo amarillo.

Se miraban codiciosos, el perro con unos ojos fieros pero a todas luces domesticados, la gata con reminiscencias primitivas, dulces a su manera. El perro inició un giro autoenfurecido alrededor de la gata, que dejando el cuerpo en posición de maceta lo siguió primero con la vista, luego con un cuarto de giro de la cabeza; después, para poder estar atenta al

giro del bulto negro, justamente cuando el perro estaba detrás de ella, metió la cabeza entre las patas y lo miró al revés, la cabeza a ras del suelo. El perro veía que la gata tenía la boca arriba y los ojos abajo, situación que por poco lo distrae de la patada hacia atrás que la gata estaba preparando, que no se produjo porque alcanzó a alargar rápidamente la distancia y ponerse fuera del alcance de las patas traseras. Completó su giro exploratorio y volvió a quedar frente a Belinda, que había vuelto a su posición inicial ocultando parte de su cara con la cola. Llegó una orden monosilábica de Nabu y el bulto negro tomó distancia para saltar, mirando a la gata que parecía un objeto de yeso, esculpida en su quietud desazonante. La gata oyó el roce de las uñas del perro en el momento de tomar impulso para el salto, y cuando lo vio en el aire desplazó su cuerpo eléctrico en distintas posiciones haciéndole ver dos Belindas ilusorias por lo menos. El perro en mitad de su salto eligió la imagen que le pareció más real y hacia ahí dirigió su cargazón de músculos y huesos. Cayó al lado de Belinda, que parecía no haberse movido de su sitio.

-Excelente maniobra de la gata -comentó Nabu, que habituado a la rapidez de los gatos había percibido claramente los movimientos de Belinda, y le dio otra orden a su perro.

Al oírlo se puso a saltar en zig zag sobre las imágenes cambiantes de la gata, apoyándose más en un azar geométrico que en la realidad puesta ante sus ojos, siempre en busca de la cabeza de Belinda, objeto de sus dientes. Esto le permitió

encontrar un par de veces, sin mirarlo previamente, el cuerpo de la gata, con lo que alcanzó a morderle el cuero del lomo y arrancarle un par de mamas. Esto reconcilió a Nabu con los adiestradores, que al menos esta técnica se la habían enseñado bien.

La gata se refugió bajo una silla. Había perdido la armonía de sus líneas. Su pelaje, antes semejante a una madreseiva, parecía un montón de paja seca, un montón de trapos vapuleados, algo que cuelga en una rama, a un paso de la fuga, sin poder hacer otra cosa que concentrar su instinto para no lamerse las heridas y en esa distracción permitirle al bulto negro la dentellada definitiva en la cabeza.

El perro, comprendiendo que la gata no se distraería a pesar de la sangre que le salía de las mamas rotas, ensayó algunas aproximaciones procurando morder el moño suelto y sacarla de debajo de la silla para quitarle la protección de las maderas. En una embestida muy riesgosa descuidó su parte trasera y se dejó envolver en el dolor intolerable de un testículo clavado con tres uñas. Cuando volvió la cabeza para lamer ese dolor, un anzuelo impecable se le clavó en un ojo, el otro le alcanzaba para ver que la gata, guardando la uña en secretas blanduras, recomponía su pelaje y recobraba su apariencia habitual, tranquila y segura como un pescador en el momento de cobrar su pieza.

Ante una orden de su amo, el perro, gimiendo, se fue con su único ojo a la habitación de Nabu, y Belinda desaparecía en alguna parte alta de la casa.

IX

Los sermones dominicales eran como películas aburridas, leídos lentamente, con grandes pausas entre párrafos, palabras que se quedaban bailoteando en el aire sin poder encontrar sitio, y él leyendo y paseándose entre esas palabras sin destino. Palabras mezcladas a la modorra producida por la difícil digestión, casi una siesta entre palabras y pasos acompasados de Nabu que iba y que venía por la sala y ellos muy quietos en semicírculo entre sueños, los chicos que a veces se dormían del todo y caían de las sillas. Sermones almanagues al comienzo por su regularidad dominical, único día en que los chicos no preguntaban ¿en qué día estamos? porque Nabu paseándose y leyendo era el domingo. Salvo cuando un hecho externo de importancia que los de adentro desconocían pero podían intuir, provocaba sermones extraordinarios en cualquier día y hora, y los chicos decían qué domingo aburrido y era miércoles. Esos chicos llegaron a conocer semanas con tres domingos, qué rápido pasaba el tiempo.

Sermones como lecciones de un largo curso de ciencia acumulada, folio 96 del tomo XVII, vamos a ver quién repite los conceptos fundamentales del sermón del último domingo, tema los grandes salvadores de la historia, del que sólo quedaban palabras mezcladas al sueño y a los sueños, o sea modorra de

la digestión y evasiones inútiles, a veces escuchándolo se quedaban dormidos o se escapaban por un paisaje o una situación nombrada por las palabras, así eran libres en otros siglos y otras latitudes. ¿Han comprendido? preguntaba Nabu. Y ellos no podían comprender porque no estaban allí, habían cruzado el mar metiéndose de contrabando en alguna expedición y conquistado la libertad en la remota historia de un país más remoto todavía. Historias de buenos y de malos, donde los buenos eran siempre los salvadores y los malos todos los demás, especies de cajitas donde se ponían las palabras deicidas, bandidos, depravados, cipayos, drogadictos, reos de muerte, traidores y cachimbas. En sus sueños mezclados al sueño digestivo, se les ^{enredaban} ~~mezclaban~~ involuntariamente los personajes, cambiaban los papeles, los salvadores se pasaban al otro lado y se mezclaban con los reos depravados, ya no sabían quién era quién y por otra parte tampoco les importaba mucho: el asunto más importante era encontrar un desfiladero en la montaña cruzada por caballos o elefantes, pillar un caballo o lo que fuese en un descuido y escaparse de la historia tan llena de batallas para buscar un lugar limpio donde vivir, de aquí no nos movemos, hay mucha madera en este bosque, en cuanto terminemos la casa traemos a vivir con nosotros a la tía Marcelina por ejemplo, para no estar tan solos. Y ahí respiraban a pleno pulmón en las mañanas húmedas y claras mientras oían zumbiar el mar de tan cerca que estaba. Entonces quién era el que tenía la razón, llegaba la pregunta sorpresiva del Percusionista, fuera de texto preguntaba con

otra voz a ver si lo seguían. Y su voz volvía a poner las cosas en su lugar. Los caballos robados para huir volvían al establo o al desfiladero en la montaña, los elefantes a sus jaulas, los reos depravados a las galeras, los salvadores a sus pedestales. Adiós la casita cerca del mar. Se iba en humos, era la luz de una luciérnaga. Adiós, tía Marcelina, sentimos mucho haberle producido estas molestias, un viaje tan largo para nada. Y cuidado con equivocarse de personajes cuando preguntaba, desmezclarlo todo rápidamente, cada cosa en su lugar, acordarse de decir "los salvadores" a la hora de adjudicar la razón, para evitar castigos. Si un chico despistado o medio dormido llegaba a equivocarse, tenía que pasar el resto del día bajo la cama viendo pasar por el piso arañitas verdaderas, que al final eran menos temibles que las otras.

Difíciles las memorizaciones, los conceptos, la jerga de la verdad sin pajaritos. Menos mal que no exigía cifras o fechas, de lo contrario nadie aprobaba el largo curso de Percusionismo. Explosión demográfica de América Latina era uno de los pocos conceptos que a fuerza de repetición se les había quedado grabado sin mezclas extrañas, aunque se les escapase su sentido; lo que nombraban esas palabras de tan lindo ritmo se les iba. Eran más bien una cifra sonora, algo como tamborilear, o galope, cosas que saltan alegremente. Algo que en los chicos se había convertido en un juguete. Lo usaban cuando jugaban a la escondida. En vez de decir te encontré, te encontré, estás dentro del ropero, decían explosión demográfica de América latina, y la alegría era tremenda. Sentían que

estaban nombrando cosas misteriosas y secretas, con una especie de joya sonora que los dejaba deslumbrados. Nada menos que Explosión Demográfica (para colmo) de América Latina, qué placer increíble.

Expresión tan importante que mereció ser traducida al idioma nuevo en dos versiones, una sonora y otra silenciosa para usar según las circunstancias. Importante no por su significado sino porque la usaban también para nombrar a Nabu como quien le devolvía una palabra al no poder encontrarle un sentido. Así con un breve signo podían decir a la vez Nabu, Salvador, Percusionista, con las connotaciones que cada uno quisiera darle, además de servir para decir rápidamente cuidado, ahí viene, o nos está mirando, cuidado que ahí viene la Explosión Demográfica de América Latina.

Sermones que provocaban lo que el Cholo llamaba evasiones inútiles o sueños imposibles. No tan inútiles después de todo, cuando los sueños eran en esas circunstancias la única cosa que se podía tocar sin miedo; cuando, de tan reales que eran, habían pensado seriamente en la posibilidad de pasarlos para este otro lado, todo consistía en encontrar el conducto que permitiera ese traslado; cuando descubrían que todavía tenían lo que podían imaginar, y ahí no podía llegar Nabu a golpetear con su batuta para quitarles las fotos, ahí la tía Avelina podía quedarse tranquila al lado de las madre-selvas; cuando respondían a una necesidad vital porque no se puede estar vivo sin tener libertad de alguna manera. Ya tenían el pájaro inventado. Ahora había que hacerlo volar, pa-

sarlo de este lado en un descuido de la lógica, buscar la unión, el nexó entre esta casa de vidrios clausurados y la casita en el mar para invitar a la tía Marcelina. Tenía que haber un camino, algo que se mueve escondido, un pescadito que entre los huecos de las piedras pasa del río al mar removiendo antiguas magias.

Sermones sobre cosas que no tenían realidad, puros fantasmas que desaparecían cuando acababa la lectura, como las palabras sinsentido que se quedaban dando vueltas en el aire tontamente sin poder cuajarse en nada cierto, caballos y cañones que de tanto andar juntos se confundían en un solo objeto mitad hierro y mitad cuero, un animal inexistente y feo para colmo. Sermones como los saltos y cabriolas que les obligaba a hacer para que se alegrasen. Como las canciones que tenían que cantar para no ser tan macilentos, sobre criollos inventados que nada tenían que ver con ellos, indumentarias inventadas, palabras que nadie usaba ya, criollismo para sustituir una historia silenciada. Zapateos.

Qué lindo, otra vez domingo, decían los chicos (y era martes) mirando a Nabu que se paseaba con sus papeles, y de paso al perro tranquilizado, amodorrado en una silla tratando de cerrar inútilmente el ojo que le faltaba. Tener cuidado cuando pregunte, no mezclar los personajes como aquella vez que por error los salvadores aparecieron en galeras (y ellos bajo la cama). Y calladitos todos, que Nabu tiene una caja llena de alacranes.

-He leído en los periódicos de anteayer -leía Nabu- un artículo muy interesante sobre psiquiatría electrónica, sobre

el cual voy a centrar mi alocución de hoy. Les explicaré en primer término el sentido y el alcance de esta expresión que ustedes probablemente oyen por primera vez.

Y lo que iban a oír por primera vez pero por señas ya que no había otra posibilidad era un informe de Kico sobre sus dos o tres entrevistas con el marido de la tía Avelina, en adelante "el turista" para evitar presencias peligrosas. Sila ya lo sabía, pero el Cholo y los demás todavía nada. Kico lo había adelantado durante la comida tamborileando con el tenedor de uso nuevamente permitido y cruzando dedos, traten de no asustarse pero tengo que contarles que estuve con el Cachimba. Y todas las cucharas se detuvieron y las grasas y almidones se enfriaron en los platos. Las cucharas se quedaron pensativas cuando dijo que además la tía Avelina estaba muerta. Puntitos rojos en la espalda porque la tía ahora estaba más viva, habría muerto en la madreselva pero seguía viva en las estaciones de trenes de frente y de perfil (¿conque escondiendo, conque robando a la Uvelina?), se ponía a revolotear otra vez por la casa convertida en un pájaro funesto aflojando las rodillas, menos mal que los chicos no entendieron. Y el sermón mezclándose a sus miedos y esperanzas a las palabras del Cachimba traducidas por Kico evidentemente el otro bando ellos ahora en otro bando cierto todo sucediendo ahora en la lógica de Nabu en sus guerras sus incendios dentro de su corazón helado estaban oyendo las locuras de Nabu y del Cachimba todo mezclándose en estruendos qué difícil intentar ser libres dentro del frío del Percusionista.

Se trata de un sistema de control muy estricto sobre los
ciudadanos que se aplica actualmente en los países llamados
civilizados o industrializados que se han atrevido a criti-
carlos, aunque ustedes no lo sepan, definiendo nuestro modo
tradicional de vivir como una dictadura sanguinaria, así co-
mo lo oyen, en nombre de unos derechos humanos que hasta aho-
ra nadie sabe en qué consisten. Pongan toda su atención en
lo que van a oír para que sepan cómo son esos países que nos
critican y por comparación puedan ustedes sacar sus propias
conclusiones y él estaba vestido de perseguidor especie de
cazadores llevan cerbatanas por este sistema de la gente
civilizada y digo civilizada entre comillas, cada ciudadano
está sometido sin saberlos al control automático de un ordena-
dor electrónico serializado qué carajo será eso pero en nin-
gún momento me dijo cómo murió la tía Avelina aunque es fácil
suponerlo cuidado que está llegando a la otra punta y se pon-
drá de frente en manos del poder central que puede enterar-
se hasta de los pensamientos de las personas en una maquiavé-
lica psiquiatrización de la vida cotidiana estar comunica-
dos y que pronto llegarán aquí mensajes del compadre vamos a
ser libres y así millones de terminales de teleinformática
distribuidas a lo largo y a lo ancho de esos países adelanta-
dos todos libres en la casita para que pueda ir a vivir con
nosotros la tía Marcelina, encontrar el agujero entre las pie-
dras que comunique el río con el mar dice el turista que
se están construyendo nuevas cárceles y que al final es un
privilegio tener un salvador en la propia casa, otros lo es-
tán pasando peor someten a los ciudadanos a un riguroso

control policial, médico, militar, social, económico, religioso, ideológico, neurológico y sexual proporcionando datos la mayor parte de las veces equivocados pero son ellos los que hablan de libertad, apunten bien el dato a esta casa no vamos a volver más y viviremos mientras tanto en la casa de la tía Avelina que tiene muchos panales mucha miel nos llevará a jugar a su jardín y comeremos higos negros, yo sí que me acuerdo de la tía Avelina, ella siempre cuando íbamos a su casa aparecía con un plato grande lleno de higos negros, qué feo el ojo vacío de ese perro estos ordenadores, programados según códigos de comportamiento elaborados por el poder central de esos países, proporcionan fichas técnicas con datos que sólo son fieles en un porcentaje considerable mientras ignoran las consecuencias morales del porcentaje de los ciudadanos que por insuficiencia de los ordenadores son víctimas cotidianas de los riesgos incontrolables de ese sí sanguinario sistema de control avant la lettre, aunque ellos hablen de derechos pero esto debimos saberlo enseguida, es que no quería asustarlos y además no había oportunidades, siempre aparecía él metiendo la nariz, parece que a la tía Avelina ~~primero~~ primero la llevaron para preguntarle adónde estaba su marido, lo demás ya se sabe, y él dirá cuando descubra todo dirá me lo esperaba, sabía que estaba en un nido de víboras, lo supe el primer día, no sé por qué no apuré todos los trámites entonces aplastando a las cucarachas en sus propios albañales, así que tenían nada menos que al Cachimba escondido en la casa,

para asesinarame cortándome las venas con guilletas pero eso se va a arreglar muy pronto incluso en el campo jurídico han introducido este sistema que colma la medida, las leyes han sido sustituidas por lo que se ha dado en llamar derecho electrónico son sueños imposibles, cómo sacar de aquí al Per-
 cusionista, no tenemos nada; pero él habló de no sé qué personas ^{y animales} adiestrándose en los cerros; pero eso es una locura, y él dirá cuando nos descubra, cuando estaban casi a punto de conseguir más libertades y mejor tratamiento aparecen con esto, y les advierto que lo lamento pero lo que haré ahora con ustedes nunca lo podrán imaginar, ya lo de la cuchara era un límite increíble, primero la cuchara y ahora es el Cachimba más allá de todo límite, toleraré la cuchara pero aquí se acaba todo, y ahora mismo me van a decir quiénes son las otras tías de las fotos, la reá Céfira la reá Marcelina la reá Francisquita todas juntas, y ustedes con el Cachimba cavarán sus tumbas, achuradas cucarachas con el Cachimba allá en la tumba; y dijo que pronto llegarán mensajes del compadre porque cada familia tendrá que hacerse cargo de su propio salvador en el momento oportuno recurriendo a cualquier cosa; fantasías, delirios de los presos incluso los jueces han sido sustituidos por la memoria electrónica de los ordenadores, de modo que ya no es el hombre quien enjuicia al hombre sino una máquina de voluntad irreversible, y aquí cabría preguntarse qué es preferible en ese caso, el error de

un hombre o el error de una máquina, que aún descartando las inevitables fallas técnicas se equivocan en la mayoría de los casos ya que no se puede hablar por el momento de una ética no humana aunque ellos hablen de libertad y de justicia y cuando llegue ese día tomar al Percusionista y entonces todos a la calle y venga lo que venga, pero son disparates, él lo sabrá primero, él dirá en fin, esto se terminó, miren adónde han llegado, qué bajo han caído por culpa del Cachimba, el Cachimba se terminó esta mañana, lo mandamos a hacerle compañía a la tía Avelina, ahora los dos están bien juntos, suban a ese camión que los está esperando, y a mí ya no me verán más, mi misión ha terminado y el Cachimba está muerto, en adelante se tendrán que entender con otras personas fuera de Hualacato por supuesto, no, no es necesario que lleven nada, ni ropa ni papeles van a necesitar; callados y en orden como siempre vayan subiendo a ese camión, hoy mismo precintaré la casa y remitiré allá todos sus antecedentes las pruebas contundentes que llegarán a destino mucho antes que ustedes, allá estarán esperándolos, se acordarán de mí y desearán los tiempos idos; vayan practicando zapateos cantos y cabriolas que son actividades muy solicitadas en el lugar adonde van a ser trasladados con otras cucarachas como ustedes, las cucarachas juntas en el camión con el cadáver del Cachimba buscando una arañita, zapatearán todos con buen ritmo porque allá todos son Percusionistas, lo lamento en el fondo, yo hice todo lo que pude por salvarlos; llegarán los mensajes, una buena trampa para inmovilizarlo, después se hará justi-

cia destruyendo así todas las libertades individuales que dicen defender aunque todo el tiempo hablen de libertades y derechos criticándonos, pero como queda claro, los riesgos resultantes del abuso de la utilización de la técnica informática pueden llegar a destruir, como de hecho está sucediendo, la libertad, la justicia y las últimas reservas humanas, porque nadie puede responder por el momento a la pregunta clave: ¿quién controla los ordenadores? Pero ellos hablan de derechos. Compáren sinceramente su situación con la de los habitantes de los países que se autodenominan civilizados y alégrese de vivir todavía en Hualacato.

Sermón difícil de memorizar, no han comprendido nada. Las palabras de Nabu mezcladas al informe del Kico se quedan en el aire zumbando todavía, mezcladas a los miedos y a los riesgos, el pescadito que no encuentra la salida porque alguien cerró las piedras, y se van a sus cuartos seguidos por avispas. Y todavía la palabra Cachimba asociada a animales salvajes llenando la cabeza y aflojando las rodillas.

X

Ni gritos, ni medios tonos, ni nada. El verdadero Percusionista era ahora el silencio de sus acciones, el moderado ruido de su mecánica, que apenas necesitaba unas pocas palabras para funcionar, moviéndose en un silencio de desgracias. El escándalo que había armado por una cuchara, poniendo el grito en el cielo, amenazas terribles, y por esto nada; pocas palabras y una mecánica silenciosa para encerrarlos, separar al Cholo de la Coca, incomunicación total, el reglamento nocturno empezando a funcionar en pleno día, penas máximas por un precinto roto por ejemplo. Sila le daba vueltas y vueltas al asunto pero no le entraba en la cabeza lo que había pasado, sobre todo lo de la tía Francisquita.

Un Percusionista pasando de la palabra a la mecánica desde que llamaron por radio diciendo que en la casa de la tía Francisquita, y recalcando pariente de los Aballay, habían encontrado una foto que por su gravedad parecía ser la del Cachimba tan buscado. Y con qué naturalidad se los dijo, con qué tranquilidad el encierro inmediato y los interrogatorios, ahora en la última pieza, donde guardaba tantas cosas que ellos desconocían.

No se duerman, ya van a traer los sandwiches, les dijo a los chicos sin darse cuenta de que ya estaban dormidos, sin desvestirse, atravesados en los catres, las papirolas a medio hacer entre los dedos, un brazo del Julito que colgaba del catre. Y la sensación de que alguna cosa había empezado a romperse sin remedio y ellos metidos entre los pedazos. Volvió a pegar el oído contra la puerta, lo tendió otra vez hacia la banderola, nada; como si todos se hubiesen ido de la casa. Nunca los interrogatorios habían sido tan silenciosos.

Un Percusionista sin énfasis le dijo a ella que dijera todo lo que sabía sobre la tía, y ella que la tía era solamente las fotos de una fiesta de casamiento, unas postales, la tía era sobre todo un vestido blanco, la historia de un vestido después de tantos lutos. Y qué horrible recordar ahora cómo la Coca se llevó las manos a los oídos para no seguir oyendo cuando Nabu dijo tranquilamente esa rea refiriéndose a la tía Francisquita. Qué le estaría haciendo ahora su salvador a la tía vestida de blanco, qué le estarían haciendo detrás de las cartulinas negras pegadas a los vidrios.

Sila se tiró otra vez en la cama, envuelta en su propio vestido blanco, pensando en la tía Francisquita como si pensara en ella misma. Han tocado a la tía. Y entonces qué, si ella había sido tocada qué sería de los demás, si la han tocado a ella qué será de nosotros. La tía no está en el mundo de todos los días, está en su vestido blanco después de

tantos lutos, es sólo eso, apenas un vestido y una fiesta, el recuerdo de unos trompos musicales en todo caso y después nada más. Cómo pensar entonces que pudieran poner siquiera una mano sobre su vestido. O sobre el tío Carlos, que se casó con ella porque casi no veía, si no quién la hubiese querido después de tantos años tiñendo ropa, removiendo anilinas negras en tinajas que ~~avivaban~~^{hervían} en el patio. Después de todo eso cualquier mano, por limpia que estuviera, si llegara a tocarla, ensuciaría su vestido blanco. Si la han tocado, entonces es imposible pensar que se casó, que hubo una fiesta, que Céfira cosía su vestido (¿habrán tocado también a tía Céfira?), que partieron la torta y al otro día salieron para el mar, todo mentira entonces, eso nunca ocurrió si la han tocado.

Un Percusionista que para ahorrar palabras sustituía muchas preguntas por los hechos, más acordes con su mecánica silenciosa. Preguntaba citando la llamada: vea, aquí hemos encontrado una foto muy comprometedor, la reá Francisquita al lado del Cachimba, la reá estrechamente vinculada a los sospechosos Aballay, investigue por su cuenta y después me informa cambio. Todos los salvadores comunicados para ensuciar el vestido de la tía, y de noche, que es cuando mejor funcionan esos aparatos. Y después a mirar fotos con él como si fuera de la familia y estuviese lloviendo o hiciese mucho frío, quién es ésta, sí, claro, esa es la tía Francisquita; y quiénes son éstos éstos éstos, en voz baja, nada de gritos ahora, a contarle cada uno separadamente lo que sabía sobre ella, la corta historia de la tía largamente es-

crita a máquina, tantas hojas para hablar apenas de un vestido y una fiesta. Un momento, interrumpía, y llenaba una hoja con dos palabras que le habían dicho, como si él supiera más que nadie de la tía. Y el dedo y los vellos de la mano señalando otro hecho, sin preguntar nada, sin palabras el dedo señalando un fallo en las fotos, entre la 194 y la 196 faltaba una, a ver cómo se explica.

Si por lo menos hubiera gritado, todos contra la pared buscando la arañita, como pasó con la cuchara; unos cuantos gritos, y nada más; pero nada. En vez de eso hay una rapidez mecánica para que la Coca vaya a dormir sola en el cuarto de la costura; para que el Cholo, responsable directo de todo como jefe de familia, ~~piense~~ ^{piense} bien quién ~~había~~ robado la foto. ~~una~~ ~~quiere~~ ~~con~~ ~~su~~ ~~del~~. Los recreos, interrumpidos para siempre por supuesto; y los interrogatorios en la última pieza, tan silenciosos, Belinda nunca estuvo así, saltando de banderola en banderola, asustada, como huyendo.

Una voz tan tranquila para decir en esta casa hay un ladrón y voy a saber quién es, como también voy a saber con todos sus detalles todo lo que se callan de esa señora, como también voy a poder comunicarme como ustedes en el lenguaje de guerra que sé que han inventado. Dicho tan tranquilamente, con movimientos suaves de las manos, la fatalidad que llega tan callada. Demás está decirles que después de esto serán nuevamente rotulados, pero esta vez como algo que prefiero callarme; que se acabó la fábrica y que en general se está acabando todo para ustedes.

Pero el centro del problema era para Sila la tía Francisquita, o por lo menos la tía estaba en ese centro. Hasta dónde podía llegar Nabu por haber descubierto un lenguaje, que es lo que hacen todos los presos; hasta dónde cuando lo único que tenía contra ellos eran unas cuantas fotos familiares; lo más grave era haber robado la foto de Avelina. Sí, es cierto, teníamos mucho miedo, por eso la robamos; pero era una foto nuestra; teníamos miedo porque sabíamos que ella era la mujer del Cachimba. ¿Y qué culpa tenemos nosotros de que ella se haya casado con él? Esos son asuntos suyos. Bueno, que nos castigue por haber robado. Pero no se puede ir más allá de unas fotos. Son imágenes muertas, son recuerdos. Eso no es ^{tan grave como} para decir que se está acabando todo para nosotros. Mire, no tenemos más que fotos, no hay nada más allá y además están estas pobres criaturas. Y a lo mejor él comprendería. Pero habían tocado a la tía Francisquita y era esto lo que agravaba las cosas. Decir tía Francisquita en Hualacato era como decir santa, esa dulzura, ese vivir apenas rozando el mundo, como todos lo sabían, y si no que preguntara, que llamara a cualquier parte preguntando quién era ella. Pero la habían tocado, ahora era la rea Francisca, Franchisca, Cachimba, cucaracha. Y si la habían tocado no había nada que esperar, si la habían tocado a ella el Kico estaba rozando los bordes del Cachimba, fotos mezcladas, morirían todos los retratados y ni siquiera se salvarían los muertos.

Se tapó los oídos como para no oír lo que estaba recordando. Estaba mezclando demasiado las cosas, no había por qué meter al Tite en todo esto, se trataba de pensamientos que empiezan a deformarse cuando llega el sueño, mejor atenerse

a lo más inmediato. Pero lo inmediato era la prolongación física del pensamiento; en la pieza del fondo estaba el Kico o el Cholo o vaya a saber quién contestando preguntas muy concretas dentro de un pensamiento que se deforma, tan silencioso todo como en una fotografía. Imposible saber quién fue el que entró con Nabu en esa pieza; imposible, cuánto tiempo hacía, cuatro horas o quince minutos daban lo mismo en el pensamiento o en las fotos. Y todavía los ojos verdes de Belinda brillando en lo alto de la banderola mezclada a los mensajes del Cachimba, ~~los~~ animales en el monte, Belinda que de pronto es un tigre que ha bajado del monte trayendo la locura.

XI

El Percusionista apartó cables y aparatos para que la silla del viejo pudiera entrar en la habitación. Corrió las cortinas hasta lograr total oscuridad y encendió una lámpara pequeña. El viejo miraba los aparatos como ido. Nabu lo miró de frente y le preguntó si tenía miedo.

-Sí, un poquito.

-La pregunta es muy simple: quién y por qué robó la foto del Cachimba. Tiene cinco minutos para pensarlo bien. Mire que los demás delincuentes han hecho una confesión sincera sin mentiras inútiles. Pronto se les levantará el castigo.

Pensar era como buscar una arañita en la pared. Los ojos fijos en un punto, y lo demás paralizado. Porque nada se mueve cuando se busca la arañita. Le llegaban palabras sueltas, sin nexos, y los verbos de pronto no existían. Imposible armar un pensamiento. Y las pocas palabras que llegaban eran exactamente lo contrario de las necesarias. Lo único que podía hacer era mirar fijo buscando la arañita, que en este caso eran las manos del Percusionista abriendo cajas, prendiendo y apagando luces, como palancas de una máquina las manos.

Movimientos exactos y medidos. La mano número uno de Nabu saca un papel de una caja y lo pone en la copiadora; la número dos prende una luz que proyecta una imagen sobre el papel, que desaparece cuando la luz es apagada con la misma mano, que de paso saca el papel de ahí y lo pone en una bandeja con un líquido, mientras la Uno toma otro papel de la caja y lo pone en la copiadora y la Dos vuelve a prender la luz y aparece otra imagen que dura unos segundos hasta que la Dos la hace desaparecer apagando la luz; la Uno se ocupa de ese papel poniéndolo en el líquido mientras la Dos con unas pinzas mueve el primer papel y entre el movimiento aparece poco a poco una cara de viejo que es la de él no cabe duda, suyo ese ojo cerrado que combinado con los dedos, también muy visibles en la foto, está diciendo una palabra cuyo significado momentáneamente olvida, mientras la Uno echa en el líquido el segundo papel, que agitado por la Dos empieza a mostrar al Cholo en un trance parecido.

-¿Se reconoce? -dijo Nabu mostrando la primera foto con la Dos.

-Sí, ya le dije que son señas que nos hacemos para pasar el tiempo, es muy duro este cautiverio, nos contamos cosas, recuerdos.

-Bien -dijo el Percusionista ritualmente, quietas por fin la Uno y la Dos-. Dejemos por el momento este asunto del lenguaje de guerra para pasar a algo mucho más importante. Hablemos del Cachimba. Acérquese.

Como si se hubiera olvidado de algo, Nabu se desplazó todavía, como si estuviese muy cansado, hacia un armario. La

Uno, lenta, abrió unas cajas; la Dos, lenta, removi6 objetos metálicos en otras. La lentitud transformaba a Nabu. Le crecían las manos, que a esa altura ya eran más importantes que el propio Percusionista. Cuando todo estuvo en orden en las cajas, se volvieron hacia el viejo. La Uno y la Dos, tapando el horizonte. no dejaban ver nada, en una nube que se alza.

-Le ruego -dijo como pudo- que lo que tenga que hacer conmigo no lo demore mucho.

Cuando el viejo Aballay llegaba a esta altura de la historia hacía como en las películas de antes; cuando había espaldas desnudas y un beso y una cama, de pronto se apagaba la luz o la cámara se escapaba hacia las cortinas del ventanal movidas por las brisas, la cámara salía y enfocaba largamente un río que temblaba bajo la luna. El viejo, según su ánimo, usaba dos versiones: o se ponía a hablar de los esquimales, o bien contaba una película. Decía que estábamos en el intervalo, con números vivos como antes, alguien que toca el piano, otro que canta, después seguiríamos viendo tranquilamente la película.

En la película, de argumento confuso, había un estudiante de medicina obligado a practicar una operación de urgencia, y en su vida había visto un bisturí; pero el caso era gravísimo y había que animarse aunque hubiera poca luz en la sala de operaciones y sus conocimientos de anatomía no fuesen muy precisos. Argumento difícil, decía, que se puede comprender perfectamente si se apela a la historia y a la zoología. La

historia de esquimales era más simple. Hay un abuelo esquimal que abandona el iglú casi desnudo y se queda por ahí para hacerse comer por los osos. Los osos blancos tienen hambre, en el polo no hay nada que comer. Menos mal que están los esquimales viejos, dicen los osos blancos. Pero lo que pasa es que en el iglú ha nacido un nuevo esquimalito y no hay comida para tantos, es necesario luchar para comer. El abuelo esquimal ha comprendido que él está de más, ya vivió lo suficiente y ahora que vivan otros, y ha dejado su ropa en el iglú como pañuelo despedida, apenas se ha llevado un taparrabos para salvar pudores últimos, innecesarios para el caso ya que todo muerto al final es un desnudo. Ojalá me mate el frío antes que lleguen los osos blancos, piensa el viejo esquimal, que le tiene mucho miedo a la lengua caliente de los osos, el corazón de los viejos esquimales quiere salir volando cada vez que se acerca el oso blanco en esas circunstancias, una vieja costumbre de osos y esquimales. Los osos llegan con las cabezas altas olfateando al viento y cuando sienten los olores de los viejos que abandonan el iglú (ellos ignoran el motivo y la intención, los osos no saben que ha nacido un nuevo esquimalito), corren preparando los dientes en medio de la noche polar que dura seis meses ya se sabe. El abuelo esquimal ve acercarse al oso y cerrando los ojos se entrega a su costumbre; el oso comerá hasta hartarse y quedará pesado, apenas podrá andar en medio de la nieve o del hielo de tan lleno, caminará torpemente hasta que lo sientan los otros esquimales. Ellos ya saben que acaba de comerse al abuelo esquimal, por eso

está pesado y torpe y no puede defenderse. Entonces lo persiguen, no puede correr el oso, llegan los esquimales y lo matan, ahora tienen comida para muchos días; son costumbres; al bebé esquimal ~~esto~~ no le faltará comida ahora, crecerá fuerte ~~esto~~ con tanta carne gorda aprendiendo a matar osos, y mucha ropa para el ~~esquimalito~~ con la piel del oso que murió por su costumbre.

En la película el médico abre la puerta del quirófano, cruza la sala de espera y les abre paso a las visitas, que se sientan en unas sillas contra la pared y se ponen a tejer para matar el tiempo. Parece que al médico le ha ido bien en su tarea pese a su inexperiencia, no hay cosa peor para un cirujano que el paciente se le muera en la sala de operaciones. Por eso deja pasar a las visitas; enseguida podrán ver al enfermo, pero tranquilos y callados, el paciente necesita silencio y todavía está bajo los efectos de la anestesia. Las visitas han venido con sus chicos, sentados en el suelo ellos también tejen, apoyando la espalda en la pared. El médico los mira, duda un momento rascándose la nariz, y los hace salir de la sala de espera, no vaya a ser que ^{los chicos} molesten al enfermo. Y enseguida aparece arrastrando al enfermo en su silla quirúrgica. Un caso grave parecía, la operación había sido de urgencia, con instrumentos muy precarios. Pálido, sin sangre, un viejo largo y flaco dormía medio muerto, y esas manos que no se movían por sí mismas, balanceaban siguiendo el movimiento de la silla. El médico le toma el pulso mirando a las visitas, cara más bien de loco el médico aquel con su piel casi colorada

y sus bigotes y unos ojos que de persona no tenían nada, colorada al lado de la cara pálida que tienen todos los recién operados, cara pidiendo a gritos una transfusión pero nada, cosas del cine que para poder contar la historia, muchas veces se apartan de la lógica como si tal cosa como el caso de la gata en el hospital por ejemplo, no sé qué querían decir con esa gata fuera de lugar, a cada rato la cámara enfocándole los ojos, gata con moño al cuello echada arriba de un armario mirando al operado en la sala de espera que más parecía un velorio, sillas de velorio contra las paredes y el viejo en el medio como un muerto. El médico escribe a máquina, cómo vuelan sus dedos. Al lado de la máquina el bisturí recibe las vibraciones de la máquina, se corre hacia un costado, está llegando al borde de la mesa y va a caerse, rápido movimiento de la mano del médico que lo arrima a la máquina otra vez sin dejar de escribir haciendo volar dedos. Los de las sillas no hablan, miran para abajo, están tejiendo y miran el tejido mientras esperan que se acabe el efecto de la anestesia y el viejo diga algo o mueva algo por lo menos. El viejo está echado en la silla quirúrgica plegada como cama, camisa rota y mano pendulante. De pronto respira profundamente, se ha movido el viejo por fin, el sol se está poniendo en la cordillera, un cóndor vuela a contraluz y todos tejen sin hablar. El médico termina de escribir y estampa sellos en las hojas, la gata mira al médico, el bisturí está quieto al lado de la máquina. El médico hace firmar una hoja a las visitas y él mismo firma; reanima al viejo, lo despierta y le pone la estilográfica en la mano y el viejo firma, como puede abre los ojos, sale de la anestesia para firmar y vuelve a cerrarlos.

Pareciera que no sabe que ya lo han operado y está esperando al anestesista; que acabe pronto, piensa el viejo. Los tejedores lo miran deteniendo sus agujas en el aire, quietas las agujas con un gancho en la punta. El enfermero abre una puerta clausurada que da al patio y se puede ver que afuera está oscureciendo. Empuja la silla de operaciones y el viejo sale para afuera dando saltos, se pierde en unas piedras. El médico clausura otra vez la puerta y ya no se sabe bien si se trata de un hospital o un manicomio. Todos parecen locos. La cara colorada del cirujano tiene la sangre que le falta al viejo. El médico se va para su habitación, abre la ventana y vemos otra vez al viejo afuera en su silla mirando para arriba, tocándose la cara como si no fuese suya, se la acaricia despacio con una mano y con la otra mueve su silla de ruedas como escapando a las miradas del cirujano. Pasa la silla con el viejo por el rectángulo de la ventana, va arrastrando hilachas, desaparece por la izquierda el viejo, se ven todavía las puntas de las tiras de los trapos que arrastra todo hilachas todo cola de cometa. Curioso proceder del médico o enfermero en la escena siguiente. Revuelve las cosas en la habitación del viejo, rompe el armario con algún instrumento, saca el colchón, lo despanzurra busca cosas en medio de la pieza destrozando amontonando zapatos viejos ropa vieja objetos y papeles todo en medio de la pieza camión de la mudanza las paredes han quedado lisas no hay sillas ni repisas, apilándose en el suelo, y las visitas tejen silenciosas mordiéndose los labios contra las paredes en sillas

de velorio, calladas y callado también el cirujano, único ruido el de las cosas volcándose y rompiéndose y el de la ventana clausurada que cuesta abrir, las maderas hinchadas, pero se abre de un golpe y podemos ver la huerta, y allá van las maderas rotas un baúl un cofre que es un insecto que revienta, la gata con su moño sale por la ventana precedida por su grito, por el aire va desarmada su moño es una hilacha amarilla. Entonces uno se da cuenta de que no es un cirujano totalmente, y está furioso por algo que le ha hecho el viejo. Uno no sabe, ha llegado tarde con la película empezada y es como si lo odiara por algo que ha hecho el operado; uno empieza a sospechar a ver quién es aquí el enfermo y de pronto se da cuenta. Pero claro, el que hace de cirujano en realidad es un enfermo que se disfrazó de médico para vengarse de algo. El verdadero médico puede ser el viejo, y los que tejen son sus ayudantes. El enfermo que se apoderó del manicomio donde antes tejía como enfermo y se desquita operando a su médico y haciendo tejer a sus ayudantes. Tejan, canallas, como yo tejía antes. Y es casi seguro que en la parte que no vimos, en la sala de operaciones, el enfermo disfrazado de médico puso al médico en la silla de operaciones y le sacó la sangre, se hizo una transfusión de sangre de médico y ahora es médico y enfermo y vive con dos personalidades, con una rompe cosas y tira gatos vivos por la ventana, con la otra mantiene quietas a las visitas. En ese momento empecé a comprender el argumento. Todo es cuestión de paciencia en el cine cuando uno llega tarde. Lo que pasa también

es que la película era muda. En la banda sonora estaba solamente el ruido de las cosas apilándose y el grito de la gata al salir por la ventana; lo demás todo mudo como en las de antes; lo único claro era el quejido de la gata, una voz humana; quejidos de la gata es un decir, a lo mejor se trataba del viejo; a lo mejor se terminaba el efecto de la anestesia, empezaban los dolores posoperatorios y el viejo se quejaba. Daba un poco de lástima pensar en el médico obligado a ser enfermo incurable esperando en el quirófano y a la vez imaginarse el bisturí en manos del enfermo. Pero si yo estoy sano, pero si, y el otro no me importa, con manos enguantadas toma el instrumental esterilizado, tiene una bandeja llena, como no sabe mete el bisturí por cualquier parte, se equivoca, usted no sabe nada de medicina, por ahí no por favor, son órganos vitales, y ahora está pasando el efecto de las drogas y se oye a la gata quejándose con voz humana o al viejo que se queja con voz de gato, no se sabe. Después de esa escena las cosas se van poniendo claras, uno ya puede seguir la línea del argumento, se imagina hasta el título "Rebelión de los enfermos" o algo así, mientras las últimas cosas del viejo salen por la ventana, culpables como él y castigadas, ellas siempre vivieron con el viejo y también tienen culpas. El viejo desde afuera al pie de la pila ve salir su vida por la ventana, en pequeños objetos su vida apilándose a sus pies, los ponchos las semillas los aguayos las cajas los papeles los remedios los sombreros y el papel prendido que da principio al fuego; el viejo ve las llamas y recuerda su vida, escena un tanto cursi, mientras el ~~el~~ médico o enfermo sigue tirando cosas, una manta un charango sin cuerdas una libreta

de almacén un bastón de tala rápido en arder un cántaro de barro un colchón una pipa dos pantalones un jergón dos calzoncillos largos tiradores dos ligas bacinilla certificados de buena salud buena conducta e invalidez se queman juntos; tientos de cuero crudo una pata de halcón un frasco de aceite para el reuma una onza de oro un dios de arcilla una cajita con botones un yesquero puco incaico una libreta de ahorro una cánula de pipa planos de campos en litigio una caja de zapatos con objetos inútiles una hilacha un chaleco una pulga un palito, y primer plano de documento de identidad del viejo que se borra, y por corte directo están comiendo todos menos el operado, comen silenciados, la muchacha hace una seña al dueño del hospital a ver si puede llevarle una taza de sopa al operado, el dueño es generoso y ella sale; el viejo está mirando el fuego, se calienta las manos, con las llamas su cara tiene mejor color, las manos le tiemblan un poquito cuando agarra la taza. Después todos se acuestan y el viejo sigue afuera, parece que ahí tendrá que quedarse para siempre hasta que aguante. No ha tomado la sopa, tiene la taza fría entre las manos. Se la lleva a la boca, traga un sorbo, a la luz de la llama una hoja de parra va a parar al fuego. Adentro se han apagado las luces suena el toque de queda, se está durmiendo el viejo. Por las tapias blancas aparecen los gatos que van a cuidar su sueño posoperatorio.

XII

Desde que el viejo resolvió convertirlo en un diccionario recomendándole memorizar los signos que inventaban para cualquier consulta en caso de dudas, el Cholo se acostumbró a mirar cualquier cosa como algo a recordar. Miraba los sucesos con intencionalidad reiterativa demorándolos todo lo posible antes que desaparecieran, cosa que estaba bien para los signos, cuya morosidad es permanente, pero no para los sucesos que no han ^{acabado de aparecer} ~~aparecido~~ cuando ya se pierden en el tiempo. Esto le daba una visión pesante de los hechos y lo llevaba a veces a confundir los signos con la vida, reteniendo sucesos que por su naturaleza pasan al olvido, y olvidando otros cuya retención hubiera sido útil, por no poder vincularlos a sus signos. Mirando las cosas como algo a recordar él mismo se proyectaba al futuro y con eso conseguía apoyarse en una saludable certeza de supervivencia.

Ultimamente vivía perdido en sus palabras, como ido, tratando de llegar al fondo de una visión (alguien que pasa, algo que cae) como si se tratase de un signo inventado que había que memorizar. Después de todo lo que pasó y de lo del viejo desterrado comían en sus cuartos, no había más re-

creos internos y se veían poco, espiando por rendijas o a la hora de formar para ir al baño y acostarse. Perdido en sus palabras vio pasar al Kico con el Percusionista para la pieza donde operaron al viejo, sin sentir nada, las energías concentradas para demorar el suceso y convertirlo en signo incorporado al diccionario. Algo a ree

Algo a recordar los cartelitos del Percusionista pegados en puertas y paredes o colgando del techo. Los recordaba uno por uno, aún los que ya no existían, la historia de cada uno, porque siempre cambiaban de texto y de lugar; paredes que habían cambiado de lugar al cambiar los cartelitos, él las retenía ; podía dibujar los planos de las diferentes casas que iba siendo la casa según el capricho de los cartelitos obedeciendo a rigurosas leyes tácticas de seguridad y vigilancia, zona prohibida, zona neutra, prohibidísimo, peligroso asomarse, la hasta ayer zona libre ahora prohibidísima porque Nabu ha resuelto pasar la noche ahí, el cartelito que lo dice significa una pared y es más fuerte que una de ladrillos, los precintos de las puertas valen más que cualquier cerradura porque romperlos tiene como tres páginas en el reglamento nocturno, todo memorizado como apéndice de locuciones latinas de su diccionario.

A retener ahora el brazo en alto de la Coca a la hora de acostarse y el golpe del deseo. Nabu que da los turnos, él que sale para el baño y ella que entra a su cuarto y se demora unos instantes en la puerta violando cartelitos y

miradas de Nabu, para levantar un brazo y saludarlo, otra vez la Coca adolescente saluda desde lejos y el golpe del deseo. El deseo la fija, la detiene con la mano alzada en un muelle, la puede ver desde el barco que se acerca, siente que el cuerpo le crece para acercarse más a ella, abriéndose paso entre los signos trata de recordar su cuerpo disperso entre los años, entre signos. Cuando sale del baño ella ya está encerrada, los precintos puestos en la puerta, pero el Cholo la ha demorado, puede verla todavía en la puerta entreabierta alzando el brazo para identificarse en el muelle entre tanta gente. Ella y su brazo alzado signo de cuerpo desnudo y de deseo, desde ahora en adelante bastará alzar un poco un brazo para decir te quiero o te deseo y todo eso.

Cuando el Percusionista le selló la puerta, el Cholo se puso a espiar por la rendija violando otro cartelito no demasiado riguroso, esperando que Belinda bajase a pasearse libremente por la casa, ~~señal~~ ^{señal} precisa de que Nabu había entrado en el sueño profundo; ya se sabía que la inconciencia de Nabu le entraba a ella por algún pelo de los bigotes. El deseo le había borrado las palabras memorizadas, cartelitos y reglamentos; el libro era una sola página en blanco con el dibujo del cuerpo de la Coca brazo en alto identificándose en el muelle. La Coca no es su cara ahora, ni su voz ni sus gestos, es un cuerpo como única cara posible del mundo, no existen los paisajes, la tierra vive sólo en los cuerpos, en el cuerpo de la Coca que lo espera en su signo. La Coca que ha vuelto a su adolescencia levantando el brazo antes de cerrar la puerta, como la primera vez en el maizal con tierra húmeda en el pelo

y marcas de piedritas en la espalda; y desde entonces el cuerpo de la Coca como un largo viaje. Como esas inyecciones que en cuanto entran en el cuerpo se dejan sentir en la garganta con un gusto a eucaliptus, él sentía el sabor del cuerpo de la Coca en la boca y lo tragaba.

Hace mucho que Nabu ha apagado las luces y que ha sonado el timbre que es el toque de queda. Belinda no aparece pero allá está el cuerpo de la Coca esperándolo, ella alza un brazo en el maizal. El deseo ha borrado los últimos carteles y el Cholo rompe los precintos, se adelgaza, se hace sueño en la oscuridad y descubriendo que es un ladrón roba azúcar y un cuchillo de mesa en la cocina, regalos para ella. Se esconderán en el maizal. Aquella vez también los vigilaban; creían que estaban juntando choclos pero estaban en el suelo mordiéndose, de vez en cuando movían las plantas para hacer creer que andaban caminando por ahí. El Cholo está entrando en zona neutra, lo dice claramente el cartelito, a un paso de la zona vedada; pero del otro lado está la Coca a desnudar en el maizal, en la cama, en cualquier parte, son trampas de la posesión. El Cholo avanza todo erección por lo prohibido, está en celo, la gata tiene miedo en los rincones, el Cholo siente el olor de los choclos muñequando y oye la respiración del Percusionista. Como un objeto que se ilumina de a poco en el teatro con una luz de reóstato va apareciendo Nabu. Me perdonará, es una situación que se comprende; me castigará, claro; me mandará a vivir afuera y a morirme con el viejo; o a una cárcel del sur del norte por ahí, a cavar zanjas y

construir prisiones, carreteras, como tantos, pero no pasará de ahí, después de todo es comprensible querer estar con ella. En el centro de la sala la figura de Nabu es ahora perfectamente visible, alta como mirada desde abajo. Además de robar, me ibas a matar con ese cuchillo, ¿ehk?, creía oír a Nabu que estaba demasiado silencioso. El puede usar la cerbatana sin preguntarse quién es la víctima, eso ha dicho muchas veces; toda persona en la oscuridad de lo prohibido es simplemente un blanco, una pieza de caza, una perdiz, un pato. Me mandará a la cárcel, esto es comprensible; la situación se explica por sí misma; tanto tiempo separados, es natural que la desee, y que le regale un cuchillo de mesa para que coma dignamente, y un poquito de azúcar, se comprende; además todo lo que hice fue romper un precinto, ya sé que está prohibido pero estaba la Coca. El Percusionista parece iluminado en un cono de luz, le brillan las hebillas y los ojos, le brilla casi todo menos la cerbatana con que apunta al Cholo, que de pronto es muy niñín. El niño que va a la casa del vecino llevando un paquetito y le dice aquí mi madre le devuelve el azúcar que le prestó ayer. El iba a devolverle algo a la Coca, sólo eso, pero usted cambió los carteles de lugar, hace un rato esto no era prohibidísimo lo siento le ruego perdonarme; además es difícil acordarse de tantos cartelitos, tantas cosas, reglamentos, baje la cerbatana y hablaremos, hay que ser comprensible alguna vez.

El Percusionista infló las mejillas como quien toca la

trompeta y sopló la cerbatana. El Cholo sintió una molestia cerca del estómago, por ahí andaba difundiéndose un calor, borrándole en primer lugar el signo de la Coca y por lo menos las primeras palabras de su diccionario. Enseguida otros calores le alteraron el orden de los hechos, ellos no tienen una noción humana del tiempo, se confunden, no conocen el tiempo. No era posible que Nabu estuviese ahí y en esas circunstancias porque acababa de llegar a la casa, estaba golpeando la puerta y ellos adentro despidiéndose, estaba llegando y diciendo buenos días soy el Percusionista, y ellos se preparaban para ponerse contra la pared a buscar la arañita. Alguna cosa fallaba, no era cierta. En realidad él estaba ahora rompiendo los sellos de su puerta para ir a hacer una diligencia muy importante que ahora se le iba de la mente, algo así como cerciorarse de que la gata estuviese paseando por la casa libremente, algo como eso cuando se le calentó el estómago y entonces lo llevaron a la cama porque estaba enfermo, eso podía ser. Déjenme, estoy sano, dijo de pronto recordando que lo que iba a hacer era acostarse con la Coca. Conque robando, ¿nok?, pero cómo voy a estar robando, arrodillado y en la cama. Las rodillas debían hundirse en el colchón y no se hundían; las baldosas mojadas, ahí estaban las rodillas. Nabu lo iba corriendo bajo la lluvia, se le mojaban los zapatos, el sexo, la memoria, Nabu lo alcanzaba porque él estaba de rodillas. Conque escapando, ¿nok? Quiso avanzar de rodillas hasta Nabu para explicarle todo. Me iba a acostar un ratito con la Coca, apenas lo que durara su sueño profundo. No íbamos a hacer nada malo,

tenga la bondad de creer en mis palabras. Creía avanzar hacia el Percusionista para dar explicaciones, pero los calores habían resuelto llevarlo para el lado de su infancia, por eso era muy niño. Se resistía diciendo que estaba en la cama muy enfermo, las rodillas, y no podía caminar. Quizás conviniese entonces consultar al viejo. Sólo había que animarse a abrir la ventana clausurada y asomarse a la huerta, allí estaba el viejo debajo de la parra sin hojas a esta altura, ya era tiempo de podar. El viejo le diría en qué parte del tiempo estaba, de tanto memorizar signos para el diccionario se había olvidado del tiempo, pero el viejo siempre había sido un buen observador de las estrellas, conocía la Vía Láctea palmo a palmo. Sí, eso haría inmediatamente. Ya sabía que era absolutamente prohibido abrir esa ventana bajo pena de. Pero si había roto los precintos de la puerta abrir una ventana era lo de menos, Descolgó el cartelito de la ventana, lo dobló y lo tiró en la lluvia. Ya se encargaría ella de borrarlo, de mezclar las letras con el barro, se perdería allá en el bajo por la pendiente de la calle cuando se convirtiera en río recibiendo el agua que bajara de los cerros. La ventana estaba clavada por fuera. ¿Cristal con cartulina negra? Crash, como en las historietas. Qué maravilla ver la luz, madrecita. Luz en forma de cono alumbrando al viejo desde arriba, no está en su silla, tiene las dos piernas, muchas hebillas y una cerbatana. ¿Sabe una cosa? Me he perdido. Iba a ver a la Coca y se me nubló la vista, los cartelitos cambiaron de lugar y me perdí. Teníamos que hacer

juntos ciertas cosas, usted ya sabe. Ella me esperaba, el maizal estaba alto, no había peligro de miradas indiscretas que nunca faltan. Los demás creían que juntábamos choclos y nosotros mordiéndonos. Ella me esperaba y yo no podía ir, me habían mandado a devolverle el azúcar a la vieja de enfrente, y la Coca no podía comprender por qué me demoraba tanto, qué hacía yo con el paquete de azúcar en la oscuridad. Yo quería poner el paquete y el cuchillo que iba a regalarle en alguna parte para quedarme libre y poder llegar, y no encontraba nada para apoyar las cosas, estaba muy oscuro, Lo tiro entonces pero donde, estaba lloviendo, me castigarían si tiraba el azúcar, tan escasa. Alguna cosa fallaba entonces, algo no era cierto. Y constante que Nabu nada tiene que ver en esto, cuando yo iba a devolver el azúcar Nabu no existía. Creo que entonces me comí el azúcar, por eso se me calentó el estómago y empezó a dolerme. Y a llover. Entonces me puse a correr, era lindo mojarse los pies descalzos en la lluvia, y además ya no tenía el azúcar en la mano, estaba libre, podía entrar tranquilamente en la pieza donde me esperaba la Coca desnuda usted ya sabe, para mordernos mientras los demás creían que yo estaba devolviéndole el azúcar a la vieja. Tenía que llegar urgente, ella me esperaba, si yo no llegaba ella se tendría que ir en un barco, adiós, es tan feo que la Coca esté lejos, tan triste. Ella me estaba esperando para mirarme con su cuerpo, con otros ojos, son ciegos pero ojos que uno puede tocar, usted lo sabe. Ella se estaba yendo desde que nos separaron, rejuvenecía, volvía para atrás, cumplía años al revés, quería volver al día que nació, y si llegaba ahí se deshacía, se acababa se

iba se desnacía desaparecía, por eso yo tenía que llegar para que no bajase más para pararla en algún lugar del tiempo, si ella podía mirarme con su cuerpo estaríamos por fin en alguna parte, y ahora me he perdido, no puedo caminar, debo haber pisado una de esas botellas rotas que hay en el barro cuando llueve, todo por no soltar el paquete del azúcar, o ya no lo tenía, no recuerdo, me lo había comido y por eso me dolía el estómago, me perdía me pierdo, con el pie lastimado no podía caminar y se manchaba la lluvia, estaba de rodillas no podía llegar y ella que se iba del muelle donde me esperaba, bajaba el brazo y se perdía entre la gente. Conque robando, ¿nok? Es mi propio maizal, no estoy robando nada, pero no estaba en el maizal, estaba perdiéndome, después de todo esta es mi casa pero no estaba en mi casa, iba cruzando el baldío para devolver el azúcar a la vieja de enfrente. ¿Conque robando azúcar? Pregúntele a la vecina, ella podrá decirle, pero la vecina no estaba, ni su casa, era un baldío donde llovía y nada más, la Coca tampoco estaba, llovía en su dormitorio, el estómago me duele, no sé adónde poner el paquete de azúcar, está muy oscuro y la Coca no me espera está bajando está ciega no está. Y yo tampoco estoy, me he perdido; me olvido de los signos, se han perdido, y usted tanto que me pidió que los guardara. Procure recordar lo que ha guardado en su cabeza; eso no puede perderse, es de todos; acuérdesese que usted es el libro. El libro se me cayó en la lluvia; se borraron las letras. Tendrá que repetirme otra vez todo, ya no me acuerdo para qué eran las palabras. Yo no he robado el libro. Se

me cayó en el barro, se lo llevó la lluvia. Y ahora dígame adónde está la Coca. Ahora usted no puede estar con la Coca. A ella le haría mucho mal estar al lado de un hombre así, que anda mojándose mezclándose con barro y otras cosas raras. Procure acordarse de las palabras que le dije y después duerma. Deje el azúcar y los choclos y la Coca para otra ocasión. La vecina no se va a enojar si no le devolvemos el azúcar hoy. Duerma que ya va a venir el salvador con su linterna. Y si es cierto que llueve podrá decirle, para que no lo castigue, que a los vidrios de las ventanas los rompieron los truenos.

Se dormía intentando recordar sus anotaciones mentales, se dormía temiendo olvidarse de todo para siempre.

Nabu tocó con el pie la cabeza del Cholo y viendo que ya no se movía fue a buscar un balde, una palita y una escoba. Se puso a barrer escrupulosamente, barrió el azúcar, el cuchillo, el Cholo, puso todo en el balde y se lo llevó a la calle, volcó todo en un cubo de plástico y esperó hasta que llegó el camión de la basura.

XIII

Desde aquella taza de sopa del primer día de destierro el viejo no volvió a recibir alimentos. Vivía de ~~cazates~~ vegetales y de la comida que algunas veces caía desde los respiraderos de las piezas envuelta en papirolas, sapos o conejos llenos de comida de prisión, mirando siempre el cielo en espera de las palomas del compadre, y de noche refugiado en la piecita. Cada dos o tres días aparecía Nabu en sus rondas vigilantes y entonces se postraba, se inclinaba fingiendo inanición al borde de la tumba. A veces se acercaba, lo tocaba con el pie o la cerbatana a ver si estaba duro. Vivía ocupadísimo pensando un par de papirolas de su pura invención, adiestrando sus pájaros y golpeando las paredes para comunicarse con los demás. Las comunicaciones no eran buenas últimamente, había muchos signos olvidados y no tenían diccionario. Había dos mensajes que no podían descifrar. Uno de afuera pidiendo material para su par de papirolas, que los de adentro no podían entender, llevaban varios días intentándolo. El otro venía del interior tratando de explicarle lo del Cholo. Todas las noches con la misma historia, el oído pegado a las paredes para escuchar siempre el mismo ritmo que ya sabía de memoria, sin poder comprender su contenido, y los gol-

pes finales que se adivinaban como "mañana lo intentaremos nuevamente". Las cosas se pusieron feas cuando lograron ponerse de acuerdo con la palabra muerto, signo olvidado o que de alguna manera no querían comprender. Para poder contestar los nerviosos quién, quién, que golpeaba el viejo todas las noches, no tenían la palabra. Cuando inventaron el idioma a nadie se le ocurrió inventar sus propios nombres.

Cuando empezó a soplar el viento sur el viejo se alegró pensando que le traería alguna cosa. El viento sur de Hualacato soplabá una vez por año trasladando cosas de lugar. La gente del campo tenía que agarrarse de los árboles para que no se la llevara, esquivando carretillas y chapas de zinc que rodaban con el viento. Esta vez no era tan fuerte como cuando se llevó la máquina de coser de la tía Céfira olvidada en el patio, rompió el alambrado del fondo y fue a parar a la casa de don Floro. Ahora pasaban cosas livianas, un par de pantalones y otras prendas arrancadas a las sogas de tender la ropa, cartones y papeles en abundancia, lo más pesado que pasó fue un espantapájaros. Los pantalones le hubieran venido bien pero pasaron alto. Amainaba cuando una ventolera trajo el gato muerto, que cayó en el techito del gallinero. Camisas y pañuelos pasaban ahora casi al alcance de la mano, él daba manotazos pero se le iban, lo único que pudo ~~agarrar~~ fue una media de mujer que llegó con el último golpe de viento. Al otro día el Kico vio aparecer un pájaro cerca del techo en la boca del respiradero, mirando para abajo como atontado. En una pata tenía atada la punta de un hilo de media de mujer y en la otra un papelito con letra del viejo que de-

cía quién. El Cholo, puso en el reverso, y cuidando de no enredar el hilo despidió al pajarito por el respiradero.

Para distraerse de la muerte del Cholo se dedicó al par de papirolas que tenían pensadas. Hermanito, lo siento mucho pero necesito tu cuero, le dijo al gato que había traído el viento, y lo colgó del duraznero para cuerearlo. Eran un gatito barcino de poca edad y muy flaco, levantado como pluma de un techo por el viento. La muerte del Cholo lo conectaba directamente con el misterio, lo obligaba a mirar cada cosa intentando descifrarla, descubría que no había en el mundo ni un solo objeto ni un solo movimiento que no fuese un signo con sentido, como los que ellos habían inventado; la desgracia era no saber lo que decían, como no sabía qué eran las hormigas que habían empezado a comer al gato, qué era la hoja de sierra en sus manos separando el cuero de la carne del gatito, las piedras de las paredes de la casa, el cuerpo del gato enterrado cerca del portón, el mar, la vía láctea, el sol secando el cuero del gatito, el brillo de la mica en la punta de una piedra, signos al aire, palabras desnudas que no ocultaban nada, un idioma perfecto que no tenía diccionario. Cuando el cuero estuvo en su punto justo para trabajarlo abandonó estas angustias y se hundió en la construcción de su par de papirolas.

Mirando las piedras de las paredes de la casa se metía en honduras, percepciones que llegaban de golpe en medio de una perplejidad, algo que quería decirse y no alcanzaba a oírlo, la punta de un hilo que se corta. Podía intuir el peso de cada piedra, la forma de la cara oculta en la pared, los es-

ojo, es punto a parte

pacios vacíos entre una y otra. He descubierto el pensamiento, se dijo una noche maravillado. A mi modo, pero el pensamiento. Un regalo final de la vida entre tantas privaciones.

La idea de la repetición como signo secreto digno de estudiarse le vino cuando reconstruía los momentos en que construyeron esa casa. Todos los días lo mismo, la Coca traía las piedras en la carretilla desde el portón, el Cholo preparaba la argamasa, el Kico le alcanzaba los baldes, él asentaba las piedras una sobre otras y ponía la plomada, el Tite correteaba y se ensuciaba con la cal. Mover piedras de su sitio y ponerlas en otro, en una palabra, todo un verano y buena parte del otoño hasta llegar a la altura de los techos, no sólo para hacer una casa, eso era lo corriente, sino para modificar un espacio agregándole un volumen. Y esto tenía su importancia si se lo mezclaba con la observación paralela del pájaro que aparecía todos los días a la misma hora por el mismo lugar, se descolgaba de la misma rama, recorría el mismo trozo de terreno por un camino idéntico, comiendo distraído. Era inútil ponerle semillitas más o menos próximas a esa trayectoria: no las veía o más bien las desechaba. Como tampoco se arrimaba jamás a la piecita del fondo, donde siempre había semillas caídas en el suelo. Y levantaba el vuelo desde el mismo lugar, con dirección invariable y pasando siempre arriba de la higuera. Era una tarea idéntica todos los días y esto tenía su sentido. Trabajo como el de ellos apilando piedras en repeticiones, con la diferencia de que el pájaro no modificaba nada, y esto también tenía su sentido.

Una de las paredes a levantar estaba en el recorrido del pájaro, pero hubo que cavar el cimiento, no iban a modificar el proyecto por un pájaro. Picoteando distraído al otro día llegó al borde de la zanja, la miró curioseando, saltó como si nada y siguió tranquilamente por la ruta conocida. Llevarían unas diez hiladas, casi la mitad de la pared, cuando lo vieron inquietarse ante la muralla que interrumpía su camino, buscando una salida, vacilando antes de decidirse a volar por encima de la pared para continuar su ruta fija. Dudó toda la noche pero se decidió, ignorando los motivos que tenía para hacerlo. Al Cholo no le gustó nada cuando vio la pared en el suelo. Era para la pieza del Tite, dijo la Coca entristecida. El Kico lloraba, él también había puesto varias piedras. No hay derecho, usted es un supersticioso, dijo el Cholo. Voltear la pieza de los chicos por una estupidez, y el trabajo perdido. Menos mal que el pájaro doblaba justo al lado de la otra pared ya terminada, si no hasta hubiera volteado la cocina.

Ya entonces intuía los pájaros como pequeños relojes cósmicos que no estaban para medir ningún tiempo. Ellos eran el tiempo, o parte de él. Sus recorridos diarios eran exactos, sus vuelos migratorios igualmente exactos, en sus pequeñas cabezas estaba contenido todo el espacio, conocían perfectamente el mundo. Anteriores al hombre y dueños del aire y de la tierra, sin pensamiento pero también sin miedo, concibieron el mundo como un gran placer y lo dividieron en parcelas de felicidad y trazaron sus caminos sólo para eso, sin violentar el mundo ni agregarle nada. ¿Por qué cortar con una pared una ruta mi-

lenaria? Había observado que los pájaros se reunían todas las mañanas en un árbol, parloteaban un buen rato y desde allí salían en distintas direcciones, cada uno a su parcela delimitada con un canto, una palabra, y dentro de ella cada uno tenía sus caminos, su comida, sus juegos y sus fiestas, sus amores y sus nidos. Si ellos nos permiten hacer esta casa en un terreno que siempre fue de ellos, dijo para justificarse, no hay ningún derecho a cortarles el camino que tienen hecho desde hace tanto tiempo, desde que son pájaros, que es bastante tiempo me parece. Supersticiones, dijo el Cholo, ellos pueden cantar en cualquier parte. Y se quedó pensando en eso de cantar, qué fácil era decir el canto de los pájaros. Cantos, para nosotros. ¿No serían signos? Yo creo, le dijo al Cholo sin mirarlo, que los pájaros no cantan. Lo que ellos hacen es un modo de decir las cosas, o una costumbre de vivir. Ojalá supiesen cantar. Es imposible imaginar cómo cantarían los pájaros si cantasen, con esa voz que tienen. Decir que cantan es negarles su lenguaje, que es una parte muy importante de su vida. Los pájaros no cantan, viven, están diciendo su verdad. Puede ser, pero ellos no lo saben, dijo la Coca llevándose al Tite porque estaban apagando cal y era peligroso.

Yo lo sabía entonces, se dijo el viejo sin dejar de mirar la misma piedra de la pared sintiendo su peso en la memoria; ya lo sabía pero nunca lo desarrollé, cuando se murió el Tite se desbarataron muchas cosas, estuvimos sonambuleando demasiado tiempo. Por eso si usted altera la ruta de un pájaro, decía el viejo ahora dirigiéndose al Cholo como si estuviera vivo, está alterando el tiempo, que es sagrado ya se sabe. Los

pájaros nunca tuvieron que pensar la tierra para que fuera redonda. La tenían redondita dentro de sus cabezas, y delante de los ojos en sus vuelos. Y si nosotros hubiéramos seguido con la pared que les cortaba el paso, hubiéramos alterado un ritmo, un pedazo de tiempo, aunque ellos siguiesen pasando por arriba. Cuando usted ve un pájaro sobre el techo de una casa, o de una cárcel para ser más claro, ese pájaro no va ahí a visitar a nadie; va porque es parte de su recorrido; en el suelo que ocupa el edificio está su ruta interrumpida, sus semillas y sus bichos, y si las cosas siguen así les quitaremos sus espacios para siempre, habremos violentado el tiempo, y entonces podrían suceder cosas muy raras. Y decir sus espacios es como decir los huevos que va a poner la hembra para que siempre haya pájaros, que como toda cosa viviente son prolongaciones de nosotros mismos, y ni nosotros ni esas partes de nosotros pueden desaparecer porque si no no habría mundo. Además esas casas o esas cárceles les están quitando felicidad, que es el único objeto de los pájaros y debería ser para nosotros, que al final de cuentas somos una prolongación o una parte de ellos. El porqué de esas rutas, la forma de sus espacios, es todavía un misterio para mí; a lo mejor algún día lo descubra, ahora que he descubierto el pensamiento.

Pensar esas cosas lo ponía muy nervioso, lo obligaba a moverse calmando agitaciones producidas por sus descubrimientos, iba de una tapia a la otra con su silla necesitando alguien con quien hablar para contarle, y eso le impedía seguir pensando normalmente. Las papirolas lo habían venido librando de esas crispaciones, pero ya las había terminado, dos espe-

cies de sapitos de cuero con boca articulada para tragar bichos, muy escondidos en el fondo de su silla.

Pero la crispación venía de la conciencia de que le faltaría tiempo. No había duda de que Nabu, al negarle alimentos, lo había echado ahí para que se muriera, y él no podría fingir toda la vida que se estaba muriendo, el hambre tiene límites precisos y ^{es decir un fusil.} el Percusionista una cerbatana, Tenía que descubrir esas formas que intuía como salvación antes del límite del hambre. Creía que si la hallaba evitaría muertes y otras violencias, sería una verdad que acabaría con todos los verdugos de este mundo. En los libros que se quemaron había ilustraciones de científicos que salvaron vidas descubriendo los microbios. El estaba en lo mismo, tenía que encontrar la manera de saber a fondo qué era el Percusionista, los percusionistas, cómo eran por dentro y para qué estaban. Claro que en este caso era difícil estudiarlo, ^{Nabu} tenía las armas, pero su comportamiento su locura su crueldad podían explicarse descubriendo unas formas que intuía, que descubiertas harían que los percusionistas desaparecieran solos y se salvaran muchas vidas.

Los pájaros no venían si los llamaba desde cualquier parte. Existía un lugar, uno solo, donde el encuentro total sería posible, un punto de la superficie cuya forma y extensión estaba buscando, en la que estaba incluido el recorrido del pájaro aquel por quien modificaron el trazado de la casa, como lo comprobaba la reiteración del hecho durante tantos años por idénticos pájaros reincidentes que se turnaban en el tiempo para no perder ese camino. La experiencia le decía que dentro de esa superficie cuya forma procuraba des-

cubrir, la intensidad en la comunicación con los pájaros variaba según el lugar que él ocupase. Si estaba próximo al supuesto contorno de la forma los pájaros venían pero de mala gana, no se atrevían a acercarse demasiado; jamás en esos lugares marginales llegaban a comer en la palma de la mano. Lo miraban un poco, se asustaban y se iban. Si estaba fuera de la forma, ni siquiera lo escuchaban, más bien trataban de huir de él. Pero venían solos cuando por puro azar se acercaba a lo que podía ser el centro de la forma, siempre con un poco de miedo y limitándose, quién sabe lo que pasaría cuando encontrase el lugar justo.

Creyendo inocentemente que la forma podía ser una circunferencia, clavaba un palo en el suelo y con un hilo y un palito trazaba su contorno. Los pájaros no respondían si los llamaba desde los puntos del círculo; entonces buscaba en los puntos interiores. Se imaginaba a sí mismo mirándose desde el techo de la casa por ejemplo, y se veía un viejo completamente enloquecido girando con su silla dentro de la gran circunferencia y asustando pájaros, era un espantapájaros que en el momento menos pensado se llevaría el viento. Dentro de esa forma se acercaban, sí, los más audaces llegaban a posarse unos instantes en los bordes de la silla, pero enseguida dejaban de escucharlo, escapaban llenos de miedo. Evidentemente, se trataba de una figura muy extraña no prevista por la geometría.

Esto le permitió descubrir que el contorno sinuoso continuaba fuera del terreno de su casa; iba y volvía en una forma que solamente ellos conocían. Cómo encontrar el centro si no conocía los contornos, cortados por tapias por alambres por

cárceles por salas de operaciones por cementerios por perseguidores por salvadores por amos invisibles por grandes horribigueros; acaso el centro estuviese en una de las tantas cárceles construídas para encerrar a los hombres castigados por soñar un mundo sin prisiones.

El centro de los pájaros. Pensaba día y noche buscándolo en el mundo real, en los sueños, en la infancia, donde fuese, en las constelaciones, en lo que no podía ver, en el futuro. Nunca debí pensar que fuese un círculo, he perdido mucho tiempo buscando por ese lado, pensaba mirando un lugar fijo en el espacio por donde ya Achernar tendría que estar apareciendo. Seguro que en una de las tantas formas de las constelaciones estaba la forma que buscaba. La idea del círculo venía de la infancia en la ladera del cerro, donde cultivaban papas y maiz. Sembraban con su padre cuando lo vieron, era un círculo de piedras rojizas con una blanca en el mismo centro, intactas desde siglos. El se había metido en el círculo para arar, era una buena tierra. Ahí no, dijo su padre sin dar explicaciones, pero esa noche, mientras comían, le dijo brevemente: eso no se puede tocar, es sagrado.

El círculo de piedras quedó recortado limpiamente en medio del maizal crecido y se mantuvo muchos años hasta que empezaron a escasear las piedras y se llevaron ^{también} éstas para hacer prisiones. El recuerdo de la antigua creencia lo llevó a otra, y sin mover las ruedas, haciendo girar uno de los engranajes de su silla, quedó en una posición que le permitía ver enteramente la Vía Láctea, el camino de los muertos, por ahí andaría el Cholo burlándose de todo.

Fabuloso día cuando empezó a descubrir el contorno verdadero. Verdadera fiesta, bailoteando solo entre las tapias con su silla, entre fuegos artificiales imaginarios bailoteando. Había descubierto, nada menos, que cada pájaro, después de concluir su recorrido picoteando, remontaba desde un punto preciso. Claro, se acababa la superficie de la forma, el espacio fijado por los siglos. Para obtener la forma, única vía para encontrar el centro, no había más que unir los puntos de arranque de cada pájaro. Y lo comprobaba el hecho de que llamándolos desde el contorno que estaba descubriendo, los pájaros lo miraban dudando y finalmente se inclinaban por la negación. En una semana de mediciones comprobó que el contorno entraba y salía del terreno varias veces. Si la forma se cerraba en algún lugar accesible para él completaría la figura y de ahí al centro había un solo paso. La rueda dentada oculta en el interior de su silla le permitía levantar el asiento, lo suficiente como para estirar el cuello y mirar afuera por encima de las botellas rotas de las tapias, y descubrir los sitios donde los pájaros fijaban con el arranque de sus vuelos los límites de la forma. Las mediciones terminaban con la última gota de sol. Un par de días más y la tendría. La alegría lo hacía temblar. Temblaba en medio de la huerta, él y la silla temblaban y crujían por la noche ante la mirada aburrida de los gatos.

Cuando llegase al centro, él mismo sería como los pájaros, podría estar en el mundo de otra manera. Y sobre todo podría decirlo, escribiría un diccionario con los nuevos signos arrancando al mundo uno de sus misterios. Buscaría entonces el centro de los hombres, simples prolongaciones. Había observado

también que los pájaros nunca morían naturalmente dentro del espacio de la forma que estaba descubriendo. Aparecían muertos fuera de los límites, tenían un lugar para morir. Por eso no podían alterar sus recorridos, ellos sabían adónde estaban los lugares para la vida y cuáles eran los de la muerte. O quizás morían cuando se distraían, se olvidaban y salían de su espacio, porque ¿de qué puede morir un pájaro antes de su tiempo? Los hombres se comían entre ellos, se mataban, eran amos o esclavos porque no habían creado un espacio para vivir, no lo habían descubierto; vivían en el lugar para morir y ahí estaba el secreto de todo, del Percusionista de las cárceles de las violencias de las torturas de las desgracias. Si podía descubrir la mecánica de los pájaros conocería la mecánica del mundo, podría hallar el centro de los hombres, cambiándolo de lugar el Percusionista lloraría arrepentido, cómo no me di cuenta antes, Dios mío, dirá Nabu; y yo a él hermano, te perdono. Por eso tengo que descubrir el centro antes de que Nabu me mate, los otros días me tocó con el pie y dijo cómo, ¿todavía no se ha muerto éste?; voy a tener que rechazar la comida que cae de los respiraderos. Hallando el centro podré llamar a todos y decirlo, el centro de los hombres es posible, si los pájaros lo tienen ellos también si son prolongaciones, ir por el mundo trazando con su silla la figura para poder vivir, esta era la verdad, no había otra respuesta a la locura, estaba a punto de tener en sus manos el remedio para la desgracia, pondría cartelitos como Nabu en cada punto del contorno, aquí termina el lugar para vivir y empieza el de mo-

rir, no pasar por favor.

Por fin llegaron las palomas mensajeras del compadre. Informaciones confusas, reiterativas, mal expresadas, en el compadre la redacción no era su fuerte. Que las cosas se estaban agravando, ya recibirían instrucciones, que Hualacato era un desastre. Nada que no supiese, bastaba mirar a Belinda todas las noches en la veleta, las crispaciones de Belinda cuando veía luces que se prendían y apagaban y el trote furioso de los perros al otro lado de las tapias. Mientras tanto había tenido el primer indicio de que los pájaros estaban preparando su vuelo migratorio, gritos secos y cortos de duración creciente entre un día y otro, buscando unirse en una misma duración y un solo ritmo. Cuando lograsen esto, que les llevaría poco ^{tiempo,} ~~tiempo,~~ se irían al otro lado del mundo y si hasta entonces no completaba la figura tendría que esperar otro año para encontrar el centro, y en un año los percusionistas matarían ^{muchos} ~~muchos~~ miles de Cholos. El último mensaje traído por el pájaro del hilo decía que hacía mucho que no se veían entre ellos, las raciones cada vez más escasas, los chicos con hábitos de viejo, falta de proteínas y que Kico había superado bastante bien la operación de urgencia. Y las palomas reiterativas anunciando siempre un inminente comienzo que no empezaba nunca, tomar al Percusionista cuando recibieran un paquete con globos azules que izarían en el techo cuando estuviese consumada la operación para que los Cachimbas supieran a qué atenerse cuando salieran a la calle. De vez en cuando desde la calle tiraban a la huerta paquetes con ilusiones de globos: se trataba de chocolate, aceite para el reuma, men-

sajes cifrados cuya clave desconocía. Un día cayó uno tan liviano que lo presintió globos azules. Era un algodón con sangre, ojalá no fuese sangre de "había de haber habiendo lo que hubo." Sus

Sus insomnios pensativos en la piecita se interrumpieron un par de veces con la salida nocturna del Percusionista en busca de los gatos plañideros. Apenas empezaban a gritar venía el trueno desde adentro a encontrarse con el estallido de gritos y de patas. Relámpagos para esperar el trueno los gatitos, disparaban radialmente olvidando las tapias vulnerables, usaban otros puntos del aire para esconderse, separados por grupos y cubriendo espacios superiores al alcance de bengalas y granadas. Callaba un grupo y en el otro extremo empezaba a gritar el otro, con técnica de grillos se callaban cuando aparecían bengalas o linternas. Estallaba una granada y el grito interrumpido seguía en otra parte. Nabu se descomponía, se desarmaba, perdía su dignidad, era un salvaje. Sin embargo, era lo más humano que tenía, ahí no medía sus palabras ni actuaba por leyes de mecánica; gritaba como un hombre insultando a los gatos, y sus insultos eran inverosímiles de hermosos, le provocaban alegrías inesperadas fingiéndose un espantapájaros para evitar la cerbatana.

Achernar estaba brillando lindo aquella noche en el noroeste pero el viejo no la miraba, estaba removiendo el fueguito que había prendido para calentarse. Mover el fuego era una manera de pensar en otras cosas, rescatar signos olvidados o pensar en la Sila, vista esa tarde desde su inclinación fingida

a punto de convertirse en abono para la tierra, cuando seguida por el Percusionista fue a buscar algo en la piecita. Una Sila anohecida, amojosada de inútiles esperas, en bordes de viudeces sin haber amado a nadie, envuelta en un vestido que fue blanco pero habían tocado de la misma manera que al de la tía Francisquita, la Sila, lo que fue Sila mezclándose a los signos que buscaba en el fuego removido para encontrar la forma de salvarla.

Oyó caer el paquete desde la tapia del fondo pero no dejó de remover a pesar de la ansiedad. Los ritos del cautiverio eran muy claros, el tiempo que estaba pasando era todavía del Percusionista, podía aparecer justo cuando él estuviese alzando aquel paquete. Entretanto era mejor mirar constelaciones, alguna que se pareciese a la media figura dictada por los puntos de arranque de los pájaros. Difícil concentrarse, el paquete parecía tener vida propia, había un halo rarísimo en la luna. Cuando desaparecieron los hilitos de luz que se filtraban por los respiraderos pegó la oreja contra la pared del Kico, habló golpeando diciendo que esperaba.

Esperando reconstruyó nuevamente su figura. Los arranques de vuelo anotados ese día llegaban hasta el alambrado de la casa de don Floro, lo último que podía percibir su vista izada sobre los vidrios de las tapias. Como la tendencia del contorno era cerrarse, forzosamente los puntos tenían que volver a pasar por su terreno. En ese caso disponía casi del mismo tiempo que los pájaros, cuando ellos partieran él estaría completando su figura.

Agrandándose en vaciedades, la oreja contra la piedra ya fría se llenó con los golpes del Kico diciendo que Belinda había olido a Nabu en sueños profundísimos. Patinaron las ruedas por lo exagerado del impulso, sacando chispas levantando polvo iba la silla hacia la tapia y el paquete, tanta envoltura, tanta vuelta, tanto hilo para qué, pero son globos mardrecita, ya han empezado el viaje los Cachimbas.

XIV

El Kico oyó los golpes en la pared y clavó los ojos en el respiradero. Al principio fue un ruido como de una caña que rozaba las piedras, algo que trepaba con dificultades, después como cartones que se arrugan. Trepado en el respaldo de la cama puso los ojos casi a la altura del respiradero y vio aparecer el sigilo de la boca de un sapito de cuero seguido por otro sapo idéntico que se arrastraba por el tuvo empujado por la caña, dos sapitos barcinos que se echó al bolsillo.

No es fácil preparar un viaje, son muchas las cosas a tener en cuenta, sobre todo cuando es largo; coordinar horarios, no olvidarse de nada, las condiciones atmosféricas, los caminos. Más difícil tratándose de pájaros, son muchos y tienen que ponerse de acuerdo. Hay tres opiniones diferentes por lo menos, tres grupos, cada uno en su árbol. Algunos no han engordado lo suficiente para aguantar un viaje tan largo; que vayan en la cola entonces; pero caramba, yo, los vientos, las tormentas, y además hay memoria de desastres, vientos no previstos lluvias frías, los granizos, y muchos quedan en la mitad del vuelo, son riesgos a correr. El viejo los ha tocado: están calientes, tienen fiebre. En cada árbol un ritmo diferente; el ta tá prevalece sobre el te té, hay

un confuso ti tÍ de los más tímidos; rápidos vuelos de intercambio en los tres árboles, mensajeros, acuerdos, los titis se suman a los tatas, se acoplan a su ritmo y a su árbol, los tetes siguen discutiendo pero es seguro que se pondrán de acuerdo.

Tampoco es fácil tomar un salvador; es casi un dios; tan fuerte; difícil admitir que no forma parte de la naturaleza, del destino. Además, piensa el viejo golpeando en las paredes de la Coca y la Sila, está el fracaso, que puede ser; puede fallar la gata, las papirolas, nosotros de guerra no sabemos nada; sin contar los imprevistos, un Percusionista huracanado, sus granizos y sus verbos; puede fallar el sistema de comunicaciones por ejemplo.

Con la oreja pegada contra la pared del Kico le parece escuchar. ¿Miedo? Sí, un poquito, como aquella vez. Conque inventando claves, ¿ehk? No, nada de eso, Nabu está en sueños profundos, Belinda nunca se equivoca. Conque los globos, ¿nok?, Nabu con sus papirolas en las manos. Situaciones extremas, encomiéndose a su dios, llega la voz del padre sembrando en la ladera del cerro. Pero dios es de Nabu, parece formar parte de sus inmensas propiedades. Siente que no tiene dios el viejo. Y los dioses de Hualacato, demasiado inocentes para el caso, dioses del monte, dioses cosecheros, ellos no tienen voz de trueno o de tormenta, andan mal vestidos, asustadizos en la nieve o en el barro, tienen miedo del hombre, no se acercan, se esconden, claro que él también tiene miedo sí un poquito, todo tan difícil y sin dios. Y del Kico nada todavía.

Llegan en cambio tres palomas del compadre como monjitas locas asustadas. Reiteraciones como siempre, claro que he recibido los globos, claro que lo intentaremos; caramba, ahora se trata de agarrarlo y eso es lo difícil, compadre mejor se guarda las palomas para otro momento, por supuesto que lo agarraremos vivo, no somos gente de matar a nadie, no quiero ver sus palomas por un tiempo; y allá van las palomas volando de regreso a la casa del compadre cafetero.

Ordenadamente, como entrando con cuidado en un teatro y ocupando una por una y en silencio todas las butacas, se desparraman los gatos por las tapias. Son más que otras veces. Una doble fila de cabezas ha colmado la capacidad de las tapias, separadas por botellas rotas de diversos colores. Con la oreja pegada a la piedra y como girando en el ritmo que ha encontrado, el viejo piensa que si los gatos gritaran habría un Percusionista demencial, una Noche Triste de gatos y un espantapájaros en la vía láctea descansando con el Cholo y esperando al Kico por lo menos. Pero están juiciosos los gatitos. Sentados en sus patas, calladitos, el viejo Aballay los ve girando dentro de su propio ritmo.

Los pájaros todavía no se ponen de acuerdo. Parece que los titis no quieren ceder, y los tetes dicen que si los titis no se acoplan masivamente los tatas se quedarán solos porque los tetes entonces volverán a su árbol hasta que se aclaren las cosas. Los vuelos de los emisarios al árbol de los titis disidentes son frequentísimos, un verdadero puente aéreo, unos que van y otros que vienen, mientras los

titis se quejan, no están de acuerdo con el procedimiento, no pueden atender a la vez a los tatas y a los tetes, que venga uno por vez dicen los titis o nos volvemos locos; y para como los más exaltados de los tatas resuelven abandonar la asamblea, se van a otro árbol y se proclaman totos. Esto no es nada, piensa el viejo, otros años tardaron más para llegar a totos. Y todavía falta que se forme el grupo de los tutus, ellos no pueden ponerse de acuerdo si no pasan por las cinco vocales.

No, las cosas tienen que ir bien ^{allá} adentro porque todo está en el ritmo; los gatos en las tapias, los pájaros por irse, estrellas que se borran, la casa en su silencio. No tiene dios y depende de un par de papirolas y eso también está en el ritmo. Sabe que los ritmos traen cosas, cuando se llega al ritmo hay movimientos en cadena y por eso serán libres. Es un movimiento interno que lo lleva a uno y atrae las cosas, pensó el viejo cambiando de oreja y mirando para la tapia del fondo y la casa de más allá donde un hombre subido al techo estaba atando un globo en la chimenea, un pescadito acababa de hallar el agujero entre las piedras y nadaba a sus anchas en el mar.

Sila y la Coca rompieron los precintos de sus puertas y se asomaron, enfrentadas al Kico que se acercaba a Nabu con una papirola en cada mano. En realidad habían roto el miedo, sin saberlo se mezclaban al ritmo que había entrado en la casa con las papirolas. Se miraban como desconocidos. Qué ganas de verte, cómo has cambiado, frases a decirse. Kico hizo señas para que Sila le mandara la gata. Cuando vio que

Belinda pasaba al lado del Percusionista tranquila y relajada, le tiró una de las papirolas a la Sila y le señaló los pies del salvador. Los sapitos eran automáticos y se cerraron perfectamente en los pies y en las muñecas del Percusionista y ellos no decían una palabra mirando las papirolas tan ceñidas mientras afuera se borraban las últimas estrellas, los presos soñaban en sus celdas, los carceleros se paseaban agitando sus llaveros, los tigres dormitaban, los virus se movían, los barcos reventaban de riquezas, los insectos dormían con los niños, los viejos se volvían sus recuerdos, los jóvenes volvían para atrás, las casas se torcían, las calles se cerraban, los cementerios avanzaban sobre el desierto, sobre las aguas, el mar zumbaba indiferente, en las montañas las vicuñas no comprendían nada, oían los deshielos, las piedras que caían, y de los zaguanes salían los cachimbas.

-Llamen al viejo -dijo Kico mirando al Percusionista, sintiendo que no lo odiaba, había pasado esa frontera, y Nabu, más que un hombre maniatado, le pareció una máquina descompuesta.

Las mujeres alcanzaron a ver los últimos gatos que se retiraban porque amanecía. El viejo no podía verlas, ~~porque~~ estaba escuchando con la oreja derecha mirando para el lado del portón.

-Viejo -dijo la Coca.

Y tuvieron que llevarlo a la casa empujando la silla, el viejo estaba aflojando, no podía hablar ni hacer señas, se sacaba

secaba los ojos y al final salió diciendo que le dolía la pierna que le faltaba. y por eso no podía manejar la silla.

-Maravillosos los sapitos -dijo Sila.

-Era un lindo gato, pero de cuero débil. Tuve que trenzarlo -dijo el viejo recuperando el ritmo, y se quedó mirando al Kico, al Cholo, era idéntico con esas canas y esas cicatrices. El Kico se reía.

-Soy el Kico, viejo. Quedé así cuando me operaron en esa pieza que usted sabe. Si quiere puede llamarme Cholo. Vengan esos globos.

-Bueno, otra vez en casa -dijo echando una rápida ojeada a Nabu y rumbeó con su silla para el lado de la cocina.

Los demás lo siguieron, y enseguida llegaron los chicos. Moderados famélicos primero y razonables hambrientos más tarde, se comieron todo lo que hallaron.

-¿Qué pasa? ¿Ya se va el borrachito? -dijo uno de los chicos.

Nadie contestaba. Masticaban en silencio, sin mirarse, concentración felina para comer, manos rápidas para los alimentos que no probaban desde hacía tanto tiempo.

-Alguna vez me imaginé este momento pero de otra manera. Era un encuentro, abrazos, risas, lágrimas, qué sé yo. Nunca lo hubiera pensado con comida -dijo la Coca sin recibir ningún comentario de los otros.

El perro tuerto apareció en la puerta, viendo cosas tan inusuales gruñía sin soltar el hueso de plástico que le regaló el Percusionista.

-O se calla o también hay papirolas para usted -le dijo

el viejo dándole medio chorizo.

-Bueno, vamos a verlo -dijo Kico alargándole al viejo la botella de vino.

Desclavadas las ventanas, el aire nuevo entraba en la casa a medida que por la claraboya y la chimenea salía a chorros una tufarada negra.

-¡Miren! ¡Estamos cambiando de color! -dijeron los chicos.

En semicírculo alrededor de Nabu, lo miraban. El viejo Aballay se sacó el sombrero, el cabello lleno de palitos, hojas y plumas de pájaros.

-Cuando yo conocí el mar todavía se andaba a caballo -dijo-. Desde el comienzo iba demorando la llegada. Quería masticar bien las cosas, ver el mar por primera vez es algo muy importante. Preguntaba y cuando me decían que faltaba poco me paraba a descansar, fumaba un cigarrillo pensando en lo lindo que iba a ser llegar y en lo poco que faltaba. Cuando lo tuve ante la vista me paré un buen rato a verlo desde lejos, y así hasta que empecé a sentir su ruido. Nos metimos despacito. El caballo se mojaba las patas y relinchaba de puro gusto; yo despacito dejaba que el agua me mojara, que hiciera lo suyo. Algo parecido me pasa ahora con el salvador, algo de eso, bueno, no lo puedo explicar.

El Percusionista abrió los ojos. Lo primero que llegó a sus sentidos fue el fuerte olor a cuero crudo de las papirolas que lo maniataban.

-Qué significa Esto -gritó.

-Un par de papirolas -dijo el Kico.

-Es la peor forma de suicidio que han elegido -dijo Nabu-.

cuerpos.

-Yo comprendo -dijo Nabu recompuesto en voz muy baja- la actitud de ustedes, aunque no la justifique. En sus circunstancias hubiera actuado de la misma manera. Pero les aconsejo desistir. A las armas las tenemos nosotros. Además debo decirles que yo cumplo órdenes. No he sido yo quien los ha maltratado. Después de todo yo también soy de Hualacato.

-A callarse de una vez -dijo el viejo tendiendo las orejas para escuchar nuevas explosiones.

-A callarse ustedes, imbéciles, enfermos, ignorantes, endémicos, canallas, ladrones, imberbes, descastados, bastardos, maricones, pretensiosos, utópicos, goyescos, protozoarios, deicidas, félicos, mestizos, hijos de la chingada.

-¿Es necesario que siga hablando? Esta loco -dijo Sila.

-No -dijo el viejo-, y ahora déjenme pensar.

El Kico le puso en la boca un esparadrapo que hacía rato que tenía en la mano. Nabu siguió gritando para adentro.

El viejo volvió a la huerta y se metió otra vez en el ritmo, interrumpido por la comida y las palabras del Percusionista. No hacer nada, no hacer nada, mezclarse en esos giros se decía, meterse en el remolino y girar con el agua, entrar en la cadena de los movimientos, en las superficies de los pájaros, descifrar los signos, no ponerle obstáculos al tiempo, voltear una pared para que pase el ritmo y se descubra la forma. Se concentró empequeñeciéndose en la silla, sintió que el ritmo lo llevaba, hurgó metiéndose muy hondo, anduvo en la nieve en el barro en los volcanes, avistó rebaños nunca vistos de guanacos y vicuñas cuidadosos en sus formas y en sus signos, acarició las urnas funerarias momias indias,

murió en el mar y ~~re~~conoció todos los naufragios, resucitó y escaló las montañas adonde vio escapar y esconderse a los dioses asustadizos, atisbó la forma los contornos de una superficie para los hombres, por fin alzó una mano sabiendo que de ahora en adelante todo lo haría el ritmo, y disipando las tinieblas ya está, dijo; llévenlo al patio y traigan todos los tejidos.

Los tatas estaban fuertes a pesar de la escisión de los totos, pero los tutus habían absorbido a los titis y parecía que eran la mayoría.

-Lo de siempre -dijo Kico; siempre llegan al final los tutus pero son los que ganan. Debe ser la vocal que usan para pasar tormentas.

El viejo Aballay zigzagueaba por la huerta soplando su cañita seguido por una nube de tetes, que se alejaron prudentemente cuando ~~se~~ cambió de lugar y se acercaron los totos; cerca de la tapia norte hubo un lugar que hizo aproximar a los tutus, que se quedaron a mitad de camino cuando vieron que venían los tetes otra vez, hasta que parece que el viejo anduvo rozando el centro porque vinieron todos pero como muy tímidos y el viejo desapareció en el enjambre griterío. Y ahora cada pájaro reclamando su hilo paciencia hay para todos, en cada patita un ojal y la punta del hilo, las otras puntas para Nabu. Tatas y tetes llevan piernas, titis y totos llevan brazos, los tutus se reservan el timón, la cabeza, son los más expertos, pero en el vuelo ya se sabe que todos serán tutus para cortar tormentas. Dos monjitas del compadre llegan nerviosísimas trayendo papelitos órdenes estrictas, pero no aterrizan, se asustan vuelven grupas ante el griterío. Lo lamento compa-

dre, usted siempre se repite o llega tarde, pero estará de acuerdo en que él tiene que salir de aquí a nuestra manera. Los tatas protestan, hay que darse prisa, dentro del ritmo ellos son los relojes, y no hay memoria de que alguna vez se hayan retrasado. Los Aballay acalambrados atan últimos hilos, no sobra una carpetita qué cálculo mi madre.

Remontándose los pájaros destejen las carpetas con velocidad de ansias migratorias. Desaparecen las carpetas al tensarse los hilos, Nabu en correcta posición de vuelo.

-¿Se llamará realmente Nabu?

-Quién lo sabe. De esta gente uno nunca sabe nada.

Vestido como el día que llegó, nadando sin brazadas, la mirada que ya no dice nada, Nabu es una máquina descompuesta que remontan. No entiende nada cuando el viejo le dice señalando la bandada que éstos son los pajaritos que tenían en la cabeza. Las brisas humedecen los ojos del Percusionista. Belinda lo mira desde la chimenea, junto al globo. Nabu volando sobre su cabeza, sobre la veleta, pronto lo pierde de vista, los gatos son nictálopes. Belinda baja, ronronea, da cornadas a Julito, Julito que alza un brazo diciendo adiós al borrachito, los pájaros que se van sin revelar del todo el secreto de la forma, el viejo que alza una hilacha a modo de pañuelo, agitando la hilacha dice adiós a Nabu.

Lo peor para Nabu era que lo llevara una mecánica, algo sin ideas ni sentimientos; mecánica de animales, de mundo, cosas ciegas que no se podían dominar; mecánicas no pensadas por nadie; hubiera preferido a los cachimbas. El miedo a los peli-

gros físicos, a la impericia de los remolcadores, era otra cosa. El miedo a esta mecánica lo paralizaba. Y él, como Percusionista, sabía muy bien lo que era la mecánica. Las ramas del tala le desgarraron la camisa y gracias a su propio esfuerzo no chocó contra la chimenea. En el giro se enfrentó con los ojos de la gata, rotundos y mecánicos. "Debí matarla el primer día", pasó volando por su mente. La gata giró la cabeza siguiendo el vuelo de Nabu con ojos indiferentes, el moño amarilleando en la mañana fresca. Para ella Nabu siempre fue sólo un bulto borroso y peligroso; más borroso ahora que se iba y lo olvidaba ~~para siempre~~, su memoria tenía límites precisos. Y bajó al patio de la casa como si nunca hubiera estado Nabu, olvidado para siempre.

El Percusionista la miraba desde el límite de las tapias, era lo último que veía de esa casa. Un ojo se le cerró en mecánicas apuntando para matarla mentalmente, pero lo que quería matar era un objeto frío, la veleta que tenía forma de gato.

Los remolcadores habían empezado a subir librándolo del peligro de los postes de la luz, la torre de la fábrica y las puntas de las cárceles, donde estaban los faros capaces de alumbrar más allá de Hualacato. La ciudad llena de globos y las calles y los techos infestados de cachimbas, cárceles reventadas y campos de control destrozados, todo quedaba atrás muy pronto, qué pequeño es Hualacato. Y más allá tropeles de perseguidores que escapaban, percusionistas con más suerte que él llegando a las fronteras. Y un poco más allá

otra vez los pueblos controlados, los campos de trabajo a pala y pico y sol y sombra, los hombres que alzan la mirada y ven pasar los pájaros, las nubes, los ven perderse lejos y bajan la cabeza. En estos pueblos no hay globos ni cachimbas. Los perseguidores van por las calles al viento sus penachos, caminan jugueteando con sus bastones y sus pitos. Hay un tufo que desde abajo llega a la altura de los pájaros, un tufo vibración, partículas de miedo. Nabu conoce bien su movimiento de moléculas, tiene mucha experiencia, el tufo está entrando en su viejo corazón de tigre. Nabu, que está diciendo adiós a todo, se pierde una visión final tapada por las nubes: en una aldea hay un tropel de leones acorralando a un grupo de hombres, son astrónomos mayas.

A los titis les duelen los tarsos, a los totos las quillas, a los tetes todo el esqueleto. Los tutus, que comandan la bandada, lo han advertido por el ruido de las plumas. Hay un astil que se quiebra por ahí, cierta arritmia en las remeras de allá, timoneras que no funcionan bien. Son los hilos, dicen los tutus que son fuertes pero poco inteligentes, diciendo siempre lo obvio, lo que ya sabe toda la bandada. A la lluvia, a la lluvia, gritan tetes y titis. Hay una lluvia a la derecha, los tutus se desvían obedientes, se zambulle en la lluvia la bandada. Los ojales, los hilos, se dilatan. Las patas sueltan los hilos como quien deja caer un pañuelo. Los primeros en liberarse son los tutus; los últimos, los titis.

Al salir de la lluvia vuelan tornasolados, livianitos, ahora volar es una ^{delicia pura.} ~~delicia pura.~~ Todos se llaman tutus finalmente, los

que eran titis no tienen la menor idea de haberlo sido alguna vez, y van volando por costumbre, por alegría, sin saber si van cortando el viento o están en la cola de la bandada porque de eso se encarga un ritmo, una alegría que es el propio vuelo.

Ya no necesitan referencias físicas. Han llegado a sus propios caminos en el aire y llevan una estrella precisa en la memoria, que nunca cambiará de sitio. Abajo ya no hay ni cárceles ni globos ni volúmenes violentos, solamente el mundo como es, girando, volando.

Estaban despegando las cartulinas negras de los vidrios cuando sintieron que el olor de la tierra mojada inundaba la casa abierta por todos los costados. Llueve en el cerro, dijo Sila, unos minutos más y estará lloviendo en Hualacato. Y corrieron a descalzarse oyendo los primeros goterones sobre el zinc del techo. Las radios y tevés, que estaban pasando músicas prohibidas, interrumpieron los programas para anunciar que harían un relato de la lluvia para los que por cualquier motivo no pudiesen salir de sus viviendas. Son gotas cristalinas, rutilantes, gotas como pequeños mundos de juguete, llueve señores, llueve desde el cielo, decían los locutores, ellos siempre tan cursis. Los aparatos de TV mostraban a una vieja que miraba llover desde la cama, vamos a ver señora qué opina usted de la lluvia; y la vieja no sabiendo qué decir, llueve nomás, de arriba para abajo; y había chicos mojándose en la calle con los barquitos de papel preparados para cuando llegase la creciente.

Llovía sobre las casas torcidas de Hualacato, un maizal bajo agua y viento sur, y los albañiles con las plomadas en las manos esperando que escampara para empezar a enderezarlas. La

propia lluvia rompiendo los canales y aparatos que habían hecho para desviarla y envasarla, corriendo ahora libremente por las calles y los campos. La gente que chapoteaba en las calles tuvo que empezar a subirse a las veredas y refugiarse en los zaguanes, ya se venía la creciente trayendo el agua de los cerros. Se quedaban todavía los más atosigados, dejándose bañar por el agua aromatizada con las hierbas de los montes, y los amantes que habían salido a besarse bajo el agua. Los hualacateños corrían de un lado a otro buscando desaparecidos, preguntaban y buscaban mirando caras, si no habían visto a los padres de esta criatura, a los pequeños nietos de estos viejos, secuestrados con sus padres, a los bebés nacidos en cautiverio de madres secuestradas en estado de embarazo. Sila corría por una calle preguntando si alguien había visto a la tía Francisquita con su Carlos; la Coca golpeaba la puerta de tía Marcelina y no contestaba nadie, quién había visto por favor a la tía Céfira y a su marido el Lucho, nadie había visto al Yeyo por ejemplo; y el Kico preguntando por el Bocha, y cada pregunta contestada con otra, que a su vez preguntaba por alguien. El Kico pudo llegar a la casa de la tía Francisquita, casi tapada por malezas. Las puertas estaban rotas, la casa vacía refugio de animales sueltos, un caballo en la sala se movía entre pocillos de café rotos y pedazos de espejos. Estaba llegando a la casa del Yeyo cuando se vino la creciente y tuvo que refugiarse en los zaguanes.

Hualacato y las crecientes de sus calles-ríos paralelos y la gente amontonada en las veredas viendo pasar los troncos y las

piedras, los animales muertos y demás cosas que normalmente traen las crecientes. Por la calle de los Aballay la creciente venía muy sonora. Piedras y botellas que rodaban y sonaban entrechocándose en las puntas de las olas, mezcladas a todo tipo de instrumentos de percusión, panzudos bombos y esbeltos tamboriles girando en la corriente, humildes escobillas y lujosas baterías, todo girando junto a los címbalos huesudos, tímpanos y sistros, mezclando su degradada algarabía a los quejidos que al chocar contra las piedras dejaban salir los patibulares batintines, según los adjetivos del prolijo locutor.

-Qué manera de pasar cosas, madrecita -dijo la Coca quitando la última manchita de los vidrios que daban a la calle.

Por la calle de la tía Francisquita lo primero que trajo la creciente fue un gran bulto negro que no acababa nunca de pasar, miles de perros negros formando un solo bulto, una ola de dientes y quijadas amaestradas; la mayoría vivos peleándose entre ellos, dentelladas, y buscando inútilmente las orillas. Y el bramido del agua removida mezclado a sus ladridos y lamentos, a las nuca rapadas que aparecían en un giro del agua, a los penachos que afloraban y desaparecían entre correas de cámaras fotográficas y cerbatanas rotas, los turistas que por vía fluvial volvían a sus tierras.

Los hualacateños desde sus ventanas los despedían arrojándoles papirolas como flores, mientras avistaban el otro golpe de creciente que traía toneladas de cartelitos prohibidores, percusionistas y llaveros con ruido de matracas bajo una llu-

via de pajaritas de papel, cangrejos, mariposas, ranas saltarinas, garzas y pescaditos plegados cuidadosamente, arrojados desde las ventanas por un ejército de papirólogos forzados.

En la otra cuadra pasaban hombres gordos. Sin abandonar sus sillones ni sus escritorios iban los hombres gordos seguidos por sus secretarias, navegando tranquilamente por la calle de la tía Céfiria, estudiando sus códigos o sus libros contables o agitando nerviosamente las horquillas de sus teléfonos sin hilos. No eran muchos pero ocupaban varias cuerdas de río, ellos tenían muchos muebles.

En cambio por la calle del Yeyo pasó un solo hombre gordo, el más gordo de todos y extranjero por más luces, metido en su avioneta que flotaba como un bote. Llevaba tantas cosas que necesitaba un río para él solo: sus joyas sus acciones sus bancos sus amantes sus fabricas sus guardias sus máquinas tragamonedas sus chicles sus refrescos sus vacas y sus barcos, el zoológico entero que también era suyo, los tigres los oseznos (que no tenían culpa) las jirafas estirando el cogote fuera del agua, panteras recién nacidas, leoncitos que no llegaron a abrir los ojos, virus y microbios que miraban con el ceño fruncido detrás del vidrio de sus frascos. Y al final iban también sus muertos en ataúdes con manijas de oro a ras del agua, seguidos de muy cerca por otros muertos que no tenían condición de tales, ni siquiera ataúdes, la creciente arrastraba también los cementerios ocultos, y al locutor se le escapaban muchas cosas porque no le alcanzaban

las palabras.

Y Hualacato quedó resplandeciendo bajo un par de arcoiris con el aspecto de una ciudad de principios del mundo señoras y señores, como una joya viva, Hualacato.

Cuando pasó la creciente continuó la búsqueda. ¿No vieron a Carlos, al Lucho, al tío Juanjo? No. ¿Y ustedes no vieron al Flaco, al Tuco, a la tía Delicia? ¿Cómo no estaba el Yeyo? El nunca faltaba a ninguna parte. Bastaba decir ¿dónde está el Yeyo? y siempre había alguien que decía cómo, ¿no lo viste? Ahí mismo. Y uno giraba la cabeza y siempre estaba el Yeyo.

Estaban haciendo el recuento y faltaban muchos: el fondo de los diques, los socavones, las canteras de cal. El mar. Sin contar los que habían caído ese mismo día, entre ellos el Cachimba.

Nunca vi tantas caras desconocidas, decía el viejo empujando con la silla a la gente que todavía chapoteaba en los charcos dejados por la lluvia. Vayamos a buscarlos directamente en sus casas; la de la tía Francisquita está muy cerca, dijo la Coca. No vale la pena, dijo Kico, hoy todo el mundo está en la calle, ya los encontraremos; además se está poniendo fresco y conviene que volvamos a la casa, los chicos tienen frío.

Había palabras que corrían sobre la gente, se movían las cabezas a medida que pasaban las palabras una detrás de otra, ráfagas de viento moviendo las cabezas como plantas, palabras como objetos que traía el viento sur. Levantaban

los ojos para ver pasar las palabras como chapas de zinc o ropa arrancada de las sogas que llevaba el viento. Pasó la palabra socavón como un harapo sucio, seguida de la palabra docientos, entre los que podría estar cualquiera de los que buscaban. Pasaron juntas como gatos muertos en el fondo del dique, y detrás como un silbido setecientos, donde podría estar la tía Francisquita por ejemplo. Pasó canteras de cal mezclada con trecentos. Pasó el mar, seguido de un silencio. Pasó voluntarios para cavar y el Kico salió para el lado de donde había partido la palabra.

Un montón de hombres y mujeres cavaban para el lado de donde habían partido los gemidos, prisión subterránea aparentemente conectada con uno de los tantos niveles de la fábrica, pero no podían hallar la puerta entre el laberinto de los sótanos. Enterrados en el barro sintieron que las puntas de los picos golpeaban contra el techo de cemento; y cuando los cortafríos abrieron el boquete empezaron a salir los macilentos apoyándose en sus propias convalecencias para poder andar. ¿Vieron al Juanjo al Lucho al Yeyo al tío Carlos? Los macilentos según salían de la cueva dedicaban una rápida mirada de lagarto a cada nombre sin abrir la boca, como si no oyesen. Cuando salió la última cara Kico se asomó por el boquete y llamó ;tía Francisquita! ;tía Céfira! y luego en cada esquina se paraba llamando tío Juanjo tía Marcelina Yeyo, y cuando llegó a la casa estaban esperándolo y él preguntó ¿no vino nadie, no ha llegado nadie? y

ellos le contestaron ¿no viste a nadie, no encontraste a nadie?, y empezaba a pasar un largo tiempo.

Y bueno, decía el viejo Aballay, los pájaros tienen sus propias verdades como todas las cosas de este mundo. Todo es cuestión de saber o de querer mirarlas. Son cosas que parece que no están, y por eso no hay pensamiento para ellas. A lo mejor esas verdades no están para pensarlas y solamente hay que arrimarse a ellas, si se les pone un pensamiento encima mueren antes de nacer. El salvador siempre quiso pensar-nos a nosotros, fijarnos en sus razones poderosas, y me parece que nosotros no estábamos para ser pensados, de esa manera por lo menos. Los pájaros no piensan el mundo; lo conocen desde siempre y no se lo representan. Lo conocen, lo habitan, lo miran, lo esperan sin violentarlo para nada; se acoplan a su ritmo y eso les basta. Y el mundo entonces puede hacer lo suyo, que es permanecer dentro de su forma para que todos podamos vivir dentro de ella. Lo que pasa es que todavía no conocemos esa forma, la confundimos al pensarla, que es como matarla.

El salvador estaba en los límites de sus papeles y razones. El mismo se enredaba con ellas. Y su pensamiento y sus papeles ya no eran el mundo, eran la ilusión de una locura. Esas gentes no pueden ver lo real porque en el fondo le tienen miedo al mundo y a la vida. Y de ahí les brota el odio y la locura.

A estas cositas las imaginé durante la temporada que me tocó vivir afuera y ya creyendo que me iba del todo. Por eso

cuando entramos al salvador yo no quise que se lo matara, como ha sucedido en muchos casos. Matarlo hubiera sido como pensarlo, darle una definición, acaso un signo que no le correspondía. Y sigo opinando lo mismo, a pesar de todo lo que nos quitó. De las personas que queríamos sólo nos han quedado las fotografías. El Cholo, el Yeyo, la tía Francisquita y tantas otras. De él hemos querido conservar este perro inútil como una sobrevivencia de sus razones. Para acordarnos de él, porque si en cierto modo lo perdonamos dejando su vida librada a verdades por él desconocidas, que son verdades naturales, eso no quiere decir que lo olvidemos, ya se sabe que estas cosas no se olvidan nunca.

Así como ningún espacio de tiempo de eso que llaman la historia puede encerrar al tiempo, que como nunca empezó nunca acabará, ninguna de esas ideas puede abarcar al hombre, porque el hombre no es fijo, también es migratorio como esos pájaros. En sus migraciones ha ido dejando sus huellas en los minerales, sus momias en las nieves o en las cuevas, sus ocurrencias en las piedras, sus naufragios en el mar. Lo mismo que los pájaros, tiene sus caminos, fijados cuando empezó la vida. Pero esos caminos están llenos de obstáculos y hay que sacárselos para que no se le interrumpan, como nosotros volteamos una pared para no cortarle a aquel pájaro el caminito que se sabía de memoria. Quitarle los obstáculos para que pueda seguir andando siempre, andar es la costumbre de ser hombre.

Por ahí andan diciendo que nosotros controlábamos los ga-

tos y los pájaros de Hualacato. Nosotros nunca hemos controlado nada. A los pájaros hemos sabido mirarlos simplemente, desde siempre ha sido para nosotros una especie de costumbre. A los gatos, en cambio, creo que todavía no los hemos mirado nunca; pero nos hemos dejado mirar, que viene a ser lo mismo. Siempre los hemos considerado como prolongaciones nuestras; o nosotros prolongaciones suyas, que viene a ser también lo mismo, y así ya no hace falta que nadie piense a nadie.

Lo que les he contado es todo lo que sé, lo que me regaló el tiempo de estar solo en ese descampado que había sido nuestra huerta. Quedan muchas cosas que quiero olvidar y otras que me olvido de verdad, porque ya estoy viejo y se me pierden, seguramente porque ya no sirven para nada. Las fatigas de esto que los percusionistas llaman guerra han cansado un poco mi memoria, y las cosas se me mezclan; como a los leones entrampados, el monte se me empieza a convertir en telaraña. Y a lo mejor todo esto sean puras fantasías, cosas que piensa un preso estando solo y nada más. Pero aún en ese caso serían útiles, inventar lo que no está para que sea, al menos mientras dure esta guerra de un solo bando, este gran soliloquio de los Percusionistas.

Lo importante con los pájaros, además de mirarlos, es dejarse mirar. Cuando usted ha conseguido estarse quieto, ellos vienen solos. Y no es por las semillas que uno les pueda dar; eso viene después, como un acto de amistad. Ellos se acercan porque usted mismo se ha convertido en puerta, que además de entrar sirve para salir. Por eso ahora que tenemos que hacer de nuevo a Hualacato, debemos hacer de cuenta que estamos entrampando leones. Tenemos que hacer un cerco que no sea cer-

co, de modo que el tiempo no se quede ahí encerrado, porque el tiempo es muy largo y contiene todas las migraciones. El tiempo tiene que poder ir y volver como los pájaros. Hay que hacer una puertita que no parezca puerta, por ahí entrará y saldrá el tiempo y las cosas que se ocultan. Y en una de éstas capaz que entrampemos a esos dioses del monte que nos quedan, que se esconden miedosos todavía, que andan por ahí demorándose en el barro o en la nieve.

*

Autopano
Madrid, 1981

I.....	1
II.....	11
III.....	17
IV.....	37
V.....	51
VI.....	66
VII.....	83
VIII.....	102
IX.....	115
X.....	126
XI.....	132
XII.....	142
XIII.....	152
XIV.....	168
XV.....	182

